

con el respectuoso saludo de
Alfredo Hurtado

AMERICA



106

EDITORIAL CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA
QUITO - 1959

SUMARIO

	<u>Págs.</u>
Alfredo Baquerizo Moreno, por Darío Guevara	7
Entrega de la Medalla Insignia del Grupo América a Doña Hipatia Cárdenas de Bustamante, por Humberto Vacas Gómez	39
Hipatia Cárdenas de Bustamante, por Gonzalo Zaldumbide	44
Obra Literaria de Hipatia Cárdenas de Bustamante, por Augusto Arias	52
Agradecimiento, por Hipatia Cárdenas de Bustamante	55
Imagen de Antonio Montalvo, por Darío Guevara	57
Una pérdida irreparable, por Humberto Vacas Gómez	62
Personalidad y obra del Doctor Eduardo Salazar Gómez, por Wilson Córdova Moscoso	63
Agradecimiento, por Ricardo Salazar Gómez	82
Saludo a Jorge Carrera Andrade, por José Alfredo Llerena	85
Agradecimiento al Grupo América, por Jorge Carrera Andrade	88
Jorge Carrera Andrade, por Humberto Vacas Gómez	91
Gustavo Adolfo Otero, por Darío Guevara	96
Isaac J. Borrera, por la Dirección <i>NN</i>	118
Augusto Arias, por la Dirección <i>NN</i>	122
Floración, por Flor de Té	125
Poemas de Rigoberto Cordero y León	126
Poemas de Miguel Angel Albornoz	132
Poemas de Alfredo Martínez	137
La obra "La Tierra de Cristal Oscurecida", por Gerardo Falconí	141
Terrazas de la Cordillera, por Atanasio Viteri	144
Ecuador, un País en el Centro del Mundo, por Francisco Terán	147
Crónica <i>NN</i>	158
Al volver al seno del Grupo América, por Gustavo Vásconez Hurtado	162
Reloj de Agua, Novela del Tiempo, por Augusto Arias	164
El Archipiélago de Colón, por Antonio Santiana	168
Reloj de Agua, novela, por José Alfredo Llerena	170
Las Mingas en el Ecuador, por S. E. Ortiz	172
Juan Pablo Muñoz Sanz obtuvo el primer premio <i>NN</i>	174

AMERICA

AMERICA

PUBLICACION DEL
GRUPO AMERICA

Director :

DARIO GUEVARA

Fundadores :

Alfredo Martínez

-| *Antonio Montalvo*

DICIEMBRE DE 1959

AÑO XXXIII

Nº 106

GRUPO AMERICA

Casila Nº 75

Quito - Ecuador



Alfredo Baquerizo Moreno

ALFREDO BAQUERIZO MORENO

I

EL HOMBRE DEL CENTENARIO

El 28 de septiembre de este año de 1959, llenó la centuria del nacimiento de un ilustre varón de la Patria: Alfredo Baquerizo Moreno. Y por coincidencia, de esas coincidencias que armonizan muchas veces los fastos de la historia, su año de luz centenaria es también del sesquicentenario de la llama que ardió en la fragua de la Libertad, en Quito, el 10 de Agosto de 1809, proclamando a la Ciudad, QUITO - LUZ DE AMERICA.

Centenario a flor de luz es éste del nacimiento de Baquerizo Moreno. Nació el niño para ser prohombre de la Patria. Y nació a orillas del Guayas para empinarse a la cumbre de los Andes, y dominar desde allí el paisaje geográfico sin zanjas regionales y el paisaje de la ecuatorianidad al ojo de la unidad fraterna.

Para él, los altibajos del territorio nacional eran sólo accidentes geológicos que sellan la unidad en la variedad, porque Natura nos quiso premiar con la síntesis del mundo, con la escala de todos los climas, con la flora multicolor de las más variadas especies, con la multiplicidad de sus bestias y sus pájaros.

Para él, la diversidad de caracteres de sus compatriotas, ya por el relieve de la provincia o la región, ya por los tonos de la piel o la condición real de la existencia, era signo paralelo a los frutos de la tierra, frutos azotados por las plagas como la democracia por las cizañas de la herencia colonial. Pero porque sea real el imperio de la república —la cosa de todos—, clamaba en la oración fácil, y bregaba como maestro de juventudes, como caballero de la pluma, como devoto fiel de la semilla que germinaron nuestros libertadores.

Quizá no pensó que su primer centenario estaba en marcha, cuando celebró —con voz cálida y unción devota—, los centenarios del nacimiento de Montalvo, Mera y Llona. Al primero lo glorificó ponderando el alto significado de la entrega de Guayaquil a Ambato, de los venerados despojos del Maestro. Al segundo, entonando en el mismo suelo de Ambato, la oración que había en el Himno Nacional. Y al otro, ensalzándolo en parangón con el cantor de la epopeya de la Libertad.

Así fue este Baquerizo, este Baquerizo Moreno de la palabra fácil y el verbo castizo y puro; este Baquerizo Moreno de mucha claridad en la inteligencia, de mucha blancura en el corazón y de muy recomendable rectitud en los procedimientos.

El siempre listo a los llamados de la Patria y la ciudadanía. Y listo también para desfacar agravios y consolar a los tristes, y cantar a los héroes, y alabar a los buenos, y estimular a los que se le acercaban con los recados del esfuerzo o la romería de un libro fresco que necesitaba del voto bautismal.

Discípulo de Montalvo se diría, porque tuvo algo de Quijote que afila la pluma en la entraña del corazón para ganar pelotazos en la lucha constante por el imperio de la paz, la fraternidad y los derechos humanos.

II

EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA

El período presidencial del General Plaza que antecedió al de Baquerizo Moreno, soportó esa larga y encarnizada guerra de alfaristas y placistas que se olvidaron de los principios doctrinarios comunes, para derramar tanta sangre y esquilmar la hacienda nacional. Pero Baquerizo tuvo la fortuna de instaurar un período de paz, de 1916 a 1920, pese a la pobreza fiscal interna y las graves consecuencias económicas que se derivaron de la conflagración europea de 1914. Hasta la *pepa de oro*, nuestro cacao exportable, sufrió lamentable depreciación y los bancos nacionales se acogieron a la *moratoria* que, poco a poco, iba reduciendo el valor de la moneda nacional.

Contra viento y marea, Baquerizo Moreno logró establecer un oasis de paz, de armonía ciudadana, de trabajo encaminado a defenderse de la miseria colectiva. Su gran sentido de responsabilidad democrática, de ejercicio de la libertad, de práctica de la tolerancia y de respeto a la dignidad humana, hizo que su gobierno alcance seguridad y equilibrio en las férreas paralelas del poder.

En esta administración constitucional de Baquerizo Moreno hay ciertamente obras que recomiendan la gratitud nacional: la abolición del concertaje y de la prisión por deudas, que marcaba un paso avanzado en la cruzada de liberación del indio; la instalación del telégrafo inalámbrico que nos puso en contacto directo con toda la espiritualidad del género humano; la iniciación de los trabajos del ferrocarril de Quito a Ibarra, a fuerza de *mingas* y de soldados que comprendieron que el trabajo es la batalla creadora cual una canción de Virgilio; la edificación de casas escolares, propicias al establecimiento de hogares ciudada-

nos; el saneamiento de la ciudad de Guayaquil, fortalecida por la ciencia de ese médico japonés, Hindeyo Noguchi, ganador de la gratitud y ciudadanía ecuatorianas; y la demarcación de la frontera con Colombia, restañando así la herida que se abrió con la desmembración del sueño dorado de Bolívar.

Esta administración de Baquerizo Moreno, gobernante letrado que amó a Montalvo desde la adolescencia, a su término entregó un precioso regalo a los forjadores de la cultura nacional. El 29 de Mayo de 1920, el Presidente expidió un decreto fijando como Día del Maestro, el día del natalicio del Cervantes de América, del supremo guía de las virtudes democráticas que son un evangelio para la conciencia laica del país.

Desde ese año de 1920, la Fiesta del Maestro se viene celebrando religiosamente, con caracteres eminentemente laicos y devoción republicana. Entonces el recuerdo de Montalvo se une al de su consagrador en nuestro calendario cívico.

En el albor de abril de 1937, algunos maestros se dirigieron a Baquerizo Moreno solicitándole un pensamiento suyo para estamparlo en alguna parte, con ocasión del día del Maestro Ecuatoriano. El ex-magistrado les respondió:

"El pensamiento que Uds. se sirven pedirme para el Día y la Fiesta del Maestro, lo escribí el 29 de Mayo de 1920, en el Decreto Ejecutivo, cuya copia les envío.

¿A qué escribir otro pensamiento original? Reproducirlo, publicarlo, me parece bastante.

He leído en el primer capítulo del Génesis que cuando Dios dio fin a su obra, a su creación, se limitó, únicamente, a reconocer y decir que era buena.

Pues a mí, en lo pequeño, en la pequeñez de la creación del Día y Fiesta del Maestro, permítaseme también decir que la obra ha sido buena, ha sido noble, levantada y útil; que hay en ella luz, calor y fecundidad suficiente para hacer, como hacen, del Niño y el Maestro, la síntesis espiritual más grande y más hermosa, en la perpetuidad del ESPIRITU anhelante de cultura, de

saber, hondamente democrático y republicano, del pueblo de Carbo y Montalvo, de Mejía y Espejo, de Malo, Vásquez y Romero; muertos, pero venerados en la mente y el corazón de sus conciudadanos”.

III

UNA FASE POLITICA CONVULSIVA Y ANECDOTICA

1

AMNISTIA AL CONJURO
DE DOS VOLUNTADES SOBERANAS

Antes de ser elegido Presidente de la República, Baquerizo Moreno fue Senador por el Guayas y Presidente del Congreso Nacional. En el desempeño de las mismas funciones le sorprendió la revolución dictatorial del Coronel Luis Larrea Alba, ocurrida el 15 de octubre de 1931.

Fracasó el caudillo militar no sin derramamiento de sangre. Y el Presidente del Congreso se hizo cargo de la Primera Magistratura.

Ya en este escabroso puesto tuvo que sortear difíciles contingencias políticas, respetando la libertad de prensa y las contrapuestas lides de la ciudadanía. Al fin, a fines del mismo año abrió sus puertas a las elecciones libres para designar al nuevo Presidente Constitucional. El ungido, por obra de una vigorosa compactación de fuerzas electorales, fue Neptalí Bonifaz, ya desde antes calificado de “peruano” porque él así mismo se había llamado en su “despreocupada juventud”.

Este *mare magnum civico* encendió el polvorín de la oposición y nunca procreó tanto la prensa chica como en esta ocasión.

En Quito y en otras capitales de provincia se multiplicaron los hebdomadarios, y las hojas sueltas cruzaban de banda a banda y de bando a bando, como proyectiles de una guerra encarnizada y virulenta. Pero casi la totalidad de esos periódicos y la mayor parte de esos volantes impresos, correspondían al pensamiento liberal y socialista, porque el Presidente Electo, por otro ángulo de su personalidad, parecía un engendro del partido conservador.

Todo lo sucedido y lo que iba sucediéndose, movió a la conspiración de larreístas y mendocistas, de dirección liberal, que cayeron derrotados en la contienda electoral y daban al conservadorismo por entronizado en el Poder.

La rebelión política de liberales, apoyada por socialistas, estalló en Tulcán el 31 de enero de 1932. Civiles de ambos partidos asaltaron el cuartel del Batallón Manabí que guarnecía esa plaza. El choque fue sangriento. Hubo varios muertos y numerosos heridos de ambas parte contendientes. Pero al fin fueron vencidos los civiles y reducidos a prisión, inclusive muchos de los considerados como responsables. Entonces la fuerza militar vencedora ejerció una oprobiosa represión contra los que cayeron en sus manos.

La sangre hermana derramada en Tulcán y el clamor de viudas, huérfanos y padres de familia torturados por la tormenta política, consternaron a la nación entera. La Reina de Carnaval elegida en Riobamba, renunció a su Reinado de la Alegría en "demanda de solidaridad con los hermanos caídos en desgracia", y en nota de 9 de marzo dirigióse al doctor Alfredo Baquerizo Moreno, Encargado del Poder Ejecutivo, invocándole el retorno de la paz a la República.

"Vos, señor Encargado del Poder —le dijo—, que gustáis sembrar primaveras en el invierno de la vida, transformando en primorosos rosales los yermos campos de la tortura, si hacéis que a ellos llegue vuestro mágico pincel de artista de la literatura, dirigid vuestras miradas a los hermanos de Tulcán que están privados de libertad y sin sus seres queridos. Sed poeta también, así

os halléis en el sitio desde el cual la vida debe ser vista con un prisma de realidad. Tenéis las Facultades Extraordinarias en vuestras manos, no podéis decir que no.

Hago valer ante vos, ilustre ecuatoriano, mi poder de Reina; quiero imperar en la exquisitez de vuestro corazón y arrancaros el Decreto Libertario. Os lo pide Fabiola I, dándoos un ósculo de pureza en vuestra alba cabellera, en la que lleváis la hermosa insignia de la paz."

Antes de recibir esta enternecedora comunicación el doctor Baquerizo se había trasladado a la ciudad de Tulcán, precisamente con el ánimo de libertar a los presos políticos y restituir la calma en el país. En efecto, el 13 de marzo, allí mismo expidió el Decreto de Amnistía, a fin de "afianzar el bienestar y la paz de la República" en nombre de la ciudad de Tulcán que fuera "un baluarte heroico del liberalismo y su gloriosa doctrina".

A su regreso a la capital de la República, el doctor Baquerizo Moreno dio respuesta a la Reina de la Alegría de Riobamba:

"Sin conocer aún la bellísima carta de Ud., ni sentir el efluvio de un ósculo de pureza allí donde los años pusieron para mí la blancura de una paz inmarcesible, fui a Tulcán, liberté prisioneros, devolví las extraordinarias, regresé en seguida, llegué y leí la amable y noble demanda de tan piadosa soberana.

La publicaba Ud. y decretaba yo conforme a su querer, en el mismo día de paz y de concordia.

Y ese decreto firmado con tinta color de la sangre que se vertió en Tulcán; color de toda enseña de libertad humana; rojo color de unos labios que piden o suplican compasivos, lo envió a Ud. para que lo guarde y conserve, como respuesta a la Dulce Soberana que abdicó su cetro de Alegría y se cubrió de suave y hechicera Melancolía por el dolor que allá lejos tuvo palideces de muerte y lágrimas de amargura y aflicción.

Que su pueblo, oh Señora del bien y del perdón!, la corone y aclame para siempre Reina de misericordias y bondades infinitas.

Y yo, el representante por ahora de una democracia civilizada, libertadora y humana, beso las manos a quien es hoy orgullo y gala de su patria y símbolo inolvidable de una sincera y amplia Fraternidad Nacional.

(f.) *A. Baquerizo Moreno.*

Quito, Marzo 15 de 1932."

2

DOS HECHOS Y UNA PARODIA

Después de la amnistía provisional hasta su ratificación por el Congreso, la campaña política seguía pidiendo la descalificación del Presidente Electo que renegó de la Patria en su "despreocupada juventud". La prensa chica, apasionada, abundante y enérgica, recogió documentos y derrochó dialéctica en apoyo de esa descalificación.

Al imperio de este deseo fervoroso de la oposición al reconocimiento constitucional del Electo, el primero de mayo hubo una imponente manifestación universitaria en la ciudad de Quito, manifestación que fue agredida a palos y garrote cavernario por la gendarmería del Ministro de Gobierno y del Intendente de Policía, en colaboración con grupos de civiles *compactados*. Esta represión bárbara se hacía sin el conocimiento del Encargado del Poder que se hallaba en su lecho a consecuencia de una gripe de cuidado.

Al día siguiente, la prensa nacional publicó enérgicas protestas por el atentado incalificable. Los comentarios se multiplicaron y se extendieron por toda la República, ya defendiendo o ya culpando al Presidente Interino. Pero entre comentario y comentario, surtió una agudeza de oportunidad y buen humor. Se recor-

dó que el doctor Baquerizo Moreno, en una ocasión, al inaugurar una obra pública, dijo:

“Un puente más y un abismo menos”.

Y la parodia salió al frente:

“Un garrote más y un estudiante menos”.

Quienes la pronunciaban, la contaban o la repartían en los corrillos de amigos, sabían que el Presidente Encargado era inocente de lo que se lo acusaba, pero era bonita y actual la parodia:

“Un garrote más y un estudiante menos”.

El doctor Baquerizo desaprobó y condenó el brutal procedimiento de la policía, reñido con la cultura y la democracia. Recordó que él fue profesor de juventudes en la Universidad de Guayaquil y que, por lo mismo, aquel atentado le había herido en lo más sensible de su ser.

Sin embargo, el original y la parodia del buen humor político, continuaban en circulación profusa como graciosas saetas de actualidad:

“Un puente más y un abismo menos”.

“Un garrote más y un estudiante menos”.

3

DOS HERIDOS A PUNTA DE ACERO

Una madre de familia se dirigió al Encargado del Poder solicitándole sanción para dos funcionarios que los creía responsables de un delito cometido contra su hijo. Pues como derivación del ataque policial al estudiantado, un soldado de caballería lo había herido con la punta del sable.

Baquerizo Moreno, atento siempre a los reclamos de la ciudadanía, la contestó aconsejándole reprimir las venganzas, por-

que "la venganza es odiosa de suyo y no cabe en el corazón de una madre con ternuras y cariños". Luego añadió:

"En las declaraciones publicadas acerca de ese tan inesperado acontecimiento, veo que me sucede a mí lo propio que al hijo de usted, señora. Un soldado de caballería, al pasar y sin motivo o provocación alguna —dice—, lo hirió con la punta de un sable; lo hirió de muerte —exclama Ud.— Pues bien, no uno, ni dos, ni tres caballeros, también sin motivo ni provocación alguna, sino de la manera más inesperada, clavaron el acero de sus plumas, no en mi carne ciertamente, sino en algo más sensible que ella: en mi nombre, en mi honor de magistrado y caballero. Y sobrevivo, señora, como sobrevive felizmente el hijo de usted.

Mas, en mí ocurre esto, no por gracia de lo alto, sino por gracia y merced de lo que soy y fui: siempre el mismo en la historia o fuera de ella. Yo no he pedido justicia, señora, he dejado el cargo de conciencia a los que pecaron contra mí. Y usted la pide, señora, para el castigo de dos funcionarios completamente extraños a la desgracia de su hijo.

Fue un soldado el que pasó e hirió, en lo grave y duro del conflicto. Caso deplorable; pero, si me hiere a mí más de un caballero representante de la cultura ecuatoriana con el agudo acero de su pluma: ¿qué mucho que un soldado, en un impulso y en esa como ceguera de la carga hiriese al hijo de usted con el agudo acero de su espada? El hijo de usted vive; vivo yo también; consolémonos pues, señora, mutuamente por el dolor pasado. Morir materialmente es morir como todos morimos por igual: hoy, mañana, cualquier día. El tiempo en que esto se realice nada vale, nada importa. Corto o largo, da lo mismo cuando la muerte llega a sorprender en la alcoba o en la calle. Mas, el morir de un nombre, el morir de una honra, el querer matarlos o matarlos adrede buscando, por acaso, ese nombre, esa honra que se hieren o matan, ah!, para esto, señora, ni usted ni Consejo alguno han pedido ni pedirán seguramente sanción alguna.

La sanción pídala usted, señora, también en desagravio mío.

Pedro negó al Cristo: a qué quejarme de que otros que no son Pedros ni tuvieron su fe me hayan negado igualmente en la hora del dolor y de la prueba? La justicia que usted pide llegará sin duda; la que se me debe a mí: a qué pedirla?, a quién? Mi justicia soy yo.

He contestado a usted; ojalá me sea dado enjugar lo amargo de sus lágrimas, y que enjugadas, su amor y su cariño renovados modelen dulcemente para el bien y la verdad el espíritu de su hijo, encanto y suave encanto de su sensible corazón de madre."

4

LA VUELTA A "GRIMPOLA ROJA"

Este año de tan deplorables acontecimientos, coincidió con los dos centenarios del nacimiento de Juan Montalvo y Juan León Mera. En memoria del primero, Baquerizo Moreno envió a los ambateños mensajes de profunda congratulación por el homenaje apoteósico que se le rendía al máximo cultor de la lengua española en América. Pero, llegado el centenario de Mera, estuvo en Ambato, invitado especialmente por el Concejo y un Comité organizado precisamente para dar relieve al acontecimiento nacional.

Llegó a Ambato pocos días después de que el semanario "Grímpola Roja" que allí manteníamos bajo la dirección de Estuardo Almeida, clavó sus finos dardos en la parte más sensible del magistrado, cabalmente por el atropello policial a los estudiantes de Quito. Mas el magistrado que todo lo sabía, no pudo contener su resentimiento cuando la hora llegó.

En la sesión solemne improvisó uno de sus usuales discursos. Habló del autor del Himno Nacional con devoción profunda y respeto a quien fuera de contraria ideología. Cosechó nutridos

aplausos. Y cuando el entusiasmo público tuvo de su lado, con guante blanco devolvió los flechazos a "Grímpola Roja", en este cuadro alegórico de Mera:

"Señores y señoras: Yo me represento al bardo, al creyente y al patriota cual una blanca columna que se destaca en las lejanías claras u oscuras del espacio. Alrededor o al fondo, grímpolas rojas, negras o azules, flotan al viento con violencias repentinas de huracán; pero la columna, la blanca columna, con el encanto estético de su pulimento, su silencio y majestad, se alza inmóvil y serena, como un símbolo callado, como un símbolo de fe tranquila y de conciencia pura."

Allí, en esa imagen de un imaginario monumento erigido al poeta de "La Virgen del Sol", se retrataba él mismo, Baquerizo Moreno herido por la "Grímpola Roja" que, según él, se alzaba al viento "con violencias repentinas de huracán"; y estaba él mismo "como un símbolo callado de fe tranquila y de conciencia pura", en cuanto se negaba a la condenación de la prensa libre.

Pero al fin se reunió el Congreso Nacional el 10 de Agosto. La descalificación del Presidente Electo se consumó en medio del alborozo de esa prensa y esa ciudadanía que esperaban el mantenimiento seguro del Liberalismo en el Poder. Así las elecciones libres dadas por el Encargado del Poder Ejecutivo, resultaron sin efecto, desde luego, no por culpa de Baquerizo Moreno, sino de esa "compactación" que escogió al hombre sin el previo examen de sus antecedentes de fe ecuatoriana y de convicción patriótica.

Las fuerzas políticas contrarias a Bonifaz, exigían la renuncia del doctor Baquerizo. Este dejó su alto cargo, y en su reemplazo fue designado el señor Carlos Freile Larrea. Mas ni por esto, la paz se hizo en la República, porque las tropas defensoras del electo descalificado se batieron cuatro días con las que respaldaban al Congreso. Esa fue la horrenda "guerra de los cuatro días" que ensangrentó a Quito con más de mil muertos y que obligó a Enrique Garcés a escribir un patético opúsculo: "Bajo una lluvia de balas".

IV

CON APOLO Y TALIA

Tras el esbozo de un cuadro trólogo del ciudadano, político y magistrado, acerquémonos a Baquerizo Moreno, exponente de las bellas letras, en su camino de formación y ascenso. Y digamos que él, como la gran mayoría de los amantes de las musas, encontró a las suyas en el huerto de Apolo cuando su adolescencia bullía en la entraña del amor, del dolor temprano, del ensueño auroral y del deseo de estampar los brotes del espíritu en la estrofa metrificada o el diálogo argumentista.

En su empeño de llegar a la ciudadanía literaria, Baquerizo Moreno se sintió gregario, receloso de la soledad. Y para lanzarse a la publicidad de sus primigenios partos líricos, se asoció a José M. Velasco Castillo, Juan Illingworth y Nicolás Augusto González. En compañía del primero publicó, en 1881, "Poesías", con prólogo de Quintiliano Sánchez; y en socio de los otros dos, al año siguiente, "Ensayos Poéticos".

Las parcelas líricas de Baquerizo revelan esa evasión propia de los jóvenes que se formaron en las aulas dogmáticas y quieren encontrarse a sí mismos, en áreas de libertad y renovación. No abandonan los moldes de devoción orante, pero ya miran a Dios al través de la filosofía de Racine, Voltaire o Rousseau.

Más tarde se verá que Baquerizo se asienta en el tendido del liberalismo radical ecuatoriano y que González ejercita el librepensamiento de ateísmo confeso. Ciertamente, Baquerizo no llegó a este extremo, ni sufrió como aquél condenado a pobre y tro-tamundos. Baquerizo gozó de sus comodidades burguesas, pero los rezagos de las plegarias devotas del colegio jesuíta los revertió en oraciones del patriotismo, la cultura y de la democracia. Ejemplos son su "Oración Bolivariana", su "Credo" de "la Li-

bertad Todopoderosa", su Bendito a la "vieja y querida Guayaquil" y su Oración al Alma Mater de la Universidad.

Baquerizo Moreno siempre se sintió entrañablemente ligado a su ciudad natal, a su ría oceánica, a sus selvas tropicales, mas no dejó de poner la abundancia de su corazón en las supremas glorias de la patria entera. Pues a su parcela de "Poesías" llamóla "Rumores del Guayas", y allí en un solo tributo canta a Olmedo en el centenario de su nacimiento y al Diez de Agosto cuyo grito de libertad, olmedianamente, "resuena por la infinita esfera".

Hácese patente la influencia de Olmedo en la poesía de Baquerizo Moreno, y más las de Bécquer y Campoamor. Sincero, el bardo de "Rumores del Guayas" da sus "Rimas" y "Doloras", superando el molde con los efluvios de su propiedad. Pero desde estos comienzos, ya hay en él la sustentación clásica que le hará académico de la Lengua. "Su lenguaje es puro y delicado su estilo", expresa Quintiliano Sánchez, el prologador, y agrega: "Condensa con admirable gracia sus ideas; dice mucho en pocas palabras, y, avaro de expresiones, es siempre pródigo en sentido". Se diría que éste fue el pasaporte que más tarde lo robustecerá fuera del huerto de Apolo, más en la prosa del novelista y el verbo del orador.



Quien llevaba vocación de novelista y alma de poeta, tenía que verse tentado por las gracias de Talía. El 9 de agosto de ese año del primer parto lírico en nacimiento gemelo, se representó en Quito su drama "Amor y Patria", compuesto en colaboración con Nicolás Augusto González. El autor del prólogo de "Poesías" dice que los autores recibieron "aplausos y coronas del público entusiasta", anunciando, a la vez, que Baquerizo guarda inédita "una linda zarzuela en cuatro actos", titulada "En busca de oro".

Tal vez de ésta es esa "Habanera" que ensalza al jipijapa llamado "sombbrero de Panamá" por los mercaderes del dólar.

Para ejercitar una danza folklórica de importación, la primera estrofa canta:

Soñando en Cuba
llegué a La Habana,
y una cubana
me quiso allí;
porque llevaba
más que dinero,
un buen sombrero
de Manabí.

Como ensayo dramático de juventud, en 1910 publicó Baquerizo Moreno su comedia "El Nuevo Paraíso". Es fabulosa. El mismo autor lo confiesa. No tiene tiempo ni escenarios fijos. Sus personajes son bíblicos: medio de este mundo real, medio de ese ótro de la fantasía. Ellos son nada menos que Adán y Eva, más un Pablo Nazario con aire de filósofo y senador cesáreo, y más otros dos que se identifican por sus nombres simbólicos: Vanitas y Felicidad.

Adán, el expulsado de la vida fácil y dichosa, ha vuelto al mundo con el fruto de su costilla. Su vida ya no es la de ayer, de cuando le era inútil la hoja de parra. Ahora está frente a la realidad que descorrió el telón del pecado original. Cuanto observa con los ojos de la razón le parece impreciso, inseguro, falso, más agudo que el axioma fenomenológico de Campoamor. Pregunta a Pablo Nazario: "¿La verdad existe?", confesando de inmediato: "Yo no la encuentro, y a estas horas dudo de que exista. Todo es verdad, todo es mentira, aun *el color del cristal con que se mira!*"

Pablo lo cree un loco que peca "contra el sentido común", y Eva participa de este criterio, cuando su esposo le anuncia que

se va lejos porque "la vida se resuelve en la soledad del espíritu". Y se va, en efecto, y a la luz de un nuevo día, expresa: "Hagamos el Paraíso, pero acá en la tierra; y una vez hecho, gocemos de él, como el artífice goza de su obra, sabiendo lo que es y lo que en ella puso. Trabajemos en la vida y que la vida crezca y que vida se multiplique sobre la tierra toda"...

Vanitas es vanidad y Felicidad, el sueño de las criaturas humanas.

Adán le invita a esta codiciada doncella de su diligencia, para que sea su camino y su guía; mas ella le responde: "¡Id!... ¡Id!... Y poned flores donde el abrojo crece; y haced del modo que este mundo al que llaman valle de lágrimas, sea en adelante un paraíso de sonrisas y ternuras... Yo tengo el mío porque vivo en el amor y en la paz de todo."

En el prólogo de esta comedia fabulosa, el mismo Baquerizo explica que su nuevo Adán busca un paraíso nuevo, "ese paraíso que buscamos siempre", pero que no llega nunca a las puertas del ensueño, porque "la nada es el término de todo"; pero, asimismo, aconseja vivir la relatividad, ya que "lo relativo de la verdad y lo relativo de la dicha podemos alcanzar con la relatividad suprema de la vida."

Se diría que la acción de "El Nuevo Paraíso" se mueve como la de una parábola de los "Motivos de Proteo" de Rodó. Mas sea cual fuese la sustancia ideológica de aquella obra, es cierto que Baquerizo Moreno recogió los motivos bíblicos de su educación jesuítica y los encauzó hacia la interpretación fenomenológica de la copla de Campoamor:

En este mundo traidor
nada es verdad ni mentira:
todo es según el color
del cristal con que se mira.

La evasión del tradicional hacia una nueva filosofía de la vi-

da, estaba en marcha. El hombre camina con su espíritu, esquiva los atisbos escépticos y busca la verdad, su verdad que no es otra que la que vive.

V

ORADOR Y LITERATO

Estos dos atributos anduvieron siempre juntos en la palabra cálida y entusiasta de Baquerizo Moreno. No será fácil decir cuál de ellos tuvo la primogenitura o si nacieron tal vez gemelos, por más que se asegure que "los poetas nacen y los oradores se hacen". Lo evidente es que hay ciertos dones del género humano que llegan en crecidas proporciones para determinados seres privilegiados y que, al impulso de su misma fuerza y al calor de la cultura ambiental o adquirida, revientan como botones del jardín en primavera, para tomar prodigalidad y madurez en el sucederse de las estaciones de la vida.

El orador y el literato tienen un sello común en Baquerizo Moreno: el uso de la palabra en torrentes zigzaguentas, pero seguros, a merced de la anáfora cuyas repeticiones tejen gradientes del imaginario y la sensibilidad, de la ruta segura y la verdad; el uso de la palabra castiza, ajustada a los cánones de la academia; el juego de la fraseología, sin abandonar el cauce hacia el objetivo; la calidad del estilista, aun en la carta, el oficio, el mensaje oficial o el telegrama que vuela en la reducción de términos.

Oír hablar a Baquerizo Moreno constituía una ambición de auditorios. No había reunión pública o multitudinaria que no le solicitara, en voz baja o en voz alta, ¡que hable Baquerizo!, ¡que hable Baquerizo Moreno! Y él hablaba, pulsando el ánimo del minuto, intuyendo la ansiedad del público, extrayendo los fondos

de su sinceridad y conduciendo al rebaño de espíritus hacia la senda del bien, hacia el amor a la Patria, hacia el reinado de la paz y la fraternidad en el país, en América, en el mundo. Su elocuencia se interrumpía con los aplausos, y su verbo corría entre espinas y flores, según las circunstancias, porque él nunca vivió políticamente en "un hecho de rosas". Hombre de Estado por mandato de sus compatriotas, tuvo que medirse en la historia de su patria, unas veces en la bonanza y ótras en las convulsiones del novato ejercicio de la democracia.

En sus discursos, los más carentes de tinta pero desbordantes de elocuencia, al igual que en sus mensajes, cartas y telegramas, hay una incorruptible doctrina: la libertad republicana; un solo principio: el patriotismo integral, en la unidad de la Patria; un solo encargo: el ejercicio libre y limpio del civismo; una aspiración continental: la práctica del panamericanismo sin lobos ni caperucitas; un máximo ideal: el reconocimiento de los derechos humanos y la vigencia real de la fraternidad universal.



Baquerizo Moreno es estilista y literato en todo cuanto salió de su verbo o de su pluma; pero hay un género que lo cultivó con intención y brillantez: la novela. Baquerizo Moreno es novelista de buena calidad nacional, de atildado relato y de expresión de una época de la historia cultural.

En 1892 publicó "Titania", el sueño de una novia en su noche de bodas. Parece un episodio de Shakespeare escenificado entre los cacaotales del Litoral ecuatoriano.

"El señor Penco" apareció en 1895. El protagonista es uno de esos propietarios de haciendas que se enriquecieron exportando la "pepa de oro" y que derrocharon la fácil fortuna en los centros europeos del placer y "buena vida". Es un señor guayaquileño, amigo de la glotonería refinada, que hace alardes de orato-

ria cuando tiene la barriga llena, y que hace intenciones de humorista cuando tiene el corazón contento. No así su hija Alegría, vivaz por naturaleza, salerosa espontánea y fiel retrato de la mujer porteña. Estos y los demás personajes son de "carne y hueso", en el clima social de la Perla del Pacífico.

La "Sonata en Prosa" corresponde también a los últimos años del siglo XIX. Trata del regreso a Guayaquil del hijo de un banquero: Serafín, mozo que en Europa alternó los estudios con encuentros de amores mercenarios. Pero ya en su tierra se enamoró de Crisálida, locamente, hasta el caso de desesperarse por su muerte repentina. Por fortuna la música fue su consuelo, y en ella creía escuchar las voces de su mada, como el Dante en las notas del Paraíso de su Comedia Divina. Al fin, la ejecución de un "Scherzo" le recomendó dándole a Casta, una real criatura que hará real su vida en el regazo conyugal.

Esta "Sonata en Prosa" se la toma como un modelo del acabado estilo, y las anteriores novelas como paradigmas de voces poéticas y de corrientes aladas que, con frecuencia, se apartan de la realidad terrena. Y entre éstas, agrégase también "Luz", ensayo de tema psicológico en castiza palabra y castigada expresión.

Baquerizo Moreno incursiona la realidad ecuatoriana en "Tierra Adentro", "la novela de un viaje". Pues un viajero se detiene en Jorobada, tierra cálida sujeta a la fría voluntad de un cacique despótico, Juan de la Pedrola Barbines. Y allí ve el viajero cómo vive su miseria el montuvio ecuatoriano, cómo explota a los humildes el astuto tinterillo, cómo se entretienen las gentes en juegos de naipes y cómo un gamonal quebranta el hecho electoral a fuerza de esbirros armados y derramamiento de sangre.

El viajante continúa su destino hacia la capital de la república, sufrido por lo que vio y haciendo votos porque se encuentre la forma de salvar al montuvio del peso de las iniquidades de su realidad.

"Tierra Adentro" es la novela que se acerca más a la vida ecuatoriana, aunque en todas, por sinceridad, los personajes se mueven al tono de quien perteneció a una clase rica y aristocrática, pero en amparo de una ideología de democracia burguesa y liberal.

Novelísticamente Baquerizo Moreno se pertenece a su región geográfica, al Litoral ecuatoriano. Mas en cuanto a orador y literato, él está luminosamente en el corazón de toda la patria ecuatoriana, coronado por su grandeza cívica, aureolado por el dulce aliento de la nacionalidad, con un pie a los bordes del mar de Balboa y el otro en la orilla ecuatoriana del Río-Mar de Orellana. Está a lo largo y lo ancho de la Patria, cantando las victorias de nuestros libertadores, bañándose en las aguas del Guayas y contemplando la magnificencia y grandeza del Chimborazo. Está en todas partes, codeándose con todos sus compatriotas y enseñándoles que el deber de todo ecuatoriano es poner el riego de su voluntad y su amor en los huertos democráticos que cultivaron nuestros mayores y nos legaron para incrementar la abundancia del bienestar nacional.

VI

EL TRADUCTOR DE HORACIO

En el colegio jesuíta, Baquerizo Moreno aprendió la lengua de Virgilio y Horacio y se ejercitó en la traducción al castellano de estos maestros y otros más de la clásica latinidad. Más tarde afirmó su amor por los autores antiguos de la lengua de Cicerón y fue un descontento de las traducciones formalistas que se ajustaban a los preceptos más que a la esencia del pensamiento y la sensibilidad de los textos originales. Él estimaba que es mejor la traducción libre, en la que el traductor intuye o adivina lo que

diría el autor si se hubiera expresado en castellano. Acaso Olmedo no ganó sus merecidos lauros al traducir libremente las Epístolas de "Ensayos sobre el hombre" por Alejandro Pope?

Baquerizo Moreno tradujo a Horacio en prosa y verso, con bastante libertad y viva interpretación del pensar y del sentir del máximo lírico latino. Por eso se justificó en epígrafe que dice: "Traducciones y divagaciones".

No por deshonorar a Olmedo, sino para ratificar el aplauso del eminente Menéndez y Pelayo, tradujo la oda V del libro III, reproduciendo versos del "Canto a Bolívar":

"El trueno horrendo que en fragor revienta"
A Jove "anuncia que en el cielo impera",
Y el Parto y el Britano reducidos
Al Imperio, proclaman
Al divo Augusto rey sobre la tierra.

Con qué naturalidad fluyen los versos de esta oda "Sobre Lálage", medio al rumor de una égloga de Virgilio:

No puede aun con la cerviz doblada
El yugo soportar,
Ni compañera ser para el trabajo;
Ni sostener de un toro
El peso en el amor, peso y caricia.
Es ternera la tuya
Que vive todavía
Para la verde yerba de los prados;
Para hundirse en el agua
Cuando el calor apura y la sofoca;
Para jugar entre los sauces húmedos
Con tal cual becerrillo alborozado.
No arranques fuera de la sazón la uva,
Pues llegará el otoño

A ofrecer sus racimos
 Maduros, y ya negros y purpúreos...

La muy conocida oda "A la República", traducida en todas partes, Baquerizo Moreno la vertió al castellano en paráfrasis, cumpliendo así su deseo de traducción libre. Héla aquí:

¡Oh nave, nave de la República! Desmantelada estás. Nuevos vientos, vientos de tempestad, quieren llevarte, arrastrarte, sacarte otra vez mar afuera. Tú ¿qué haces? Resiste, resiste, fuertemente. No abandones el puerto. Aférrate a él. ¿Dónde el remo te empuje? ¿No ves qué falta a tus costados? ¿No ves quebrado, herido, el mástil al ímpetu del viento? ¿Dónde el timón que te gobierne?

Gime la antena. Roto el cordaje, luchar en vano intentarías con la furia del agua embravecida. No están íntegras las velas. Míralas que cuelgan desgarradas. No hallarás sople que las hinche, que las hinche y te mueva.

Ya no hay dios que a tus súplicas atienda; ni piloto que fie del pintado que llevas en la popa. Tú, mi afán y mi dolor en otro tiempo, hoy mi cuidado y mi temor también.

Guárdate si no quieres ser juguete de nuevos vientos, nuevas olas. Guárdate al menos de esas rocas brillantes y traidoras que las Cíclides esparcen por el mar.

Quienes comparen esta versión parafrásica con las traducciones "fieles", hallarán en el texto de nuestro compatriota el retrato vivo de esa república que alegorizó Horacio y que la vivió Baquerizo Moreno. Este, Mandatario, piloto de la República del Ecuador en dos ocasiones, sintió el rigor de la furia de las aguas embravecidas de la política, sobre todo en la segunda vez, cuando se vio herido por la tormenta, pero enhiesto para la resistencia y la lucha, porque el piloto que se derrota fácilmente es juguete de la inutilidad, no digno de ser piloto. Y aunque tuvo que ponerse en retirada, burlando muchas tempestades, no cesó de advertir en el plano del común ciudadano: —Amada república en la patria mía, guárdate si no quieres ser juguete de nuevos vientos, nuevas olas. Guárdate al menos de esas rocas brillantes y traído-

ras que se esparcen por el mar de las oprobiosas regresiones. Guárdate de la vuelta de la noche colonial!

VII

EL GUIA DE GENERACIONES NUEVAS

En la galería de presidentes de la República del Ecuador, hay muchos que fueron maestros docentes, aunque no con la humildad y brillantez de Sarmiento. Uno de esos magistrados fue el doctor Alfredo Baquerizo Moreno. No comenzó por la escuela, pero hizo cátedra en el colegio "Vicente Rocafuerte" y la Universidad de su ciudad natal. Fue maestro y guía de la juventud.

Muchas veces estuvo también cerca de los niños, para mirarlos y guiarlos como padre o abuelo o como conductor sin aulas formales. Un caso se dio, por ejemplo, cuando habló a los niños de Guayaquil en la Plaza Centenario, en un natalicio de Bolívar. Allí bajo ese techo azul de sus ensueños juveniles, les habló —igualándose en palabra y pensamiento— de la era de libertad que brilló en América cuando nació en Caracas el Libertador. "En este día de júbilo —les dijo— hay gozo en las alturas, y llega hasta vosotros ese cantar divino que clama dulcemente: paz, paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!" Y agregó:

"¿Qué canción de alborada decir a vuestra edad risueña, de esplendores de aurora, en la tarde de mi vida que se apaga? ... Esa, niñas y niños, es canción muy larga de contar y de admirar. La iréis leyendo. Más que canción es todo un drama; y más que drama es una epopeya. Y no basta leerla; hay que aprenderla primero en la escuela y el hogar; y luego allá, en el seno y el tumulto de la vida, aprenderla y grabarla en lo profundo e íntimo del sér."

Y así tras este exordio de acendrado patriotismo, les entregó este aleccionador mensaje:

"¡Bolívar! ... Fue un soldado, un magnífico soldado, pero en el soldado había un ciudadano, un gran ciudadano ... Soy, dijo,

un simple ciudadano que prefiere la libertad, la gloria y la dicha de mis compatriotas, a mi propio engrandecimiento. Huíd del país donde uno solo ejerce los poderes... Repetidlo, repetidlo, niños, pues la igualdad y la fraternidad humanas deben empezar en vosotros, en la sinceridad alegre de la infancia."

Finalmente, en un arranque de emoción devota en loanza del Padre de la Patria, entregó a esos niños esta ORACION BOLIVARIANA:

Padre nuestro que estás en la gloria,
bendecido sea tu nombre, así en la tierra
nuestra, como en la que fue Colombia.
El pan nuestro de cada día, el pan
de nuestro amor te lo ofrendamos hoy.
Perdónanos cualquiera deuda de involuntario
agravio, así como nosotros
perdonamos a tus calumniadores; y no nos
dejes caer en la tentación de
mancillar tu nombre; más libranos de este mal
y de todo mal, amén.



En 1915, al inaugurarse los cursos escolares, dirigió un mensaje a los universitarios de Guayaquil, recomendándoles "la magnífica y abnegada virtud del patriotismo; la que se decide y afirma por las grandes y luminosas batallas de la paz". Luego, en comunidad de intención, dijo: "Esforcémonos por hallar un nuevo impulso de vida y bienestar que devolviendo al Ecuador entero, su paz, su fuerza y sus recursos, haga de él y de todo él, desde el Ande a la llanura, un monumento espléndido de grandeza moral, de poder material, de sabiduría y libertad, coronado por nuestra amada enseña nacional, desplegada al viento de la

gloria, limpia y triunfante siempre dentro o fuera de los sagrados linderos de la Patria."

Más tarde, en 1939, dirigióse a los alumnos del Colegio "Vicente Rocafuerte" de la misma ciudad y otra vez, paternalmente, les encareció sean ellos los abanderados de la Patria y los custodios de la paz interna en la paz de América y en la paz universal, porque ha de ser ambición de todos la "verdadera y franca fraternidad de hombres, pueblos y naciones".

Pero cuando más encaró los problemas educativos de la juventud fue en diciembre de 1932, cuando agradeció el homenaje que le tributaron alumnos y maestros de la Universidad de Guayaquil. Entonces recordó sus años de docencia en la casona, lo que se hizo, lo que quedó por hacerse y lo que en esa hora faltaba todavía. "He recogido experiencia —expresó— y con ella os digo lo que he visto siempre, esto es, que crecemos, que mejoramos, que alentamos; pero os diré también que oí siempre lo contrario, pues oí que decaíamos, que degenerábamos, que nos perdíamos y hundíamos, sin hombres, sin riquezas, sin idea... A vosotros los profesores y alumnos de hoy toca la magnífica tarea de afrontar el peligro que se acerca, amenaza y ruge ya; a vosotros el salvar sobre vuestros hombros, el orden, la disciplina y el saber que el tiempo demanda y hasta impone y modela; y si hay mucho en verdad por reformar, y algo o mucho por deshacer, que no perezca, que no perezca en vuestras manos lo que existe de noble y valioso en la herencia de nuestros padres, en la herencia civilizadora de una vasta sucesión de siglos. La Juventud renueve lo estéril, lo envejecido; más renuévelo sin desdenes ni prejuicios talvez irremediables. La acción útil y benéfica, la de una atinada renovación para el bienestar común, abra la senda que os conduzca victoriosos al aplauso de ésta vuestra propia generación y al de las que vendrán después a ser como vosotros forjadores del tiempo y de la idea...

Que el estudio sea en vosotros fuente perenne de gozo y de abundancia, fuente que aumente a medida que bebáis de sus

aguas dulcemente provechosas. Que vuestro afán y vuestro empeño de saber cambien y hermosteen la faz de la República, y que os sean verdad fértil, abundante y positiva vuestros sueños y ensueños de estudiantes. Y pensad, para confortaros y elevaros, en esta patria nuestra, tierra del honor, de la libertad, de la cultura, de la fecunda y fervorosa vida ecuatoriana."

Baquerizo Moreno hablaba siempre pulsando el minuto del vivir ecuatoriano. Y le tocó dirigirse a la juventud de su ciudad, en tres momentos críticos de la vida nacional, mientras la política liberal que gobernaba no encontraba el secreto de afianzar la herencia del Viejo Luchador. Mucha sangre se había derramado hasta 1915 y mucha sangre se derramó en 1932, sin por ello encontrarse el secreto de la paz, el camino de la concordia ni la voluntad común de hacer una labor conjunta de bienestar social.

Baquerizo pensaba en una mística del patriotismo, de la libertad, de la democracia, de la cultura. Y de la misma manera que antes entregó una oración bolivariana a los niños de las escuelas primarias de Guayaquil, en 1932 oró él mismo, en presencia de alumnos y maestros, en loanza de la Universidad y su noble destino.

"¡Oh Alma Mater! Oh madre nuestra, Madre espiritual, nos llegamos a ti, hasta tu altar venimos por mantener y acrecentar tu culto y recoger tus dones de justicia, de belleza y de bondad. Oh Tú, Virgen como Minerva, Madre como María; Tú sola joven, eternamente joven; Tú sola Pura; Tú sola Santa e inmutable; Tú Pacífica, Tú Saludable, la de la Paz a todas horas, en todo momento, en todo instante; Tú, la que nos dices que hay un pueblo, que hay muchos pueblos por instruir, por educar, para que brote de ellos la sabiduría que apague y calma toda sed; Tú que eres Amor y eres Conciencia; que eres llama inextinguible de verdad, enciende desde ahora en nuestras almas el deseo y la caricia de tu luz: realiza el milagro, mueve, mueve nuestros corazones anhelantes de abrasarse en esa llama, anhelantes de vivir eternamente en la verdad que eres, y

fuieste, y serás siempre Tú. Recógenos, ampáranos en tu seno ¡oh Alma Mater! Haz que tu saber y tu justicia nos salven! ¡Oh Salvadora de pueblos y naciones! ¡Universitas! de ti vendrá sin cruz y sin inri de ignominia la redención espiritual del mundo.

Te alzarás, te levantarás acaso entre las ruinas de prodigiosos tiempos que pasaron. Mas te alzarás, te levantarás magnífica y gloriosa siempre; Madre Admirable, en la sucesión inagotable, de siglos infinitos."

VIII

EXPLORADOR DE BELLAS LETRAS Y VALORES HUMANOS

Artista de la palabra, artista del sentimiento; modelador de patriotismo, amante de la libertad y vigía de la democracia, Baquerizo Moreno tuvo corazón grande para ponderar las virtudes de los héroes y ojos claros, muy claros, de profunda visión, para hacer la exégesis de sus hazañas. Los conoció por sus obras, los identificó por los hechos y se fue alma adentro para decir su verdad o descubrir al hombre que había en cada uno, pero al hombre puesto al servicio de las buenas empresas humanas.

Y de la misma manera que examinó a los héroes de la libertad por el fuego de su tea o el brillo de su espada, alineándolos por la estatura que alcanzaron, asimismo examinó a los legionarios de la pluma, a los pulsadores de la lira y a cuantos ensayaron o se convirtieron en auténticos usufructuarios de la libertad y reconstructores de esos pueblos que nacieron con destino a ser grandes por el trabajo y el esplendor de la cultura.

Espada y pluma, Marte y Apolo, victorias ganadas, libros frescos y páginas encendidas, fueron ensalzados por Baquerizo Moreno, con sentimiento ardiente o pericia de exégeta profano.

Mas en cuanto concierne a su papel de crítico ocasional, en su doble personalidad de autor de bellas letras y de catador de la cosecha ajena, Baquerizo es dueño de una gama cromática. Estimuló a los autores nuevos, aplaudió a los consagrados, hábil y tinosamente reparó a los novatos y los excéntricos, y todo lo dijo o todo lo hizo público, con excelente sentido crítico, por más que su bondad hiciera callar ciertos vacíos que pasaron por su ojo experto.

Los libros nuevos que salían o que le llegaban con la dedicatoria atenta, eran motivo de su juicio, ya en la charla amigable o en la carta de agradecimiento. En todo caso, el comentario breve daba una verdad, un estímulo o un reparo que no dejaba de ser alentador también, porque era la voz de un maestro que apuntaba horizontes de porvenir y avance.

Muchos valores literarios le fueron tema de serio análisis, porque sabía que sus juicios debían ser perdurables. Montalvo, Mera, González Suárez, Crespo Toral, Luis A. Martínez, José Modesto Espinosa, Manuel J. Calle, Nicolás Jiménez, José Abel Castillo, Celiano Monge, Alejandro Andrade Coello... y, sobre todo, su compatriota Olmedo, le fueron muy conocidos y valorados por lo más meritorio que hubo en ellos, a la faz de sus obras literarias y la biogénesis de sus personalidades.

Con Montalvo tuvo muchas oportunidades para definir la magnitud de su espíritu, la maestría de su pluma, el vigor de su estilo y la pasión democrática de libérrimas primicias; pero lo situó en el trono de la gloria y de la fama, cuando lo puso en parangón con Rodó, en paralelo de afinidades y diferencias que hacían la gran unidad en par, como la del coloso de los Andes que derrite nieves para el río y del río que devuelve sus aguas para platear al coloso.

A Mera lo juzga más que por sus novelas o su Virgen del Sol, por el Himno Nacional que, disimulando su medianidad literaria, sacude la emoción patria en todos los pechos ecuatorianos, y es grande atributo literario, llegar al corazón de la nacionali-

dad con grandes soplos de amor y muchos mensajes de fe y de esperanza.

En la obra y la persona de Federico González Suárez, explora la virtud del sacerdote, la firmeza de la verdad del historiador y esa como segunda religión del patriotismo, pero cala muy adentro en el hombre, cuando parangona la obra con el carácter; "no había, pues, en González Suárez, la gracia risueña, espiritual; gracia de las dulces y melodiosas. No era ciertamente el suyo un vaso de leche y miel. No era dueño de la unción suave, delicada; esa con perfumes de ternuras bondadosas para el bien. Por el contrario, era la expresión sonora y ardiente de unos de esos profetas de labios abrasados en el fuego del Señor"...

Crespo Toral le es una evocación de apóstrofe. Lo recuerda a la orilla de la tumba del poeta, en tuteo de compañero de aulas universitarias, a la imagen de triunfos comunes y de caminos que los separó en la función de la vida; pero lo llama "maestro", maestro por la abundancia del verso, la facilidad de la prosa, la encumbrada elocuencia, el pensar elevado, el sentir pulcro y el estilo claro, claro "como raudal de aguas cristalinas". Y al mismo tiempo que lo llama "maestro", lo califica de "amigo inmortal", inmortal en este campo porque sin duda pensó que los dos iban a juntarse en la eternidad para seguir amándose como buenos camaradas.

De Luis A. Martínez dijo que éste "tuvo la audacia del carácter, la audacia del patriotismo y, lo que es más todavía, la audacia de su humorismo genial, franco y sincero". A José Modesto Espinosa lo elevó a la categoría de los inmortales, calificándolo de "renombrado escritor, renombrado y sobresaliente, entre los renombrados y sobresalientes de la segunda mitad del siglo pasado". Nicolás Jiménez, en cambio, tiene dimensiones precisas, fuera del elogio, fuera del entusiasmo arrebatador que se asocia al recuerdo. A Celiano Monge, no obstante los gratos efluvios de amistad, lo pone en los escaños leales del portalira, del historiógrafo y del académico de la Lengua. En cambio a Alejandro An-

drade Coello, reconoce que se mantuvo "atado al remo de la pluma", para reprochar a los paisanos porque él era "más apreciado, más aplaudido, fuera de casa que en ella".

De esta manera, todos estos valores nacionales que se fueron de la vida terrenal, dejando cada cual su obra, tienen su puesto en el jardín de la valoración de Baquerizo, siempre en asiento distinguido, siempre al reconocimiento de que fueron útiles a la Patria, en la medida de sus capacidades y en el joyel de sus dotes personales.

Más apologista que crítico es Baquerizo Moreno cuando derrama elogios o aplausos sobre la obra o las obras de los autores que le ganaron el corazón con el perfume de sus méritos; no así cuando habla de las "Charlas" de Manuel J. Calle, Charlas conocidas por el seudónimo de *Ernesto Mora*: entonces se lo ve convertido en crítico pujante, en descubridor del genio del periodista oculto bajo el ropaje de presencia humilde, desproporción entre lo mortal y la inmortalidad.

El Calle de "Charlas" es visto en pintura exacta, en retrato auténtico, en forma tal que no lo hizo otro pintor de la crítica: en cuerpo y alma, en envoltura y psicogénesis, en la abundancia y la miseria, en el acierto y la contradicción, en la recapitulación de pequeñeces para levantarse el monumento de su gloria.

Pero al través de sus juicios, de su encuentro con los hombres de letras, con escritores, poetas y periodistas, Baquerizo Moreno refleja una particularidad: sus personajes escogidos son del Altiplano ecuatoriano, no porque desdeñó a los valores de su Litoral, sino porque nació abajo, en la playa de su río, y desde niño alzó la vista hacia arriba, para decir después a sus conciudadanos que una sola es la Patria, y que los de arriba, del arriba geográfico, son los caros hermanos de la convivencia fraternal cuando estudiante del colegio jesuíta y de la Universidad de Quito, y cuando fue dos veces Presidente de la República, una vez Vicepresidente de la misma, y otra Presidente del Consejo de Estado, y siete más, Presidente del Congreso Nacional.

Sin embargo, su guía espiritual, el ángel de la guarda de su fe, de su palabra, de su inspiración, fue Olmedo, el Cantor de Bolívar, el Prócer de Octubre. Los versos del gran vate del Guayas le acudían a cada rato, como perlas y rubíes que se le incrustaban en el discurso, la arenga, la oración patriótica, el mensaje, el consejo y cuanto más quería dar con el sello de la palabra maestra y de la inspiración creadora e inmortal.

Olmedo le cantó adentro, muy adentro, y esa música la vertió hacia afuera hasta en las traducciones de Horacio. Y entre Olmedo y Crespo Toral, Baquerizo Moreno afirmó el plano inclinado de la nacionalidad ecuatoriana, como de las bajas vegas "que manso lame el caudaloso Guayas" a las altas vegas del Tomebamba o las de su hijo legítimo el Yanuncay, "de agua tan pura y cristalina que se diría pasada por un filtro de Pasteur", en expresión de Manuel J. Calle.



Hipatia Cárdenas de Bustamante

HOMENAJES A HIPATIA CARDENAS DE BUSTAMANTE Y ANTONIO MONTALVO

15 de Abril de 1958

ENTREGA DE LA MEDALLA INSIGNIA DEL GRUPO AMERICA A DOÑA HIPATIA CARDENAS DE BUSTAMANTE

27 años han transcurrido desde que un grupo de intelectuales ecuatorianos, un 14 de Abril, Día de las Américas, reunidos en la casa de doña Hipatia Cárdenas de Bustamante, fundaron el Grupo América. Difícil era imaginar en nuestro país, donde los entusiasmos se apagan en el seno mismo de la matriz donde estallan, que este grupo perdurara a través del tiempo, actuando, siempre, decisiva y brillantemente en las tareas de la cultura. Posiblemente ni sus mismos organizadores llegaron a columbrar la poderosa influencia que tendría en el desenvolvimiento intelectual de la República. Se explica el hecho porque las mentes más sólidas del país le dieron impulso. Admirable es hoy constatar como muchos de ellos son ahora eminentes ciudadanos en las diversas actividades públicas y privadas, especialmente en el arduo campo de las letras. Basta sería citar los nombres de Gonzalo Zaldumbide, Isaac J. Barrera, Benjamín Carrión, José Rafael Bustamante, Guillermo Bustamante, José María Velasco

Ibarra, Jorge Carrera Andrade, Gonzalo Escudero, Jorge Icaza, Demetrio Aguilera Malta, Hipatia Cárdenas de Bustamante, Julio Endara, Jorge Escudero, Pío Jaramillo Alvarado, Augusto Arias, Francisco Guarderas, Carlos Manuel Larrea, Víctor Mideros, Antonio Santiana, José Gabriel Navarro, Alfredo Pareja Diezcanseco, Oscar Efrén Reyes, Carlos Salazar Flor, Carlos Tobar Zaldumbide, Gustavo Vásquez Hurtado, Gustavo Adolfo Otero, Hugo Moncayo, José Alfredo Llerena, Augusto Sacoto Arias, Francisco Huerta Rendón y otros muchos que han dejado obra perdurable en las múltiples manifestaciones de la cultura.

El Grupo América con extraordinaria y precisa visión del rol que debe desempeñar la cultura en la justa posición y desenvolvimiento de este Continente plasmó su estatuto jurídico inicial. Permítaseme transcribir los concisos y elevados principios que propugna. Es un Organismo —dicen sus estatutos— de cultura nacional e internacional con las siguientes finalidades:

- a) Fomentar la solidaridad y las relaciones de los pueblos de América;
- b) Establecer intercambio intelectual con cada una de las naciones americanas, con los centros culturales del mundo;
- c) Impulsar el desarrollo de la cultura nacional y difundirla en los centros de la cultura internacional;
- d) Provocar la organización de grupos similares en los demás países de este Continente;
- e) Laborar por la desaparición de las diferencias o motivos de carácter internacional, que mantienen o pudieran mantener desunidos a algunos países de América, y
- f) Excitar la conciencia de los pueblos de América para la defensa, afianzamiento y evolución de la libertad y la democracia.

Bástanos estos enunciados para valorar las proyecciones extraordinarias del Grupo América que no sólo limitó sus actividades a lo puramente cultural, sino a la concepción de una América unida por lazos espirituales y por la preocupación de su destino democrático en un mundo minado por morboso nacionalismo y por insustanciales rivalidades entre los pueblos. En pos de esos ideales ha recorrido el Grupo América, con varia suerte, esa jornada de 27 años. Lo fundamental es que ha cultivado la inteligencia y ha difundido la cultura. Para esa trascendental tarea ha tenido en el pasado y lo tiene en el presente talentos poderosos y personalidades preclaras de la República: ha sido, sin diti-rambo, por sí mismo, un ágora elevada y sapiente.

Jamás y menos en esta época puede dejar el hombre de meditar hondamente y obrar con sabiduría para dirigir su destino. Vivimos un período decisivo de la historia. Hemos traspuesto el umbral de la era atómica e interplanetaria y se abren para los humanos ojos estupefactos, fabulosas y aterrantes perspectivas. Ante ellas se acrecienta principalmente la responsabilidad del espíritu, es decir de los hombres que trabajan con las herramientas de la inteligencia, para evitar que los bajos fondos, las fuerzas telúricas desaten una catástrofe que borre la civilización de la faz de la tierra.

Hoy en día no es posible tratar ningún problema humano sin tomar como punto de partida la totalidad de los seres humanos. Para las naciones mismas, tal como están hoy conformadas, se ha iniciado el período de su liquidación. El hombre universal adviene a pasos agigantados y las prodigiosas adquisiciones de la ciencia ha reducido tanto al mundo y ha acercado a los pueblos más distantes que derrotas o triunfos comparten en proporción, más o menos igual, en todas las latitudes de la tierra.

Si las fuerzas materiales que empujan la mecánica de la historia están borrando las fronteras de los países, si el espacio físico acórtase hasta convertirse en recinto familiar donde los

hombres podrían vivir con tranquilidad y paz, es más imperativo trabajar y conseguir la universalidad del espíritu humano, mediante una cultura sin fronteras y sin limitaciones físicas. Ese criterio, por fortuna, mantuvo siempre el Grupo América, y es, sin paralelo posible, la organización cultural ecuatoriana con más nexos en el exterior. Su red intelectual ha extendídose por todos los países del Continente, vibrante de fuerza moral, atenta a los hondos anhelos de una América unida, respetuosa de la libertad de los pueblos y de los hombres.

Mucho habría que decir respecto a las múltiples y trascendentales actividades del Grupo América. No es ésta la ocasión y además la conocen todos aquellos que hayan seguido con mediano interés el desenvolvimiento cultural del país. Hoy nos hemos congregado para rendir justiciero homenaje de admiración a una de las matronas más distinguidas de Quito y del Ecuador, la señora doña Hipatia Cárdenas de Bustamante. El Grupo América, el año pasado, tomó la justiciera resolución de condecorarla con medalla de oro, en reconocimiento a su infatigable labor intelectual. Estamos hoy cumpliendo con singular beneplácito ese mandato, porque la señora Cárdenas de Bustamante ha brillado con luz personal en la órbita del pensamiento ecuatoriano. Pocas mujeres, de entre las que se han destacado en los ámbitos de la Patria, habrá tenido tan agradable y a la vez austera y altiva personalidad. Si fuese necesario un símil diríamos que en su carácter concurren por igual la severidad espartana y finura helénica. En efecto ella siempre estuvo atenta para defender las causas justas, para apostrofar a los mercaderes de la política, para luchar con su pluma por la libertad. Difícil es, en pocas líneas, más aún, como en mi caso, cuando se carece de la capacidad y penetración necesarias, hacer justicia a una mujer admirable. Por eso el Grupo América, con todo acierto, designó a dos maestros de la prosa, a dos taumaturgos del estilo, Gonzalo Zaldum-

bido y Augusto Arias para que realcen, con perfiles clásicos, los imponderables méritos de Hipatia Cárdenas.

A mí sólo me resta esta vez, como Presidente del Grupo América, el singular honor, en esta sesión memorable, de colocar reverente en el pecho de dama de tan altas virtudes intelectuales y cívicas la medalla insignia del Grupo, como símbolo de la admiración y del respeto que a Hipatia Cárdenas de Bustamante le guardamos.

H U M B E R T O V A C A S G O M E Z

HIPATIA CARDENAS DE BUSTAMANTE

Señoras, señores:

Este homenaje sin pretensiones aspira, empero, a un significado permanente. No es efusión suscitada por alguna actualidad volandera: contempla con amistosa sencillez toda una vida, la esencia de una vida de mujer, pero mujer excepcional.

No necesitamos para ello rememorar acontecimientos particulares, hechos públicos notorios, ni trazar el recorrido de una vida en acción. Así no tuviese historia —y sí la tiene, y notable, y de relieve singular—, la vida de Hipatia Cárdenas de Bustamante, vida hogareña y ciudadana, rebosa de valores espirituales, y es esto lo que queremos admirar en su fuente viva, en su generosa abundancia.

¿Quién, al tratar a Hipatia no se ha sentido ante un espectáculo de gracia y vivacidad inimitables?

Desde joven Hipatia fue célebre. Y es ahora tan conocida, tan popular que aun los que no la conocen saben quién es. Cuánto más vosotros. Personas que nunca la han visto la conocen por lo menos de oídas: sus amigos cuentan a menudo ocurrencias o actos suyos, sus dichos, sus chistes, su gracejo, llamándolos proverbialmente "cosas de Hipatia". No todo el mundo tiene "cosas", que el tener "cosas" es saber poner en ellas sello personal, marca de distintiva originalidad.

Y puesto que estamos aquí entre amigos antiguos o nuevos de Hipatia, permitid al que os habla esbozar, como testigo presencial, una viñeta, de color ya desvaído por el tiempo, de lo

que fue el Quito de su juventud, aquel Quito algo aldeano, que empezaba apenas a extinguirse, es decir a cambiar.

Tengo forzosamente que referirme a mi primer descubrimiento de ese milagro o "monstruo de la naturaleza", como la llamábamos a Hipatia, admirativamente, sus amigos. Sabido es que uno nunca termina de descubrir a sus viejos conocidos: la vida cambia, y también uno. Pero los comienzos de toda amistad guardan hasta el fin su frescura. Permitidme, digo, evocar la imagen ya caduca del Quito de entonces: el de niñas asomadas al balcón y mozos que las rondaban a caballo, o en coche, por esas calles empedradas con menudas piedras de río, que al paso de los herrados cascos y ruedas de hierro resonaban en la ciudad silente, bajo el revuelo medieval de campanas que tocaban a oración, mientras el crepúsculo encendía y lentamente apagaba sus arboles.

Estaba yo recién llegado de mi primer viaje, de años, a Europa, y volvía naturalmente más sensible a la vieja novedad de las costumbres ya antañonas. Rezagos quedaban de ellas entre los pininos de modernidad que tímida y parcamente ensayaba el Quito aislado todavía por sus montañas. Hablo de hace años, con perdón de Hipatia en merced a sus abrilés en flor.

Su belleza era entonces deslumbrante. Yo acudía a su "tertulia", como muchos jóvenes de ese tiempo, a cortejarla, pero sobre todo a oírla. Era tan locuaz como bella, y tanto, que no se podía hablarle y verla al mismo tiempo: se quedaba uno mirándola sin hablar, bastándole con oírla.

Digo, pues, que acudía también yo a la tertulia de las Cárdenas y que Quito guardaba todavía algo de su vetusto encantamiento. La existencia era quieta, la vida social, discreta y espaciada. Sobraban horas para todo, sobre todo para aburrirse, que es una forma de soñar. Un baile era entonces un acontecimiento del que se hablaba quince días antes y quince días después. Ahora vive uno envuelto en música 24 horas al día, y en bailes tarde, mañana y noche. ¿Se ha ganado algo con ello? Sí: aturdirse.

Las "tertulias" eran pocas. Entre ellas, era un oasis la de Hipatia, gracias a ella, y tenía lugar en casa de sus padres.

Gustaba yo del quitenísimo barrio en que moraban las Cárdenas: esquina de la Cruz Verde, al ángulo de la inmensa y bella muralla del convento franciscano, ese noble trozo de Edad Media trasplantado acá por Carlos V. (Ahora quiere derrocar esa imponente muralla el sedicente Plan Regulador, carente de respeto al sentido del aspecto histórico, para dar gusto —a quién?—, al insaciable ídolo moderno, el camión, que pide campo para pasar tronando y apestando sin escrúpulo).

Asistían a la tertulia sus hermanas, que se quejaban, risueñas todas, del monopolio tiránico de Hipatia que acaparaba la conversación. Concurrían los lechuguinos de la época y otros quiteños, como también algunos diplomáticos y uno que otro extranjero sociable. Don Alejandro, el padre, jovial pero discreto, no asistía: vigilaba desde su escritorio, a donde le llegaba el revoloteo de las risas. Tomábase el té, o también y todavía, el aromoso chocolate, a las once; y a media noche, que por entonces era tarde, salíamos. La ciudad, mal alumbrada, parecía espiar el paso de los noctámbulos.

Yo solía prolongar el regreso a casa, departiendo con Londoño y con Jarbas Loreti, dos visitantes de los más asiduos. Enamorados ambos de Hipatia, Londoño en secreto, Jarbas en perpetua ebullición; cohibido, inhibido el uno, barbollante el otro; poetas ambos. No peleaban: para pelear hay que ser dos —¿cómo pelear con Londoño? Deambulando por el atrio de San Francisco, que de noche cobra todo su ascendiente, continuábamos la charla. Hablábamos de todo, en especial de literatura por supuesto, nunca o rarísima vez de política, que no era todavía la endemia, la obsesión que ahora enturbia y obnubila los espíritus. Menospreciábamos ese arte de mentir, de mentir sin arte.

Era Hipatia la más linda muchacha de su época. Rara vez belleza quiteña se halló colmada de tan brillantes y variados dones. Cual si no bastara con que fuese bella, aparecía circundada

de gracias mariposeantes e inasibles como un enjambre de voces anunciadoras: chispeante inteligencia, palabra fácil y voluble, vivacísima sensibilidad a reacciones repentinas e imprevistas, espontaneidad de vertiente, cristalina como su risa y su alegría.

Desde joven fue a la par muy devota y muy mundana, dotada de don místico y don de gentes. En su conversación —que ella volvía, del modo más natural, juego de réplicas y contraréplicas, juego de esgrima—, había de ser ágil. Con su verba ingeniosa inventaba cómicas siluetas, con que su cordial ironía desarmaba al amigo desprevenido. Encantado de sus burlas chisporroteantes, el paciente la oía sonriente, y ella amainaba luego con dulzura y comprensiva simpatía. A veces, dejaba también escaparse, entre suspiros y sonrisas, anhelos de idealismo que ascendían disparados como luces de bengala y al apagarse la dejaban soñadora. Mas no tardaba en volver a las realidades cotidianas y reanudaba con sus amigos abobados la charla pedestre, superficial e incoherente, para reír con ellos, de ellos y de sí misma, en buena camaradería.

Sabido es que la juventud vive de sí misma, vive en sí misma, y que poco la afectan las diferencias de época y lugar, que le tocan, sin cambiarla ni disminuirla. Despliega la misma exuberancia en tal o cual ciudad, pequeña o grande, en tal o cual campo. Si a algunos Quito les parecía una prisión, por su aislamiento, por estrechez espacial o mental —sensación comprensible sin duda en artistas y poetas, menos excusable en otras clases de ociosos o de inútiles—, el hecho es que los más inteligentes o más vitales suplían siempre lo que aquí faltaba.

No sé si por ilusión óptica retrospectiva, hasta el ingenuo esparcimiento de las antiguas tertulias, paréceme que se bastaba a sí mismo. Hoy no se conversa: se chismea, se baila, se juega, se "toma". El gusto, el arte de conversar, así como aquella otra especie de conversación que era la correspondencia epistolar, han desaparecido de la circulación. Si se distienden más los músculos, no se ve extenderse en proporción la inteligencia. Vaya lo uno

por lo otro, se dice acaso con razón. Lo que sí puedo decir es que, en teniendo al frente a un interlocutor como Hipatia, no se bostezaba en sus reuniones ni nadie se dormía por falta de interés cambiante y vivo. Con igual volubilidad, Hipatia deshacía al minuto lo dicho al minuto, para cambiar de tema o de registro. Ella era así.

Ella es *ella* en cualquier parte o situación. El no ser como todas, y —siendo franca—, ser siempre oportuna, buena, inteligente, perspicaz, la ponen por encima del común. No parecerse a nadie sin ser extravagante, ser sorprendente sin ser impertinente, es condición difícil de ajustar. Ella juntaba esos extremos. Con dardo sutil de abeja, al par punzante y melificadora, Hipatia inmovilizaba de pronto a sus cuitados admiradores enamoradizos; y en aquella palestra de salón, su contendor del momento sonreía ante el ataque inesperado pero inofensivo, y, confortado al instante por una sonrisa de la ingratisima adorable e invulnerable, se perdonaba a sí mismo la imprudencia de quererla tan en vano.

Soltera aún o ya casada, Hipatia salió a otros países, con su padre o con su marido de diplomáticos. Conserva un album con firmas de ilustres notabilidades extranjeras. Literatura de album, todos saben cómo es de cursilona; pero este album suyo es testimonio de la admiración que despertaba por doquiera. Y ya que vamos de recuento, permitidme también mostraros una huella que en este album hallo estampada con mi nombre. Como ya data de hace algunos años, os probaré que no es de ahora ni improvisada para esta ceremonia, la imagen que de ella me había formado y que traduce la dificultad de intentar, aun para un album, el esbozo de un retrato suyo que captase el "parecido": tan móvil y tan múltiple es el modelo. Valga lo que valiere ese primer boceto venga aquí en confirmación de esa dificultad:

"Junto a una acuarela de Mideros —que había copiado del natural, a lo vivo—, y él sí en forma exacta y fidedigna —la mano izquierda de la dama, mano que por sí sola parece tan inteli-

gente como ella toda—, está la hoja en que yo a mi vez había intentado una semblanza. Decía así: "Quizás haya palabras para loarla; no las hay para retratarla. Su belleza visible sorprende, su belleza invisible penetra. Una y ótra deslumbran sin ofuscar, triunfan sin agobiar, pero lo dejan a úno en suspenso: se está uno pendiente de ese como milagro de naturaleza, mientras sigue manando su manantial, que desborda cristalina como sus risas y sus alegrías —ondas que al cabo van, sin duda, a perderse en el pozo de melancolía que toda vida encierra en sí. Es sin duda en ese espejo interior donde ella misma se mira cuando calla, ligeramente pensativa; pues también ella, a veces, se pone algo melancólica. Pero pronto levanta ese velo, para seguir siendo la alegría de todos."

Continuaba así mi mala literatura de album; y bastaría con lo transcrito para probar la inutilidad de mi intento, si no viniese también al caso presentaros en sus breves rasgos el díptico que empareja esa figura y la completa. Pues hablo ahí, y era natural, de José Rafael, su marido. Decía yo en esa misma página: "Hecha estaba Hipatia para el hombre que ahora sigue soñando y meditando mejor a su amparo, ya serenado. Vivir a su sombra soleada le tocó en suerte a quien más la merecía y necesitaba. Madre tierna, maternal no sólo para con su prole, bíblica por lo numerosa, sino también para con su esposo, que como todos los hombres absortos en la contemplación metafísica de los problemas del destino humano, es un niño grande, por lo mismo que es un pensador.—Mujer blanda como casi todas en nuestra tierra tan dura; pero mujer fuerte en la adversidad; verídica y leal, cáustica o dulce —según—; burlona ante las grandezas de similar, ella funde, en un solo poder comunicativo, contrastes que en otras personas se entrechocan."

... He terminado. Perdónenme, Hipatia y José Rafael, el haber echado, a fuer de viejo amigo, una mirada a la intimidad de su hogar.

Dejo a extraños, por más imparciales, el juzgar los libros y

artículos de doña Hipatia, en pro del bien público. En la época que he evocado, lejos estaban de Hipatia sus intervenciones en la vida pública. Habríannos sorprendido en medio de nuestra juvenil noncuranza.

Vinieron a su hora sus escritos, dirigidos a un pueblo ya preocupado, ya obsedido por la actualidad política. Los leyó como lecciones de entereza y llamamientos a la dignidad, y parecieron tan interesantes cuanto insólitos por venir de la pluma de una mujer —muy femenina sin embargo, y de espíritu viril. Mas, volviendo como en despedida a decir adiós a esas veladas que os he descrito como las recuerdo, llenas sólo de risas e ilusiones, alborozado despertar de las inteligencias a los azares del amor y la esperanza, alardes de mocedad, entusiasmo súbitos, férvido cruzarse de exclamaciones instantáneas, fiesta en suma de mera juventud y fugaz como ella, fueron horas que, aunque reavivadas en mi memoria sólo hoy y al conjuro de este día destinado a la exaltación de una figura y un nombre triunfantes, se me aparecen ahora con su halo de lejanía, embellecidos de melancolía —como toda alegría pasada. Tal recuerdo, aunque fue de alborada, se asemeja en mi mente a ciertas tardes de verano, en que el horizonte de nuestros tórridos campos se ilumina de esos relámpagos sin truenos ni tempestad, de esos que llaman fuegos fatuos, exhalaciones repentinas que fulgen un instante, pirotecnia de fiesta solitaria bajo cielos distantes y desiertos.



Doña Hipatia:

Recibid en este homenaje, como única ofrenda que puedo daros, este haz de destellos de vuestra inteligencia, de reflejos de vuestra hermosura, de espejismos de vuestra gracia, que os presento recogidos de vuestro propio jardín interior.

Todo ello es vuestro. No os coronamos sino con lauros de vuestra propia cosecha.

Y vosotros, amigos de doña Hipatia aquí reunidos, perdonadme el haberos demorado largos minutos en espera de lo mejor y más adecuado al acto que realizáis con vuestra presencia: las palabras de un poeta como Augusto Arias.

Tiene la palabra Augusto Arias.

OBRA LITERARIA
DE HIPATIA CARDENAS DE BUSTAMANTE

Si el Grupo América debía un justo homenaje que correspondiera a los principios de la lealtad y a la virtud de los reconocimientos cuyo ritmo es el que mantiene y anima la vida de las instituciones, en la voluntad de los consocios dibujábase unánime el nombre de la gentil merecedora, señora doña Hipatia Cárdenas de Bustamante, quien nos acompañó con su espíritu dispensador de estímulos en los días de la fundación de esta sociedad de escritores, en un tiempo que tal vez aparezca mejor según la filosofía de Manrique, así no fuese más que por los ramos de la esperanza que se ataban de sincero modo bajo un cielo que nos parecía dispuesto a no reflejar nunca las luces de experiencia y desencanto de la estrella de la tarde.

Valores completos los de Hipatia Cárdenas de Bustamante, si por los perfiles de su cívica voluntad, por las virtudes de la dama, por las capacidades connaturales de la escritora, y para quienes hemos tenido la fortuna de admirarla y quererla, por la entera y decisiva práctica de su amistad, ofrecida como al modo ciceroniano, por lo que su palabra alcanzó siempre las proporciones de consejera, surtiendo en limpia verdad; en amonestaciones de maternal interés, como también en improdigado elogio, mucho más digno de acogerse y guardarse, porque no era de aquéllos que abren toda la perspectiva para nuestros entusiasmos, y suelen, a veces, hacernos crecer sólo en la longitud de los sueños.

Escritora de ática gracia, dijimos en alguna vez, de ingenio y sensibilidad. Sus artículos obedecen a la flexibilidad de un lápiz que ha revelado, alternativamente, destrezas epigramáticas y ma-

drigalescas. Sus páginas de hogar son a veces breves poemas, de contenido íntimo y sapiencia amorosa. Sus trazos políticos, en defensa de la Patria, por los fueros de la democracia, en mantenimiento de las ideas americanistas, se matizan de sonrisa o dejan espacio a enérgicas afirmaciones o buenos toques de ironía. En su libro "Oro, Rojo y Azul" se reúnen sus escritos de varia índole. Obra de natural, de heredado don, cuya espontaneidad se revela en las cartas de sincera marcha, elocuentes hasta en sus reticencias y aleccionadoras sobre todo por la fuerza confidencial en la que se desenvuelven. Dijose que logró afilar, en determinadas veces, algún dardo, más eficaz por sonriente, de Catilinaria. Sus prosas breves se alimentan de entusiasmo cívico. Revé el mapa de América; dice su oración emocionada para la ciudad de Quito. Se ensaya en el cuento, repule el recuerdo, desenvuelve la anécdota. Suya es una encuesta acerca de los recursos para libertarnos de las dictaduras, un poco tornasoles en nuestro medio, según una de sus frases, y a la que acudieron algunos dictadores cumplidos o enciernes, para no acertar con la fórmula que dieron discursivamente, cuando, de revolucionarios, estaban en camino hacia el poder... Escribe, con filial sentido, páginas de la biografía de su ilustre padre, el doctor Alejandro Cárdenas, la primogenitura de cuyo talento le corresponde.

Hemos vuelto a leer los artículos de Aspasia, compilados por nosotros mismos hace algunos años, y traemos la impresión que la expresaríamos de igual modo aún sin la amistad antigua y sincera que nos une a la casa de los Cárdenas y los Bustamante, de la perenne frescura de aquellas líneas; de la sugestión que expanden con graciosos decires; como también de su actualidad, por lo que volvemos a convenir en la propuesta acerca de las repeticiones de la historia y de los acontecimientos que parecen reeditarse al conjuro de los actores idénticos o semejantes.

Es verdad que el autor se refleja en sus páginas. En las suyas aparece Hipatia Cárdenas de Bustamante dueña de un valor poco frecuente de verse, especialmente si hemos de considerar la apari-

ción de actitudes extremosas, pacatas o desmesuradas; dueña de una palabra que revuela y pica como la abeja griega; de rápida visión, hábil no obstante para profundizar; de toques descriptivos que no recargan el color; de miga de poema...

En ellas perdurará Hipatia Cárdenas de Bustamante, mujer de corazón y de pluma, aquí, en donde Mariana de Jesús dio en la paradoja heroica o en el ascético triunfo de tronchar su cuerpo de lirio moreno con las aristas del cilicio; aquí, en donde Manuela Cañizares hizo beber a los patriotas del año nueve la pólvora de la libertad batida en el chocolate de la cena; aquí en donde la cantora de Quejas, Dolores Veintimilla de Galindo, justificó su nombre y dejó su historia emotiva, vehemente y apasionada, en unos pocos poemas, como exprimidos de la angustia de Safo y que fueron trazados febrilmente sobre un liviano escritorio, de tablero de palo de rosa... Aquí, en donde Marieta de Veintimilla, toda una mujer, supo pasar sin trabajo del salón a la guerrilla, y de la historia que se refiere con cierto encanto de novela, a la conferencia sobre psicología moderna que asustaba a no pocos hombres, y del retrato de Goethe al piano, sobre cuyo teclado, como a la orilla de la música, alcanzaba el descanso y la navegación en la melodía que nos liberta de las fatigas cotidianas.

Aquí alcanzará la fundadora del Grupo América el nombre que merece.

A U G U S T O A R I A S

AGRADECIMIENTO

Señor Presidente, Señoras y Señores:

Con el alma proundamente emocionada agradezco este homenaje de cariño, al verme obligada por esta "entraña noble y miserable hecha de lágrimas y sangre" a separarme materialmente de este grupo fundado por mí, teniendo por compañeros a cuatro poetas muy jóvenes llenos de ilusiones y esperanzas... El inolvidable Antonio Montalvo, Alfredo Martínez, Augusto Arias, Gonzalo Escudero.

El Grupo América iba engrosando sus filas con los mejores hombres de talento, con intelectuales de gran valía. Y en sus veintisiete años de vida ha dado a la Patria Presidentes de la República, Ministros de Estado, Embajadores y lo que vale más que todo esto, poetas y hombres de letras que con sus poesías y sus libros han traspasado los límites de la Patria.

Está por demás decir que mientras aliente un soplo de vida en mi cuerpo estaré junto a ustedes por ese capricho de mujer de estar más presente cuando se está ausente.

Gonzalo Zaldumbide, Augusto Arias, triunfadores dentro y fuera de la Patria, a quienes Dios les ha concedido ese don precioso de la bondad para juzgar a los demás, me han presentado idealizada al extremo de que estoy pensando si en realidad existe una mujer así. Y al repetir mi agradecimiento a todos mis compañeros, especialmente a Gonzalo Zaldumbide y Augusto Arias, quiero también que recordemos a uno de los más entusiastas por este homenaje, que me ha precedido en el camino, a Eduardo Salazar Gómez, el gran amigo.

Esta áurea medalla que ha prendido en mi pecho uno de los periodistas más renombrados y valientes, es el emblema de todos los corazones que para ella han contribuido. La vida brinda coincidencias agradables. Es Vacas Gómez el intelectual periodista el que me está honrando. Y saben Uds., compañeros, que en la primera Asamblea de periodistas reunida en Ambato con motivo del centenario de Montalvo y llegada de sus restos a la ciudad natal, fui yo la Presidenta? Estaban en esa Asamblea representados todos los diarios y revistas de la República, yo con algunos compañeros representábamos a la Revista "América" y fueron los periodistas guayaquileños quienes lanzaron mi nombre para la presidencia. Nunca olvidé a mis amigos de Guayaquil: Ismael Pérez Pazmiño y hoy su hijo Ismael Pérez Castro, Santiago Castillo, Pompilio Ulloa.

Y... gracias, compañeros, gracias.

HIPATIA CARDENAS DE BUSTAMANTE

IMAGEN DE ANTONIO MONTALVO



Antonio Montalvo

Señores:

El Grupo América que ayer condujo el cadáver de Antonio Montalvo a su última morada, hoy ha vuelto plantas hacia este recinto para poner la imagen del extinto en la galería de sus beneméritos muertos. Y entre ese ir funéreo y este volver devoto, han pasado varios años, madurando la llama que prendió el gusano y avivando el fuego que encendió el corazón fraterno. Es que Montalvo, Antonio Montalvo, dejó en-

tre estos muros la fruta madura de su Ideal, y fuera de ellos, una ruta lumínica guiada por la estrella de la americanidad.

Ese gusano de luz que ardióse en sacrificio para quemar los huesos de Antonio en el sepulcro, legó sus carbones al pintor que copiaría los rasgos físicos del mismo Antonio, pero en la parte

más noble de los hombres de pensamiento y acción. Y aquí la tenemos, bien puesta entre sus hombros, esta cabeza que heredó los rizos del Maestro y que vino al mundo con las ocho letras de un apellido ilustre. Tal vez estas credenciales digan que la estirpe se proyectó hacia la rama, si no con la pujanza de la cumbre, sí con la bondad de la semilla. Pues para ser buen sembrador, basta un surco propicio, y el de Antonio Montalvo lo fue ancho



Alfredo Martínez

cual su sentimiento, claro cual su pensamiento, recto como su conducta y de trazo firme como su letra.

Si fuera dado biografiar a este Montalvo de firmes flamas, la etopeya luciría en marco de virtuosas gracias. Y sería aureola de precisos contornos, la limpieza de su retina interior. Está ya comprobado que su ojo de poeta no se opuso a su consagración crítica de equilibradas magnitudes. Y en esta senda, él no hizo de los letrados, ídolos a la imagen de los

círculos, ni tomó como réprobos a quienes se alejaron de los egoístas antojos. El los vio en la medida real, sereno, comedido, equilibrado, estimulador, rigiéndose por la sentencia bíblica de dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. El negó auspicio a la hegemonía de casta, insinuando el libre trán-

sito de una legión sin cajas de renonancia ni flores pirotécnicas de Bengala.

Adolescente aún, Antonio Montalvo entró en la vida del espíritu por su "Alba de Ensueño". Se acompañó del amigo más íntimo y de estrechas afinidades, Alfredo Martínez, para guiar esa barca a flote de ilusiones, esperanzas y promesas. Los dos, en voto solemne de entregamiento a la causa sensitiva, ofrecieron la primicia temprana a "las almas que liban en el azul de la aurora y el púpura del ocaso, la dulzura del Ensueño, la savia de la Luz, el alma de la vida"; y también, a la Patria como ofrenda de amor. Y cantaron juntos, en dúo de notas modernistas, con visible devoción a las musas de Rubén Darío, Medardo Angel Silva y Arturo Borja.

Los dos amigos, sin separarse nunca hasta la muerte del primero, desde temprano coordinaron pasos tras de una misma meta: así fundaron la Revista "América", y apelaron a la contribución selecta, para que nazca la "Sociedad de Amigos de Montalvo" que, en breve, será el mismo Grupo América.

Pero esos dos amigos y paisanos, asidos por la raíz de la infancia y enlazados por el "alba de ensueño" de la adolescencia, en letras tuvieron que buscar sus propias sendas, y Antonio Montalvo continuó sus marchas líricas, ganando calidad de estrofa y legitimidad de astro, siempre a tono con el tiempo y la primavera de las letras.

Publicó "Camino", en jornada de su "alba" de 1922 a su mediodía de 1930. De esta etapa, Nicolás Jiménez estampó una elocuente verdad. "Montalvo —dijo— descuella entre los más asiduos y mejor dotados. No tiene aún el renombre que merece. No tiene la ambición que a veces perjudica auscultando su corazón. Es de los que no necesitan acudir a los sonoros y huecos parches de la fama, para que su nombre ruede con ellos (con los altisonantes poetas de su generación) y se haga oír a la distancia. Su modestia que es el retraimiento de todo poeta, le mantiene aparte de toda exhibición, en el fervoroso cultivo de la poe-

sía. En ella sus facultades se vigorizan: su imaginación que tiene colores para todas las cosas; su visión lúcida del mundo exterior, y la rara y exquisita flor de su espíritu, que es el unguento aromático que pasa del alma del poeta a sus poemas, como el hálito creador del Edén, y les da la consistencia incorruptible de la inmortalidad."

"Camino" de Antonio Montalvo no rompe el cercado modernista, ni renuncia a su dejo de dolor y pesimismo que en ótros fuera la copa de amargura; hay también en él la voz del "ángelus del campo" que ensalma el espíritu de eglógica albura; la "serenata" del río Ambato que le suena como canción de ruiseñores; el "albor de domingo" que contempla a su ciudad todavía "con el sueño de Dios en las pupilas", y, sobre todo, esas armonías vernáculas" que desgranán ternuras filiales de entrega en las edades del Tungurahua.

Su amor al retazo nativo lo expresa Antonio Montalvo, henchido, devoto, satisfecho y contento, porque es buena la tierra que acunó su primer día. De este modo cumple la promesa de su "alma de ensueño".

Tras la jornada de "Camino", el aedo pisó en firme la vía de los renovadores de la poesía ecuatoriana. Y como poeta de verdad, en tejido de imágenes gamadas al estilo de su hora, filtró sus sentimientos y dijo sus verdades. Hombre nuevo y genuino dueño de su Castalia, vivió su tiempo de ecuménicas trabazones apolíneas.

Adiestrado en el examen de liras ajenas, en ocasión necesaria se juntó a Augusto Arias para ordenar una Antología Ecuatoriana de Poetas. En ambos había sangre lírica de fino diapasón y buen gusto de catadores del vino de Apolo. Realizaron la galería de artífices del verso a la faz de selecciones prolijas, pero no salieron ilesos de la embestida de quienes se sintieron preteridos. El tiempo se encargó de restañar la herida y de consagrar la obra de sus diestros estetas. Y, sin duda, Antonio Montalvo llevó a su tumba la satisfacción de un deber cumplido, como lenitivo a los

dolores físicos que atormentaron los últimos meses de su vida. Y a propósito cabe decir que la naturaleza se le portó cruel e injusta, al descargar su indolencia en la envoltura de un espíritu que se desvivió por el bien ajeno y propio.

Prosista de castigada forma y equilibrado ideario, Antonio Montalvo insursionó también la historia y reconstruyó la vida del cholo Espejo, Chusig de candentes pupilas que prendió el fuego de la libertad en la noche de las seculares cadenas. Se trata de una biografía nutrida por la frescura de una gesta que coronó el auténtico hijo del pueblo, al modo de un Prometeo indiano.

Verso y prosa, biografía y crítica, son las columnas que sostienen esta cabeza de Antonio Montalvo, ahora copiada por la mano leal del artista Carlos Rodríguez. Queda en su propia casa, en la casa que él la instituyó bajo el signo de la confraternidad de nuestros pueblos. Que cordialmente sea recibido por la galería de los compañeros ilustres que aquí engalanan la fama del Grupo América.

Quito, 16 de abril de 1958.

D A R I O G U E V A R A

HOMENAJE A EDUARDO SALAZAR GOMEZ

COLOCACION DEL RETRATO DEL Dr. SALAZAR GOMEZ
EN EL SALON MAXIMO DEL GRUPO AMERICA

6 DE MAYO DE 1958

UNA PERDIDA IRREPARABLE



Eduardo Salazar Gómez

Este no es un homenaje de circunstancias, de aquellos que se brindan por protocolo o por exclusivo sentimentalismo. Si ellos tienen su valor relativo, porque se pone en juego el espíritu de solidaridad humana, el que hoy rendimos al Dr. Eduardo Salazar Gómez tiene sobre todo la más profunda y la más innegable de las justicias por el valor extraordinario y las calidades humanas y morales que lo singularizaron.

Aún a flor de piel y sensibilísimo está el dolor que produjo su temprana muerte. Aún no debería haberse invocado sus recientes cenizas aunque fuese con el pregón de sus méritos, pero hay hombres que han rebasado los entrañables círculos familiares o amicales para pertenecer a la Patria. Uno de ellos, con auténtico y legítimo derecho, es Eduardo Salazar Gómez. El GRUPO AMERICA de quien fue su primer Presidente, resolvió con justicia rendir el homenaje póstumo de admiración y gratitud al hombre que supo entregarle sus desvelos y trabajar por su engrandecimiento.

Por eso estamos congregados aquí en esta tarde memorable, para tributar el primer homenaje institucional a la memoria de este gran ecuatoriano. Quizás sea ésta la clarinada para que una sucesión de actos de similar naturaleza hagan justicia —la justicia intelectual que le fue avara en vida— a hombre de méritos tan sobresalientes. Fue por su propio esfuerzo, por su clara y penetrante inteligencia, por sus extraordinarias capacidades de organizador, por su infatigable don de trabajo, un triunfador en la vida, pero el destino implacable cortó en su apogeo vital, su carrera victoriosa.

Pocos hombres nuestros, en lo que va del siglo, habrán cosechado tan abundantemente los frutos de la siembra de sus iniciativas como Eduardo Salazar Gómez. En países extraños, en ambientes difíciles, en medios complejos y agudizados por la industrialización, donde la lucha por la vida se hace más difícil y asume caracteres dramáticos, se destacó con perfiles y caracteres singulares como dirigente de Empresas, como el cerebro planificador y ejecutor de vastas organizaciones industriales.

Si múltiples Empresas absorbieron buena parte de la prodigiosa actividad del Dr. Eduardo Salazar Gómez, sin embargo, paralelamente, con esmero ejemplar, con dedicación cotidiana, las disciplinas del espíritu. Fue un intelectual en el más amplio y profundo sentido de la palabra. Abogado de gran talla, disceccionó las doctrinas jurídicas y las interpretó y comentó con hondura y

sutileza, sociólogo profundo por el conocimiento de tantos pueblos y el diario contacto con tantas clases de hombres. Escritor humano, conmovedoramente humano, por haber conocido las fragosidades de la lucha cotidiana y el batallar de la vida. Muy poco se ha valorado lo que significan los triunfos de Eduardo Salazar en los medios internacionales donde se opacan y a veces fracasan caracteres de excepción, almas bien templadas, Eduardo Salazar Gómez, con los solos instrumentos de sus propios méritos logró imponerse y no sólo imponerse sino destacarse en cumbres de excepción. Eso no solamente le honra a él, sino honra la país donde alumbró su vida.

Maduro de experiencias y pleno de realizaciones, se integró, luego de larga ausencia, a su Patria. Jamás la había olvidado y quiso poner a su servicio sus capacidades, sus experiencias, su prestigio continental. Momentos difíciles atravesaba la democracia ecuatoriana. Los partidos tradicionales en crisis no acertaban a conducir la opinión pública y sobre ese caos e incertidumbre, emergían de los subsuelos de la política fuerzas perturbadoras.

Salazar Gómez, con precisa visión, se impuso la tarea de fortalecer el Partido Liberal al cual había pertenecido siempre para reivindicar sus pasadas glorias. Como en todas las Empresas que él solía dirigir, trabajó activamente, recorrió el país palmo a palmo, levantó el fervor partidista, como ningún Jefe liberal lo había hecho en las últimas décadas. Si no le fue dable cesear sus ingentes esfuerzos, pero dio ejemplo de acción desinteresada. Acaso nuestra política sea demasiado enrevesada: se lucha más por hombres que por principios, se alienta más las pasiones que los ideales; tienen mayor éxito el desplante y la argucia que la dialéctica y la actitud ponderada. Un hombre como Salazar Gómez, claro y bueno, no pudo vencer esa espesa urdimbre de asechanzas. Pero queda su conducta como ejemplo de un luchador a quien no le arredraron dificultades ni deprimió el insulto ni abatió la calumnia.

Nos dejó esa lección provechosa en un medio donde la mayo-

ría de sus hombres capaces y honestos se marginan por comodidad o por no contaminarse de las luchas políticas. De esa manera dejan a los audaces y a los inescrupulosos el campo libre para convertir a la política en un mercado de ambiciones bastardas y de vanidades minúsculas. Por lo menos el Dr. Salazar, en una u otra forma, de uno u otro modo, combatió hasta el fin, rubricando su gran tradición de luchador.

La desaparición de Eduardo Salazar Gómez de los escenarios de la vida constituyó una pérdida nacional irreparable e irremediable en todos los aspectos y en todos los campos: pérdida para la Patria, pérdida para las ideas, pérdida para el sentido humano de la vida, pérdida para la familia y pérdida para los amigos.

Hoy dejo la tribuna para que la palabra elevada de Wilson Córdova interprete y analice a ese gran ecuatoriano en todos sus aspectos culturales, intelectuales y políticos y para la señora de Salazar queremos que reciba nuestra adhesión fervorosa y el agradecimiento por haber asistido a este homenaje organizado para su esposo.

H U M B E R T O V A C A S G O M E Z

PERSONALIDAD Y OBRA
DEL DOCTOR EDUARDO SALAZAR GOMEZ

Discurso pronunciado por el Sr. Dr. Dn. Wilson Córdova Moscoso, con motivo de la colocación del cuadro del Señor Doctor Don Eduardo Salazar Gómez en el salón del Grupo "América", en Quito, el martes 5 de Mayo de 1958.

El cuerpo social, por conducto de las instituciones oficiales y privadas que le representan, está obligado a destacar con caracteres indelebles los méritos, las virtudes, las cualidades —como quiera denominarse— de los varones que han sobresalido por sus dotes y ejecutorias excepcionales, en uno, en varios o en múltiples campos del saber y la inteligencia humana. Aquellos ciudadanos constituyen los símbolos vivientes y representativos de la nacionalidad, cuyas páginas se hallan impresas de jornadas gloriosas como de etapas saturadas de amargura.

En un homenaje de los contornos que rodea al que hoy nos congrega en esta sala, hubiera sido deseable que ocupe la tribuna un compatriota de revelantes y genuinas aptitudes intelectuales; un hombre consagrado exclusivamente a transitar por los senderos de la Cultura; un literato reconocido como maestro de la Crítica. Existen en el hogar del Grupo "América" tantos de estos valores, a quienes con estricta justicia selectiva correspondía tomar la palabra en esta solemne ceremonia, que la designación efectuada en mi persona me ha confundido y abrumado: me ha confundido y abrumado por lo inmerecida y además porque cons-

tituye una improba tarea, describir, en apretada síntesis, la obra cabal de Eduardo Salazar Gómez.

La benevolencia del Presidente del Grupo señaló a este diletante de las letras para que enunciara algo, apenas algo, sobre la eminente e ilustre personalidad del Sr. Dr. Dn. Eduardo Salazar Gómez, víctima hace cerca de noventa días de traidora dolencia, cuyo desarrollo y culminación, dolorosos para todo el país, la sobrellevó con el estoicismo inherente a los espíritus grandes; con ese estoicismo y esa entereza de ánimo tan propios de él, que eran como la sombra de su cuerpo, como el aliento vital que redoblaba sus energías para resistir, impertérrito, no digamos a los trastornos y dolencias físicas, sino a las heridas morales, mil veces más profundas, que ocasionan la perfidia y el odio de los hombres...

Mi franca lealtad a su esclarecida memoria, a la amistad con la que Eduardo Salazar me honrara sobremanera, a la admiración y al afecto que siempre conservé y conservo hacia su figura de noble alcornia, al igual que tan sencilla y acogedora, son en definitiva los únicos atributos que me empujaron de inmediato, por así decirlo, a hilvanar estas líneas, ordenadas más que a impulsos del cerebro, a las palpitaciones del corazón y a los latidos indescifrables del sentimiento.



Me atrevería a afirmar —un atrevimiento inocuo, una afirmación hipotética— que en las diversas actividades humanas, políticas, culturales, profesiones liberales y demás, existen dos categorías de valores: los verdaderos valores, los depositarios de concepciones sólidas, perfectamente estructuradas, que demuestran con obras y en cualquier oportunidad sus condiciones de tales, y, los falsos valores.

Proclamar la existencia de falsos valores parece que en sí

mismo constituyera una franca contradicción, ya que en principio es de suponer que la distinción de un hombre entre sus semejantes, que la superioridad de un hombre, que el valor de un hombre no puede ser falso. Pero la realidad es que así como existen mercancías con etiquetas falsificadas que por su baratura son aceptadas o por lo menos toleradas por el público consumidor, así mismo los falsos valores humanos, en razón de circunstancias peculiares son aceptados, a regañadientes, pero aceptados y tolerados al fin...

Estos son por lo general petulantes, frívolos, dueños de una ilimitada audacia; la palmadita lisonjera de la mediocridad y del adulo enderezado a satisfacer su vanidad, por cualquier tontería que pensaren, dijeren o hicieren, hace crecer a la undécima potencia su pseudo-superioridad: son ídolos de barro. Acaso se confundan con el personaje encantador descrito por Eca de Queirós: aquel hombrecillo feliz que por arte de magia adquirió en el pueblo, en la aldea, en su pequeña capital o en su reducido país, fama de genio; feliz mortal, cuya genialidad se traducía en su infranqueable y supremo silencio —está cavilando, está madurando su pensamiento, comentaba el vecindario— como en sus actitudes rodeadas de visible afectación, de indiscutible valor... que nada afirmaban y que afirmaban en realidad todo lo que era —que era nada.

Venga este atrevimiento a colación, para señalar que Eduardo Salazar Gómez —es elemental subrayarlo—, por derecho propio, pertenece a la categoría indiscutible de los grandes valores de la patria. Por sus notables virtualidades: la seriedad, la disciplina, la constancia para obtener lo que se proponía, la dedicación a las funciones públicas cuyo desempeño le encomendaron diversos gobiernos, y a las faenas particulares de las que era un verdadero experto, así le identifica con aquitarada justicia. Su amplia y diversificada mentalidad no podía encerrarse ni conformarse con la disección exhaustiva de los problemas que agitaban a la tierra, que le vio nacer; su miraje se extendió a los hechos,

a los fenómenos sociales, políticos e internacionales que se presentaban en los confines de las tres Américas y el mundo.

En "Violencia, Agresión y Guerra", obra publicada en Chile, en 1943, con prólogo del notable internacionalista Alejandro Alvarez —a la que me referiré posteriormente—, cristaliza en hermosas páginas su amor hacia el reinado de la paz entre los hombres y las naciones, llegando nada menos ni nada más que a proponer un plan original para la solución de los complejos problemas que aturdían a la humanidad que aún se debatía, agónica, entre los estertores de la guerra.

Ya lo dije antes: es difícil trazar, aunque fuere a grandes brochazos, la personalidad íntegra de Salazar Gómez. Con motivo de su sensible y temprana desaparición se dijo algo, en sentidas y ponderadas elegías, sobre las excepcionales y raras cualidades que animaron su vida, pero se olvidó mucho. Además, habida cuenta de su intervención activa e incansable en la política ecuatoriana de los últimos diez años, era muy explicable que casi todas las publicaciones tuvieran un tamiz político.

He dicho de los dos últimos lustros decurridos, pero debo rectificarme, porque su patriotismo sereno y constructivo, no patriotero, ni desproporcionado o cursi o de rastacuero, le llevó por ese áspero y espinoso camino desde los primeros años de su juventud universitaria. Saboreó también la fría soledad de la prisión edificada por el genio tétrico de García Moreno, por allá en los alrededores de 1925, en cierto momento en que el insolente militarismo hacinaba en las celdas del Panóptico a todos los que no comulgaban con sus ideales de redención nacional; y cuando la Bahía de Paita, por el Sur, y las ciudades colombianas aledañas a nuestra frontera norteña, convirtiéronse en refugios forzosos de exilados de todos los colores. A la famosa luna de la primera —lo recuerdo como si fuera apenas ayer— arribaron un buen día, enlazados por el nudo del infortunio, Jacinto Jijón y Caamaño, Enrique Baquerizo Moreno, Manuel Sotomayor y Luna, Federico Intriago, Alberto Guerrero Martínez, Clotario Paz...

Mi padre fletó la mejor lancha del puerto para trasladarse al barco, donde se captó una "instantánea" en el momento que les brindaba la más grata e irónica de las bienvenidas...



Fue Eduardo Salazar Gómez, volviendo a nuestro motivo, el hombre que se forjó a sí mismo, por su propio esfuerzo, por su firmeza de carácter y anhelo de superación. La diosa fortuna fue egoísta en su nobilísimo y austero hogar. Pocos conocen de las enormes dificultades que atravesó, confiado, durante sus años primeros. Con esa ingénita sencillez que fue su distintivo, dialogando en alguna oportunidad en aquel tibio gabinete de la Avenida Colón —tapizado con los años de rica biblioteca; de títulos honoris-causa como jurisconsulto de varios países y como miembro de múltiples sociedades literarias y organismos financieros, alternados con las efigies de Mandatarios que le demostraban su admiración, en cordiales dedicatorias—, en ese ambiente me decía: "Ahora me ve así. Nadie sabe lo que yo he pasado. Nadie sabe de las dificultades de mis padres para obtener los libros que yo necesitaba en la escuela".

¡Ejemplar trayectoria la de Salazar Gómez! Su gran talento lo superó todo. Sabido es que las enseñanzas adquiridas en la academia del sacrificio, de la adversidad y el dolor, son las que han fraguado los grandes valores de la humanidad. El niño que careció en sus comienzos de los indispensables recursos, convirtió en logrado estadista. En México, Cuba, Chile, Costa Rica, a la sombra de su impulso, cuajaron empresas de orden privado y servicio público de cuyos beneficios gozan hasta hoy sus pueblos.

¿Debo recordar que el hecho plausible que un ciudadano lograra amasar intachablemente su peculio, fue, en cierta fecha, el blanco de la ira furibunda de un Presidente Constitucional de la República...?

Pocos hombres y mucho menos estadistas de la calidad de Salazar Gómez han surgido en el país; estadistas en la única aceptación del vocablo, no economistas improvisados. El progreso, el bienestar general no se obtienen ocultando la verdad en toda su nitidez. Precisamente Eduardo Salazar vivió para la verdad. En la obra titulada "Durante la Lucha", nos dice: "La verdad, por irritante y amarga que sea, si bien en ciertos momentos mal recibida y aun considerada hosca y artera, deja una estela de lucidez, que tarde o temprano es reconocida en debida forma". Y luego: "La compasión y el encubrimiento son formas veladas de disfrutar la verdad y, en último análisis, al coadyuvar al engaño colectivo se falsean los cimientos de lo honrado.— La verdad pura, simple y clara, es el sostén, el cimiento, la base más sólida y poderosa en que la honradez descansa".

El Presidente Franklin D. Roosevelt —que en su primera administración salvó a los EE. UU. de grandes conmociones económico - sociales—, proclamó entre otras liberaciones del espíritu, la del temor. Creo, efectivamente, que en el Ecuador, nos conviene a todos por igual, desechar un temor, aplastar, hacer trizas con un miedo, acabar una vez por todas con un recelo generalizado: el temor, el miedo, el recelo de hablar la verdad; por lo menos lo que una persona sinceramente cree es la verdad o se aproxima a ésta, ya que nunca acabaríamos la discusión sobre el tema de la verdad absoluta.

La verdad, claro que duele; la verdad, claro que lastima, sobre todo si es enunciada con altura de miras. De otro costado la ansiada verdad produce reacciones insospechadas en los círculos farinaicos e hipócritas. ¡Preferible es, sostienen, que la vida continúe mansamente su curso, cubierta por el espeso velo de la ignorancia, en veces, de la falsedad, en otras, y, en general, de la dorada mentira!

Que en el decurso de nuestra historia, anotaba más arriba, se acusa la presencia de contados estadistas —una de cuyas condiciones es poseer visión del futuro, saber adelantarse al tiempo,

solucionar los problemas del presente hurgando el porvenir—, es una verdad en la que seguramente todos coincidiremos.

Vivimos al día, en expresión sapiente del pueblo. Gustamos de la palabrería y de la demagogia en éste y similares aspectos. Las Américas, inclusive los EE. UU. y Venezuela —denominada como la nueva tierra de promisión— se hallan atravesando por una acentuada crisis económica, que para consuelo y esperanza de los estómagos vacíos se la ha calificado de “recesión”; y no obstante que nosotros estamos en iguales o peores condiciones, los encargados de la cosa pública declaran para consumo interno o externo —como si afuera desconocieran nuestras realidades— que la nación es un paraíso de abundancias! Cuántas ocasiones se ha solicitado un balcón para labrar la felicidad de la Patria, engatusando al pueblo, halagando sus pasiones; y a la vuelta de los años se la abandona dejándola en una andrajosa situación económica y en un desconcertante caos donde es norma y palanca de acción la inmoralidad administrativa, la irresponsabilidad y el cohecho.

Carecemos indudablemente de estadistas de la talla que tuvo Eduardo Salazar Gómez. Era esencialmente severo en sus concepciones y realista. Para rectificar un error inveterado, planeaba; comenzaba por los cimientos y no por la cubierta. Conocía a fondo los males que aquejaban al país; pero lo que es realmente importante sus remedios. El no hubiérase atrevido a declarar: “En el Ecuador voy a extinguir el gamonalismo, el feudalismo y el latifundismo”, sin la existencia de un programa de acción inmediato y efectivo para extinguirlo. No gustaba valerse del arma de la mentira y del engaño, ni siquiera de la mentira artística, que diría Gonzalo Zaldumbide; y como ésta es instrumento predilecto de algunos, no era sino lógico que fuera engañado por las fuerzas de la ambición y el oportunismo.

No todos tenían la firmeza de sus convicciones democráticas —pese a la fraseología temeraria, antojadiza y falsa de alguna revista sectaria del Guayas; no todos ponían sinceridad en sus

actuaciones, fe y desinterés en sus propósitos. La bondad, la modestia, la facultad de renunciamiento constituyen el patrimonio de las almas inspiradas al calor de los ideales sublimes. Saben de antemano aquellos apóstoles que son simples pasajeros de la vida en ruta indetenible hacia la eternidad. Empero sus obras y su pensamiento quedan, quedan eternamente palpitando y vibrando en una u otra forma.



Si el Destino no hubiera dispuesto que Eduardo Salazar se convirtiera en el consejero legal y financiero de empresas de gran envergadura, que le obligó a ausentarse del país, la literatura ecuatoriana —prosa y verso— seguramente hubiérase enriquecido con un mayor número de obras a las que él publicó. Su apresurado transitar por el continente le robaba el tiempo indispensable, aun para la necesaria corrección de pruebas.

Desde adolescente demostró su vena literaria. Abandona el colegio en 1913, y es el encargado de pronunciar el "discurso de despedida". Llama la atención la seriedad prematura de esa despedida. Luego asoma la euforia de los años mozos. No podían faltar los versos románticos y desesperados. Cantos exaltados a la vida; al amor pasajero que se pierde; a la ilusión tronchada. Todo ello lo guardó en un cuaderno empastado, en cuya primera página se lee: "Poesías.—Desde 1913 hasta 1917.—Ninguna está corregida.—Todas inéditas". Que yo conozca apenas se publicaron hace cuarenta años, cinco o seis de sus poemas.

Recuerdos imborrables dejó en la Universidad Central la generación suya. La Federación de Estudiantes, que con inteligencia y donaire se hizo presente en congresos internacionales. Los Juegos Florales; las Cortes de Amor a su Reina. Junto a él, Guillermo Pólit, Benjamín Carrión, Luis Barberis, Julio Endara, Gualberto Arcos, César Carrera Andrade y tantos otros.

Trabaja febril, incansablemente. Su tesis de incorporación al Cuerpo de Abogados de la República, es brillante. La denomina: "El Ecuador y los Estados Unidos". ¡Cuánto convendría que la hojeen los que años después, sábelo todo y dogmáticos, le tildarían de "agente del imperialismo yanqui!" Publica también importantes y sobrias monografías, como "El pasado y el presente de la Universidad de Quito" y "La Ley del Servicio Militar Obligatorio", correspondientes a los años 1920 y 21, respectivamente. Sus artículos periodísticos, conferencias, ensayos de aquella década y posteriores son incontables.

El reconocimiento a sus méritos indiscutibles se impone. Es nombrado Profesor de Derecho Internacional Público y Privado, de Ciencia de Hacienda y Economía de la misma Universidad. No fue un improvisado figurón. Estudiaba constantemente. Gustaba escrutar la realidad y analizarla luego, a fin de llegar a una conclusión valedera a una síntesis de la misma, sin que ésta o aquélla fueran dogmáticas. Hombre de ideas arraigadas pero tolerante con las del prójimo.

Para él no existían dignidades ni cargos elevados, medianos o inferiores. Todos había que desempeñarlos con responsabilidad, diligencia, entusiasmo y dedicación. El Juzgado Cantonal, la Secretaría del Senado, la Diputación por Pichincha y la Concejalía quiteña, el Ministerio de Estado y las representaciones diplomáticas, la Jefatura del Liberalismo ecuatoriano; éstos y muchos otros los ejerció a conciencia, rectamente, ejemplarmente.

Es que él sabía que no es el cargo en sí mismo lo que brinda prestigio al hombre. Son sus méritos los que dignifican al cargo. El ciudadano está en capacidad de dejar un surco profundo de gratos recuerdos y nobles enseñanzas en cualquier posición que desempeñe sus funciones; y una estela de corrupción, un recuerdo sin pena ni gloria, en otras, por más elevadas que fueren.

Por algo escribió lo siguiente: "Nada hay peor que la desidia. Es contra la indolencia contra lo que debemos reaccionar en

la forma más decidida y condenarla por infamante, oprobiosa y aun ignominiosa dentro del proceso evolutivo de nuestras nacionalidades.—La pereza, la haraganería, la dejadez, censuradas son dentro de lo individual; no podemos tolerar que dejen de serlo dentro de lo colectivo. La inacción es el mal supremo de los gobiernos y de los pueblos; debemos estigmatizarla, desacreditarla y escarnecerla. Que nuestra difamación de ella sea tan contundente y efectiva que borre su permanencia en el proceso de evolución y perfeccionamiento de nuestras nacionalidades”.

Pero demos un miraje a sus obras. “Problemas Americanos”, 1941; “Violencia, Agresión, y Guerra”, 1943; “Durante la Lucha”, 1944; “Convulsiones del Hemisferio Americano”, 1945 y “Los Derechos del Hombre”, 1952.

“Violencia, Agresión y Guerra”, es, sin duda, la obra superior de Eduardo Salazar. Publicada hace quince años, cuando el mundo se debatía en las postreras convulsiones de la guerra, sus páginas revelan el sorprendente conocimiento del autor sobre las diversas doctrinas de Derecho Internacional Público y Americano; y una envidiable erudición alrededor de la violencia, la agresión y la guerra a través de la historia, desde que Caín asesinó al bueno e inofensivo de Abel, hasta nuestros días. Es obra de estudio, de consulta, que invita a la meditación. Es libro que, según comentario del notable estadista chileno don Arturo Alessandri Palma, “merece, por muchas razones, atraer la atención pública, reúne numerosas y elocuentes citas de estadistas y eminentes pensadores, que comparten ampliamente nuestras ideas en orden a reclamar la implantación del Tribunal Internacional, como única garantía de paz”.

Ya los forjadores de la paz permanente... discutían varios proyectos para implantarla definitivamente entre los escombros de las naciones europeas. Ya dijimos anteriormente que Eduardo Salazar disponía de poco tiempo para escribir, todo ello en medio de sus tan complicadas y diferentes actividades. El no lo oculta; por el contrario, lo afirma sin reservas en el bello preámbulo:

"Invocando la venerada memoria de mi Madre, símbolo de paz en el Universo, en nuestro Continente, en mi Patria, en mi familia y en mi alma, escribo este libro, con ansia incontenible de que sea leído y comprendido... La premura en darlo a luz —para que sea fiel a su destino— me priva de pulirlo, revisarlo y adornarlo —en forma que bien quisiera..."

Ama la paz creadora. Odia la guerra destructura, hasta el extremo de que iguala al asesino con el guerrero, cuando dice: "El ciudadano que mata al ciudadano es asesino pero el guerrero que mata al guerrero o al ciudadano, es gladiador y a veces hasta héroe. El homicida reincidente es una plaga social incapaz de ser aceptada ni de inmiscuirse en ninguna sociedad razonablemente constituida; para su morbosa patología se busca la prisión perpetua o la muerte. Pero el gladiador que a su cinturón ata como pendientes las cabezas de veinte o treinta enemigos, es un coloso, es un super-hombre, es un ser admirable... Los dos matan, aunque el uno mate por ofuscación, por venganza o por perversidad y el otro mate por coraje, por destreza o por arrojo. Los dos, por distintos senderos, el uno entre espinas y cardos y el otro entre flores y palmas, llegan a la misma meta".

Otro es el concepto que tiene del Valor. Cítote nuevamente: "Valor moral. Valor del espíritu. Valor del alma. Brío que nos hace no sólo no temer a la muerte sino aun tener el arrojo de rechazarla, porque con ella termina la lucha, mientras el anhelo está saturado de intrepideces que invitan a continuarla".



Estoy seguro que cansaría al amable auditorio si realizara ahora la exégesis de todas sus obras. Ligeramente me referiré a "Los Derechos del Hombre" y "Durante la Lucha". La primera es un estudio minucioso de tales Derechos, de su evolución, su progreso y su presencia en las Constituciones ecuatorianas. Por

el contenido de "Violencia, Agresión y Guerra" se puede fácilmente colegir el respeto y admiración que tenía Eduardo Salazar Gómez por la práctica de los Derechos del Hombre. No es de sorprender, por lo tanto, que la Declaración de los mismos, dictada en París, en 1943, la involucrara en los principios del Partido Liberal-Radical, por el que tanto se sacrificó; por el que tanto renunció; al que tanto amó y por cuya suerte se preocupó hasta su muerte: ahí está su mensaje postrero, del 1º de Febrero último, dirigido a quien hoy, sin obtenerlo, trata de exaltar su eminente memoria.

Y no es de sorprender, asimismo, que siendo Salazar Gómez eminentemente ejecutivo, presentara en el Congreso de 1950 un proyecto de Ley de Derechos del Hombre, que tendía a complementar las garantías generales e individuales de los ecuatorianos, consagradas en el Título II de la Carta Política, artículos del 180 al 186. "Sin embargo —anotaba Alfredo Pareja Diezcanseco a este propósito—, por increíble que pueda parecer, para contar un ejemplo actualizado por este libro, su proyecto de Ley de los Derechos del Hombre fue astuta y malintencionadamente combatido y escamoteado. Ha de recordarse cómo cierto pariódico, trahumante a mal olor colonial, le hizo blanco de ataques fanáticos, tan a destiempo de la historia, que lanzó injurias contra la Declaración de los Derechos del Hombre y acusó a la organización de las Naciones Unidas de cobardía, imprevisión y otras zaran-dajas —como la de calificar a la libertad de enseñanza de atea e inmoral— hijas del demonio, más con disfraz transparente de falsa religiosidad."

Y es que la Función Legislativa —permitidme una digresión—, por desgracia, ha perdido en los últimos años el sentido de majestad y dignidad que debe distinguir a todos sus actos. Con brillantes y connotadas excepciones, la mayoría de los representantes se dedican a la discusión de "minucias aldeanas" —frase que no es mía. Presenciamos: o la oposición ciega y negativa, como la legislatura del año 1933; o es el eco perfecto del ejecu-

tivo, como las correspondientes a 1953 y 1954, cuyas sesiones se desarrollaban muchas veces en medio de la vocinglería aguar-dentosa y asalariada de las "barras", dirigidas por inspiradores de arriba o abajo, seguramente imaginando que ese espectáculo procaz era la cristalización perfecta de la democracia. ¡Válgame Dios la forma en que concluyó su período la legislatura última!

Bajo el epígrafe de "Patriotas y Honrados" existe en el libro "Durante la Lucha", un capítulo que debería incluirse como una lección de moral y de cívica en los textos de escuelas, colegios y universidades; grabándose con caracteres de oro, como una especie de norma de acción en la mente de las generaciones presentes y futuras. Son páginas que se codean con las mejores de Ingenieros, Rodó o Kipling. Hablan de la honradez que deberían rodear los actos de los hombres en el hogar, en el trabajo diario, en los asuntos de la patria.

Sé que os estoy fatigando. Os ruego los últimos minutos de atención. "La honradez —afirma Salazar Gómez— debe ir mucho más lejos del simple antagonismo con el robo o con la apropiación de honras o cosas ajenas. El no llenar los bolsillos con dinero ajeno o el no procurárselo por medio de prebendas y negociados, peculados, etc., es cuestión de honradez neta, pero no es la cuestión básica ni la más importante para ser verdaderamente honrado; tal falta de honradez es sin duda la más mezquina y repugnante; se refiere a robar o no robar. Para ser honrado hay que ser algo más, mucho más, no digo que un ratero o un ladrón, sino más que un falso, timorato o histérico ciudadano... Honradez en toda la línea. Honradez en la cuestión social: extinción de los que con prebendas de la ley o canonjías derivadas de la situación económica se adueñan del esfuerzo o del trabajo de otros, gratuitamente o pagando por ellos que saben a todas luces que es inferior a su justo precio... Honradez en la cuestión política: que el móvil de nuestros actos al servir a la patria sea acorde con nuestros ideales y con nuestros pensamientos. Que no sacrifiquemos nuestras aspiraciones y ambiciones nacionales por

el halago de un puesto que satisfaga nuestro orgullo o por la piltrafa de un sueldo que sacie nuestras necesidades personales. Que exista línea dentro de lo que se anhela y lo que se realiza, y que la inspiración de una ideología sincera y sentida no se aparte de la ejecución y del cometido. Que la cabeza, las manos y los pies recorran el mismo sendero, y que no ocurra el sacrificio de los esbozos espirituales por las conveniencias efímeras del momento”.



¿Me referiré a Eduardo Salazar Gómez, el político? Sabéis de antemano su noble pensamiento político. Acabáis de oírle su concepto sobre la honradez política. La presente ceremonia no tiene ese carácter; ni es proletista; ni es partidarista; ni siquiera ideológica.

Cuando el sapientísimo González Suárez —que también gustaba de hablar la verdad— fue calificado por gente de su mismo rebaño, de hereje, de soberbio, de orgulloso, de testarudo, de misántropo y hasta de loco, pronunció las siguientes palabras: “La política! ¡ah! ¡la política! No hay pasión más ciega ni más inconsiderada que la de la política: es una embriaguez de cólera y de egoísmo que trastorna el juicio y oscurece la razón: hace que el corazón se derrame todo al exterior, endurece la conciencia, seca la devoción, extingue el fervor y acostumbra al alma a mirar sin horror el pecado”.

Y en “El Cosmopolita” hay otras lapidarias de Montalvo.

Escuchémosle: “Si la política es empeño por la salud y prosperidad de la patria, aquel movimiento en globo de un pueblo anheloso de su dicha, aquella propensión irresistible hacia las regiones de la luz, la política es una gran cosa, la mayor y más bella que puede ocupar a los hombres. En los antiguos tiempos, menos sabios tal vez, pero más cuerdos que nosotros, era mal vis-

to el prescindir de los asuntos públicos. Ahora se tiene por virtud la prescindencia, y lo es en verdad, si se trata de este vocerío diabólico, esta *danza del Sábado* en que los hombres convertidos en entes infernales, en ridículos espíritus o feos mamarrachos, brincan, ahulan, se contuercen y andan revueltos en confusos pelotones, al son de aquella música desesperante que lastima los oídos y el ánimo de los que los tienen puros y suaves. Esta política es una parte, una enfermedad horrible, elefancia del alma, lepra de la conciencia: feliz quien de ella se precave, dichoso quien de ella se cura! Si las naciones tuviesen un tribunal supremo que castigase los más perjudiciales delitos y premiase las más provechosas virtudes, el prescindente saldría coronado; el no prescindente, condenado a la horca."

No toquemos este campo; así como —esclavos del tiempo, al fin— nos abstenemos de referirnos al jurisconsulto eminente, al Presidente de la Federación Interamericana de Abogados, al fundador de los Comités Pro-Defensa de la Democracia Occidental.



El Sábado 8 de Febrero, a las 12 y 50 de la madrugada, el gran caballero de los ideales, el ciudadano de las más variadas facetas y excelencias espirituales, a quien hoy el Grupo América, por iniciativa de su Presidente —en gesto que le honra—, ríndele el homenaje de su admiración —exhaló el último suspiro.

En el supremo instante que rindió su tributo a la muerte, atravesando el puente definitivo hacia la Eternidad, estoy seguro que como un relámpago cruzaron por su mente múltiples escenas y visiones: el diario peregrinar a la casona de las Toledos; el adiós enjundioso a su colegio; las rosas despetaladas a los pies soberanos de la reina estudiantil; los negros ojos de su "veneranda madre" que le guiaban desde el más allá; las solicitudes amorosas de su inteligente, y espiritual, y excepcional compañera; las

gracias y ternezas de sus hijas; los coloquios amenos con los compañeros; los campos pastoriles de sus Nápoles y Pigantas y la febrilidad de las grandes capitales del mundo; la alegría del salón dorado, las rimas del poema adolescente, y los guarismos, y las cifras, y los cálculos del financista; la fisonomía tranquila de sus amigos y...; la faz luminosa de Cristo y la tea destructora de Marte; la violencia, la agresión y la guerra frente al amor, la justicia, la libertad y la paz entre los hombres y los pueblos...

Tuvo la nota de alivio, su último suspiro; pero me pareció asimismo el tono penetrante de un quejido, que como un dardo incrustóse en mi agitado corazón...

Así concluyo de hilvanar mis líneas, ordenadas —ya os lo dije— más que a impulsos del cerebro, por los latidos indescifrables del sentimiento.

¡Honor a la memoria de Eduardo Salazar Gómez!

AGRADECIMIENTO

Es para mí un singular honor cumplir, a nombre de la familia, con el deber sagrado de presentar su reconocimiento y gratitud por la realización de este acto organizado por el Grupo América "para honrar la memoria del Presidente recién fallecido Señor Doctor Eduardo Salazar Gómez."

Fuera de mis posibilidades traducir en frases dignas de tanta galanura el agradecimiento de los míos y la significación misma de tan augusta ceremonia, en la que, ante una soberbia galería de auténticos valores de nuestra ecuatorianidad, se ha congregado gallardamente un selecto núcleo de asistentes. Cultural, social y meritoriamente hablando no podía revestirse de mejor solemnidad esta sincera ofrenda.

Gracias, mil gracias, señor Presidente y señores socios de nuestro valioso y veterano Grupo, flor y nata de la cultura y el saber. Gracias, señor Licenciado Don Humberto Vacas Gómez y señor Doctor Don Wilson Córdova Moscoso, por el florilegio de alabanzas y recomendaciones múltiples que habéis hecho en vuestras magníficas alocuciones a la memoria del señor Doctor Salazar y, gracias, todas, distinguidísimos asistentes que con vuestra presencia orlando estáis este ambiente de severidad y distinción.

En la contienda ruda y diaria en pro y en contra del elemento humano, precisa referirse a aquellos tres grandes dictados de la vida: la Fe, la Caridad y la Esperanza.

Fe en Dios. En efecto, el Doctor Salazar, en su libro "Violencia, Agresión y Guerra", afirma: "Es lo cierto que sólo a un Poder le es dado imponer sus normas a la existencia: la Natura-

leza. Sólo un Señor existe, cuyo dominio va más allá de la muerte y de la vida: Dios."

Fe en su Patria. A su orden y servicio puso todos sus esfuerzos, sus desvelos y sacrificios. En el mismo libro expone convencido: "La Patria pudiera bien decirse que no es sino una ampliación y estilización de la madre. A las dos liga todo lo más íntimo y lo más sublime, por ellas todos nuestros sacrificios son exigüos, todas las faenas llevaderas, todas las inmoluciones sagradas. La Patria es la madre gigante y eterna."

Por ejercer su Fe en los demás, sin reticencias y desbordante de sinceridad extendió su mano confiando estrechar siempre manos similares a las suyas.

La Esperanza fue la primera y la última página del breviarío ideológico de su vida, no sólo como derivación directa de aquella Fe, sino como lógica consecuencia de su Fe en la causa que tan ardientemente propugnaba. "Un Ecuador mejor" fue el grito inalterable y retumbante, airado y fuerte en todas sus empresas y campañas. Un Ecuador consonante con su historia, con sus gestas heroicas y patriotas. Un Ecuador emporio de democracia, sin fronteras ni cortapisas para los suyos ni para sus legítimos hermanos en el americanismo. Un Ecuador espejo de cultura, paz y trabajo. En su libro "Durante la Lucha" dice: "Un verdadero nacionalismo, un verdadero sentimiento patriótico es aquel que aspira a que la Patria sea lo más grande, lo más digno, lo más poderoso, lo más consistente que pueda existir en el conjunto internacional. A esa cima no puede llegarse por medio del egoísmo."

La Caridad, aquélla que en sus múltiples fases alberga bondad, humanidad, generosidad, indulgencia, tolerancia, condescendencia, fue atributo muy propio suyo. La bondad fue inconsumible tea que irradió constante ante el altar que erigiera para rendir culto a sus semejantes, llegando a la humana conclusión de que la vida no se hizo sólo para vivirla sino para servir a los demás.

Séame permitido rememorar los conceptos del prestigioso vocero nacional "Diario del Ecuador", de 8 de febrero de este año:

"Muy lejos de su pensamiento estaba la venganza o el afán mezquino y pequeño de retaliación o de negación de la verdadera esencia de la democracia, para la cual vivió. El creía en la alternabilidad de la función pública, como creía en el ejercicio honesto y con sentido de servicio. Creía en la oposición como medio de evitar los errores o de contrarrestarlos; pero, creía sobre todo en la acción porque no era un hombre nacido para destruir sino un hombre nacido para crear."

Aun a trueque de que se me acuse de insistencias, no quiero terminar, sin antes volver a hacer presente al Grupo América, a sus infatigables dirigentes y socios, a los destacados oradores que me precedieron en la palabra y al distinguido y bondadoso público asistente, las más rendidas gracias a nombre de mi familia y en el mío propio.

R I C A R D O S A L A Z A R G O M E Z

HOMENAJE A JORGE CARRERA ANDRADE

28 DE MAYO DE 1958

SALUDO A JORGE CARRERA ANDRADE

(Discurso)



Jorge Carrera Andrade

que Inefable". Ya se encontraba allí, en esas primeras hojas, una pura y esencial inspiración poética, al mismo tiempo que ya aparecía ese espíritu hermano de los seres que nos rodean, ese espí-

El Grupo América me ha delegado —aunque para ello carezco de los méritos suficientes— para que en su nombre salude a Jorge Carrera Andrade. Damos el más cálido apretón de manos al gran camarada, prominente miembro de esta Institución, y un saludo admirativo al poeta del Ecuador que ha llegado a ocupar uno de los más elevados sitios en las letras del mundo Hispánico, en esta hora. Todos estábamos seguros de que así sucedería, desde aquellos años, ya distantes, en que publicó su "Estan-

ritu de humilde monje franciscano que conversa con los pájaros, se entiende con los arácnidos y saluda con los armadillos.

Después de habernos dado una nueva sensación de la ver-
dura de los campos y de habernos entregado un relente elabora-
do por él, para humedecer los vegetales y la tierra, Carrera An-
drade se fue. Como él mismo lo dijo, partió para respirar el aire
de otras ciudades. Hombre de alta estatura, como es él, los me-
ridianos se le enredaron en la frente; se encontró con otras chi-
meneas, otros ríos, otros puertos, nuevos elementos de la huma-
nidad y de la geografía, para enriquecer su experiencia. Al mis-
mo tiempo, seguía con su lámpara, penetrando por las misterio-
sas arcadas de las grandes obras poéticas del mundo, para madu-
rar su producción, la que siguió apareciendo constantemente, sen-
cilla y deslumbrante, espontánea y admirable. Lejos quedaron
sus indios, dormidos eternamente, sobre los surcos que les sirvie-
ron de tumbas, después de la rebelión; lejos quedó su tierra ves-
tida de colores, su mítico y rumoroso Río Guayas. Mas, las imá-
genes de tales realidades lejanas, paradójicamente, le dieron los
estímulos más vivos para sus poemas más cargados de pensamien-
to y de armonías. Esos recuerdos embellecidos por esa mella es-
pecial del espacio y del tiempo se amalgamaron con las expe-
riencias de varios caminos de erranza. Es justo hacer resaltar el
hecho de que Jorge Carrera Andrade es poeta no sólo auténtico,
sino completo, de siempre. Lo es en una hora de obscuridad, de
crisis de la poesía en el mundo. Lo es en una hora en que por
huir del lugar común, por angustia por evitar la música melosa,
por buscar originalidades a toda costa, muchos poetas se devanan
fabricando imágenes absurdas, amontonando algo así como fórm-
ulas algebraicas, desprovistas de sentimiento. Carrera Andrade,
en cambio ofrece una obra vasta, la cual es poesía en todas sus
partes. No ha querido ir por los caminos de una lucubración do-
lorosa y forzada que al fin y al cabo se traduce sólo en artilugio
idiomático, de donde la poesía se ha esfumado. No nos pronun-
ciamos —es una aclaración— sistemáticamente en contra de la

poesía moderna, ni en contra de la clásica; lo único que anotamos es la existencia de una crisis. Los poemas de Jorge Carrera Andrade nunca perdieron esa savia que viene desde el lejano misterio de lo orgánico, que es la que produce las flores y los frutos, y que es la misma que se sublima en metáforas. No vamos a entrar en un análisis de los libros de Carrera Andrade; seguramente, hay en su producción varias edades poéticas que han sido señaladas, por el mismo autor, en su última obra, selección y culminación de muchos años del trabajo más noble y desinteresado a que puede dedicarse el hombre en la tierra. Como fondo de todo lo que ha escrito se destaca su capacidad para la imagen concreta, vestida de color, nacida a la manera de un producto que saliese de los matraces de un estupendo Laboratorio.

Todas sus imágenes están urdidas con hilos de espuma. Del cielo infinito él ha hecho una cosa finita; de la luz ha hecho un brocado; del céfiro un ala; del estío una cigarra; de lo abstracto algo muy concreto. Tal es la característica de su estética.

Aquí nos hemos congregado para expresarle una vez más nuestra admiración por haber persistido toda la vida, principalmente, en la poesía; por haber triunfado por la calidad, por la superación; por ser él un poeta que enorgullece al Ecuador; que ha dado un renuevo más a las letras hispánicas y haberse traducido a otras lenguas. Nuestro ferviente deseo es el de que siga triunfando a fin de que su puesto en la historia de la literatura sea aún más alto de lo que ya lo es, para desafiar esos vientos furiosos del tiempo.

J O S E A L F R E D O L L E R E N A

AGRADECIMIENTO AL GRUPO AMERICA

Treinta años de viajes por los varios países del mundo —en una suerte de reconocimiento del escenario donde se representa desde hace muchos milenios el drama del hombre— me otorgan la prerrogativa de poder adoptar ante los ojos curiosos la figura de un Ulises o de un Simbad, ambos fabulosos y a la vez narradores de fábulas. Pero yo no vengo aquí a contar la historia de mis viajes sino la aventura mayor de mi vida; mis seis lustros de trabajos esforzados en el reino secreto de la poesía.

Cuando emprendí mi primer viaje poético, el mundo se presentaba aureolado de luz y de esperanza. El hombre progresista y liberal de comienzos del siglo XX había ganado la primera guerra mundial contra el imperialismo, contra los enemigos de la dignidad humana y de la democracia. Por todas partes, sobre las ruinas, florecían los signos de una vida nueva, de un mundo nuevo. Los augures políticos nos anunciaban el advenimiento de la justicia, la desaparición de la miseria, el reino universal de la fraternidad humana. ¡Qué apasionante era el descubrimiento de estas señales a través del mundo, en un viaje esperanzado que era como la iniciación en la Edad Dorada!

Los esfuerzos de los idealistas no impidieron el derrumbe de la frágil arquitectura social ante los embates de los "hombres subterráneos", los soldados de sombra que se habían conjurado contra el mundo nuevo. El hombre del siglo XX salió otra vez triunfante en la segunda guerra mundial; pero en este conflicto la destrucción había sido tan inmensa, los daños tan profundos que llegaron a afectar el ser íntimo de cada habitante de la tierra. La mente humana misma parecía estar en ruinas. Y, entre el

polvo y las cenizas, empezó a medrar un nuevo materialismo, artero, codicioso y mezquino, empeñado en destruir las señales de la prometida Edad Dorada.

Desde entonces comienza el éxodo del arte, sea éste pictórico, poético, musical o de cualquier otra forma. "El honor del arte y de los artistas —dice Pierre Garnier— es haber permanecido en nuestro mundo moderno como los únicos caballeros andantes de una vocación exigente y desinteresada." Caballeros andantes, es mucho decir, ya que con frecuencia les alcanza el menosprecio social, hasta el punto que uno de ellos llega a afirmar que "los poetas son la única raza negra del planeta".

No me cuadra la imagen del paladín ni del ser inferior, inútil y befado. La poesía es para mí un duro oficio de rescate de todo lo bello y noble de la vida; la poesía es la única arma que ha dado libertad al hombre, ayudándole a conocerse a sí mismo.

Afirman unos que la poesía es una mística. Otros, que es un encantamiento, una potencia transformadora y demiúrgica. Maritain la define como una ontología y una teología. Poesía: misterio, plegaria, acción de gracias, anotan algunos críticos. Y aun hay quien sostiene que la poesía es únicamente lenguaje, confundiendo así la labor del poeta con la del artífice de azulejos o incrustaciones preciosas, o la del entomólogo, cazador de raros insectos de maravilla.

Estoy de acuerdo con aquéllos que consideran la poesía como una toma de conciencia del mundo que nos rodea y como un arma del conocimiento, y no como un "delirio de la lucidez". Más aún, suscribo la frase de Armand de Maevil: "La poesía es el reino del hombre". Ciertó materialismo pseudo-científico, muy de moda en estos días de las grandes transformaciones físicas que están cambiando las condiciones de la vida en el globo terráqueo, afirma que "la ciencia es la única poesía de este siglo". Aunque es verdad que la ciencia ha superado a la poesía en audacia y eficacia prácticas, creo que se podría decir asimismo que "la poesía es una de las ciencias de este siglo", ya que la poesía es obra

de la imaginación, y ésta es la "facultad científica única que puede abarcar la analogía universal".

En esta Edad técnica y atómica, la ciencia ha realizado innumerables descubrimientos —particularmente en la esfera de la física nuclear, de la biología, de la astronomía, de la aeronáutica, de la medicina, etc.—, pero como lo pregunta el poeta Maeterlink, "¿han elevado esos descubrimientos la moral del hombre, es decir su carácter, sus sentimientos, sus ideas generales, su horizonte espiritual?"

Quiero aquí repetir las palabras que pronuncié hace algunos años en Caracas, en un discurso "*Defensa de la Poesía*": "La poesía es física y metafísica, suma y esencia de lo ético y estético. De este modo, la importancia de la poesía en la vida es de primer orden, pues tiende al mejoramiento humano por la bondad y la belleza. Démosla un sitio preferente en nosotros, aunque vivamos en una edad difícil, en que el materialismo va invadiendo gradualmente los países y envolviéndolos en una embriaguez de poder ilusorio. No dejemos que el espíritu de industria, que es fundamentalmente gregario ahogue al espíritu de poesía que es la manifestación más exaltada de la vida individual".

Sin embargo, estas recomendaciones dirigidas a los hombres de pensamiento, no serían efectivas si no las completamos con el ruego de Apollinaire a las gentes prácticas de París: "Apiadaos de nosotros los poetas que combatimos en las fronteras del infinito y del porvenir!"

J O R G E C A R R E R A A N D R A D E

MAS POR LA BIENVENIDA DEL POETA

En el afectuoso y cálido homenaje rendido por el Grupo América al insigne poeta Jorge Carrera Andrade, con ocasión de su visita a la Patria, Augusto Arias concurre con una de sus usuales y aplaudidas improvisaciones. Sintetizó sabrosos episodios que él y otros poetas, entre los que estuvo Carrera Andrade, protagonizaron en la vida cotidiana de la inquietud juvenil. Al mismo tiempo enfocó, en aciertos de poeta y crítico, la significación que tiene para el Ecuador la fecunda y magistral obra lírica del poeta del "Registro del Mundo".

Numerosas instituciones culturales de Quito se congregaron para saludar y celebrar al gran bardo ecuatoriano que llegaba de Francia para verse con los suyos en la mitad del mundo. La Jurídico-Literaria fue una de éstas. Y en ese nuevo homenaje, nuestro consocio Humberto Vacas Gómez leyó la semblanza que sigue.

JORGE CARRERA ANDRADE

Para analizar la obra de Jorge Carrera Andrade sería indispensable agotar un volumen de muchas páginas. En pocas carillas, escritas a vuela-pluma, para esta grata ocasión, en que la Jurídico-Literaria rinde un homenaje entrañable al Poeta con motivo de su visita de pocos días a su ciudad natal, es imposible reflejar el anchuroso Amazonas lírico formado por los diversos caudales de su producción a lo largo de cuarenta años. El Ecu-

dor está en deuda con Carrera Andrade; en relación y como contraste con su celebridad internacional, poco se ha estudiado su obra y su relevante significación en la lírica americana. Críticos y exégetas han sido parcos, si no avaros en sus interpretaciones: no han desentrañado el significado de su mensaje lírico, los impulsos de causa a efecto que lo determinaron, la evolución a que se vio sujeto en los avatares de su complicada y fragosa existencia.

Sin embargo, creo yo que pocas vocaciones poéticas son tan claras y aún más, pocas producciones líricas contemporáneas como la de él, son tan susceptibles de ser analizadas con exactitud y sin correr el riesgo de errores substanciales. Es que Carrera Andrade es un poeta eterno. De aquéllos que en su alma llevan el alma del mundo y en su voz la intemporal angustia del hombre. Pudo nacer al comienzo o al fin de las edades, en ésta o aquella latitud y en todos estos casos, su indeleble destino de poeta habría sido el mismo. A él no le quebrantará el paso del tiempo ni la vigencia o decadencia de las escuelas literarias: está sobre ellas y sus fragores transitorios. Con lo que ha escrito y acaso con mucho menos, tenía ya ganado, con toda justicia, un nombre inmortal en la lírica contemporánea y apenas está por su edad, en el mediodía resplandeciente de su producción. Empero todos sus fundamentales atributos líricos los tiene vigorosamente definidos, los tuvo desde sus lejanos comienzos, enraizados en esos admirables cimientos de su luego imponente arquitectura lírica, con los Poemas de "Estanque inefable" y "La guirnalda del silencio", sus primeros libros a partir de 1922, hace 36 años.

Quien lea o relea con sinceridad y honestidad los Poemas de su primera época descubrirá estupefacto un mundo nuevo, digamos diverso, a veces doliente y ótras maravilloso, sin embargo, objetivo, real, que nos entra por los ojos y golpea la mente sólo con los hallazgos de sus comparaciones e imágenes. Un prodigioso poder de imaginación, una mirada aguzada como taladro, trasmuta el paisaje proteico, los colores de la naturaleza, aquello que

nos circunda, en fin, lo cotidiano, en una vida más allá o más acá de lo aparente, acaso mágica, pero sin difuminar los contornos terrestres ni perder contacto con la esencia de lo humano. Igual impresión en sustancia, con diversa calidad y técnica, encontramos en sus poemas posteriores, en los de madurez y de última hora. Necesítase realizar un estudio comparativo y a conciencia de la textura lírica que une de manera indisoluble a la producción total de antaño y ogaño de nuestro poeta. De lo que recuerdo de ella, más una ojeada rapidísima de estos dos últimos días para preparar esta ligera charla, el autor de la Filosofía del Humo, de Vida de la Alacena, en el libro "Estanque Inefable", publicado en 1922; el de Milagro, Diciembre de los Niños, Crucifixión, en el libro "Guirnalda del Silencio", en 1926; el de La Bondad, Evangelio de la Sor, en el libro "La Hora de las Ventanas Iluminadas", en 1927; el de Primavera y Compañía, La Vida Perfecta del libro "Rol de la Manzana", en 1935; el de Boletín de Viaje, Saludo a los Puertos, El Hombre del Ecuador bajo la Torre de Eiffel, del libro "Boletines de Mar y Tierra"; el de Soledad de las Ciudades, Tercera Clase, Huelga, del libro "El Tiempo Manual"; el de La Vocación del Espejo, Defensa del Domingo, Una Monja, La Lámpara, El Extranjero, del Libro "Biografía para uso de los Pájaros"; el de Segunda Vida de mi Madre, Polvo, Cadáver del Tiempo, del libro "País Secreto", incluyendo sus últimos Poemas del Libro "Familia de la Noche", Jorge Carrera Andrade es el mismo y tiene una tónica común y sostenida a través de su prodigiosa y larga aventura poética. Es el mismo en sentimiento y hasta diría en calidad intrínseca. El no conoció las dificultades y sinsabores de la iniciación. Podría decirse que nació escribiendo poesía. Claro que al comienzo expresaba su ambiente nativo, pero con tal universalidad que El Canto a la Alacena, a la Vida Perfecta, al Diciembre de los Niños, a Sor Angela, a Segunda Vida de mi Madre y otros más, son temas que surtirán los mismos efectos sentimentales en cualquier lugar del mundo donde exista un adminículo que sirva para guardar ali-

mentos en torno a la lumbre del hogar o corretee por los verdes campos como el conejo o imponga su leve presencia una Sor Espuma, como define a una monja en insuperable síntesis, o una Madre, como esencia entrañable de la especie humana.

Acaso los críticos tengan razón, especialmente los extranjeros, al encasillar a la poesía de Carrera Andrade en períodos definidos de gradación temática, expresiva y de calidad técnica. Pero no la tienen en cuanto a lo profundo, al pathos vital que hace marchar esa poesía. No fue nunca Carrera Andrade un poeta hogareño, menos sólo del paisaje, sin autonomía, que es como un anejo o continuación de la vivienda, como alguien dijo. Es sí un formidable recreador de lo visible. El descubre un nuevo sentido de las cosas aquí, en Nueva York, en el Japón o en Europa. Pero descubre mediante imágenes puras, sin ningún recurso intelectualizado, siempre extraño y antagónico al hecho lírico. Los más grandes poetas del mundo han sido primitivos en cuanto esta significa la lealtad cósmica a lo terrígeno y a lo humano. Aquél que empieza a intelectualizar o filosofar en Poesía, no tiene pura su veta lírica o está supliendo con otras vertientes su esmirriado caudal.

De ahí que las clasificaciones o los períodos en que se quiera dividir la Poesía de Carrera Andrade, son episódicos, superficiales. Pocas veces entre nosotros ha producido con tanta objetividad y a la vez con tanta imaginación. Es necesario repetir que ninguno entre nuestros poetas contemporáneos, le aventaja en el don taumatúrgico de descorrer el velo de esa realidad inmensa, escondida, de todas las cosas. Carrera Andrade revela lo difícil o imposible de ver, pero que, sin embargo, todos sentimos y presentimos como el alma del mundo. Por eso su poesía cala muy hondo en el sentimiento, nùtrese de la entraña misma del hombre. Difícilmente puede encontrarse paralelo en la poesía moderna que sobrepuje la descomunal potencia metafórica de Carrera Andrade. Todos sus poemas, sin excepción, son una ininterumpida sucesión de metáforas e imágenes logradas certera y

bellamente, por esa misteriosa alquimia de la sensibilidad, consustancial a los grandes poetas.

Para mí, con perdón de los críticos y de los que saben más en esta materia, es sorprendente la unidad de la poesía de Carrera Andrade, a través de cuarenta años de producción: por sobre matices infinitos conserva su diafanidad primera. Poca mella sustancial ha hecho en él su sandalia de impenitente peregrino; su claridad original encuéntrase tanto en *El Estanque Inefable* o *La Guirnalda del Silencio*, brotados exclusivamente de aguas propias, como en los agitados poemas cosmopolitas de *Boletines de Mar y Tierra y Latitudes*, por ejemplo. Sirvan estas opiniones más como atisbos e inquietudes sobre la obra de un poeta nuestro que requiere ya, por derecho propio, una exégesis razonada y justa. Hoy no he hecho otra cosa que expresar mis modestas impresiones sobre la producción lírica de Jorge Carrera Andrade que hoy nos alienta con su presencia cordial en esta sesión de la Jurídico-Literaria, que lo tiene como uno de sus más destacados miembros.

H U M B E R T O V A C A S G O M E Z

HOMENAJE A GUSTAVO ADOLFO OTERO

27 DE JUNIO DE 1958

L I M I N A R

El 27 de Junio de 1958, el Grupo América tributó solemne homenaje a su consocio Gustavo Adolfo Otero, fallecido 27 días antes en la ciudad de Quito. Estuvo presente en el acto, la señora Hortensia Arguedas de Otero, esposa del ilustre extinto, además de la selecta concurrencia.

Número central del homenaje fue la colocación del retrato de Gustavo Adolfo Otero, en el Salón de Actos de la Institución. Inicialmente habló el Lic. Humberto Vacas Gómez, Presidente del Grupo, destacando las virtudes y talento del gran polígrafo boliviano que vivió muchos años en el Ecuador, en función de la cultura del país hospitalario. Precisamente, por eso, su retrato integró la Galería de los connotados socios fallecidos del Grupo América.

Como pieza de orden, figuró la conferencia que a continuación se publica.

GUSTAVO ADOLFO OTERO

I

EL FARO QUE SE APAGO



Gustavo Adolfo Otero

Había recorrido el mundo en vuelo terso. Pues, como nacido en la más alta meseta de los Andes, tenía alas de cóndor y ojos ganadores de distancias para descargar la pupila en el corazón de los pueblos.

Recorrió ambos mundos con pasaporte diplomático; pero él no era un turista de etiqueta oficial, ni un andariego de profesión. Su inteligencia privilegiada horadaba los protocolos y recogía la vida al desnudo, en extracción de ética depuratoria. Su talento desplegado hacia

los horizontes humanos, recogía la visión del pasado y del presente, enseñándonos lo que fuimos, lo que somos y lo que debemos ser.

Entre América y Europa tendió un puente de luz. Y volando en su cóndor de la más alta meseta de los Andes, desde las alturas de su incesante tránsito, descubrió una ciudad, alta también como la que vieran sus ojos de la infancia y coronada de torres y campanarios. Quiso ausentarse en ella, prevalido de su pasaporte diplomático, y pronto se vio en tierra propia, como si hubiera vuelto a nacer para amarla. Y en ella se quedó, ancho el corazón, radiante el espíritu, generosa la palabra.

Los círculos intelectuales le salieron al encuentro, porque llegaba con el mensaje de la sabiduría y los brazos de la fraternidad. El discipulado se le acercó filial, porque llegaba en altura de sembrador, lleno el equipaje de maduras simientes.

Así vino a nosotros Gustavo Adolfo Otero. Y se ganó el corazón de la ciudad cimera que encendió el fuego de la libertad de América.

Pero cuando su siembra multiplicaba el surco al ciento por uno o al mil por unidad, la muerte afiló su guadaña y segó esa vida tan preciosa para el Ecuador, para su patria y para el continente americano. Se apagó un faro de primera magnitud, en la hora en que la humanidad pide luz y más luz, como Goethe: luz para disipar estas tinieblas de la industria belicosa; luz para reconocernos en un templo de paz universal.

El Salón Máximo de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central se transformó en su capilla ardiente. Y allí lo vimos al modo de un Jesús muerto: una tarde, un día completo y una mañana de lágrimas. Y allí lo vimos con la guardia permanente de voluntarios que lloraban la muerte de un gran capitán del espíritu. Y allí lo vimos, rodeado de ofrendas y coronas florales, como un Anquises del vaticinio augusto y como un soberano de las virtudes que florecieron en sus sienes.

Su despedida hacia la posada final, se hizo oración sentida y

clara en la palabra de los deudos espirituales, y se hizo lágrimas, auténticas lágrimas, en los pozos sensibles de numerosos discípulos que cobraban felicidad llevándolo en su hombros. Y ante este pesar profundo, espontáneo, que llegaba al vivo de nuestra amistad con Otero, nuestros ojos ejercitaron la virtud del don de lágrimas y nuestras mejillas sintieron el riego proficuo de la fontana interior.

Otero había ganado los oteros del pecho ecuatoriano, y desde esas cimas de vecindad celeste, bajaba el cordaje de cristal que vibraba mudamente el responso de su viaje hacia la eternidad.

Otero se nos fue, pero su yo inmortal, hecho de potencias creadoras y perennes, quedó entre nosotros como llama perpetua. Y quedaron lozanas las sementeras de su espíritu. Y quedaron abiertos a la luz ecuatorial, esos buenos libros suyos que salieron de las prensas de Quito. Y bien quisiéramos también que sus venerados restos, vueltos a la tierra quieta, se quedaran con nosotros como testimonio de su afecto al Ecuador y como posada de su exilio sin fin.

II

FUE NUESTRO EL CIUDADANO DE AMERICA

Cuando Gustavo Adolfo Otero ganó en Bolivia el Gran Premio de literatura recién instituido en ese país de su nacimiento, el Grupo América celebró alborozado ese extraordinario triunfo. Entonces a sus oídos y en presencia lo proclamamos *nuestro*, como si fuera de nuestro propio barro y nuestra propia sangre. El aceptó agradecido, hondamente emocionado, nuestra soberana voluntad. Quizá recordaba que el Grupo América le otorgó el Título de Ciudadano de América, para que sea al mismo tiempo de

Bolivia y de las demás patrias de nuestros libertadores. Y como estaba en Quito, era del Ecuador. Y como amaba a Quito, su corazón estaba entregado al Ecuador.

Pero por sobre esta legislación afectiva, un destino se iba a cumplir. Otero iba a medir su existencia entre las dos patrias que más afinaron sus sentimientos y más fecundaron la savia de su pluma: Bolivia y Ecuador; la tierra que oyó su primer grito y la tierra que escuchó su último suspiro; la primera luz que abrió sus párpados y encendió sus pupilas, y la última luz que cerró los párpados, ofreciéndole una tierra liviana para su descanso eterno.

Así se cumplió ese destino luminoso de constelaciones perdurables. Mas es justo reconocer que Otero nos perteneció como un oasis de Minerva trasladado de la altiplanicie de Bolivia a la mitad del mundo. Aquí, al pie del volcán de la Libertad, vino a ejercer la Diplomacia y a ejercitar su Magisterio.

En la adolescencia le empujaron a ser maestro de adolescentes y su siembra docente se quedó en el comienzo, porque su hora no era llegada. En Lima le dieron la Dirección de la Escuela de Periodismo y tampoco se convino con ese sembradío porque sus herramientas potenciales le imponían una legítima tierra de sembradura. Pero llegó a Quito y aquí sí halló su campo abonado en la Universidad Central y en la Sección Superior del Colegio Normal "Juan Montalvo". Y para comenzar tan noble carrera, al servicio de la patria ecuatoriana, no le importó su rango diplomático, porque comprendió que fuera de la diplomacia se cumplía a cabalidad su apostolado de forjador de una nueva América.

Otero es la parábola del sembrador ecuatoriano. El nos enseñó que nada es tan noble en la vida como la profesión de maestro. Y su ejemplo sirva de paradigma a nuestros Joves tonantes que cuando llegan a una curul legislativa, muchas veces oficiando de caracoles, créense autorizados para desdeñar a quienes les dignificaron con el alfabeto.

Aquí, en el Ecuador, Otero demostró meridianamente que era Maestro de Juventudes. Por eso la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central le confirió la investidura de Profesor de Enseñanza Superior, en unidad trilogica con otros dos ilustres miembros del Grupo América: Oscar Efrén Reyes y Augusto Arias.

Antes, el gobierno ecuatoriano valoró ya los importantes servicios de Gustavo Adolfo Otero y lo condecoró en el Grado de Gran Oficial. Después la Casa de la Cultura Ecuatoriana lo reconoció nuestro y lo nombró su Miembro Correspondiente. En fin, todos los organismos superiores de nuestra cultura lo contaron como a propio. Y por fin, como bien expresa la revista "La Calle": "Aquí nacieron sus últimos libros, aquí dictó él sus últimas enseñanzas, aquí reposará su cuerpo y se conservará vivo su espíritu."

Empero, digamos también, aquí le dimos el gran título de Ciudadano de América y el no menos grande de Maestro Universitario de juventudes nuevas. Por ello es nuestro y será parte de nuestra historia cultural.

EXEGESIS DEL GRAN PREMIO DE LITERATURA

III

Las razones expuestas nos dan derecho a introducirnos en la exégesis del Gran Premio de Literatura que Gustavo Adolfo Otero obtuvo en la República de Bolivia, imponiéndose con el mérito a los avatares de la política, a las resistencias de las pasiones ególatras, a los cenáculos de incuvación propicia y hasta a ese fenómeno tan usual en Hispanoamérica, que cambia el color de la verdad con un brochazo de acuarela en la retina.

A raíz de la premiación decía una nota remitida a la revista "Visión", que allá en Bolivia Otero era considerado como opositor al gobierno y que vivía en Quito como exilado voluntario. De este modo, el corresponsal quiso explicar que el Gran Premio de Literatura alcanzado por Otero, era "premio apolítico"; pues no significaba otra cosa eso de premiar oficialmente a un "opositor"; y precisamente en los momentos de una conmoción política interna que amenazaba derrumbar la llamada "política de pacificación nacional del nuevo presidente".

El corresponsal de "Visión" aseguraba que el Ministro de Educación Pública de Bolivia "pensó que no era el momento propicio para hacer alardes de eclecticismo literario, y premiar oficialmente a un opositor. El ministro prefirió —agregaba— esperar a que los efectos de la violencia política fuesen mitigados por el tiempo". Mas, por fuerza del Jurado que políticamente reunía a varios adversarios de Otero, el Ministro Fernando Diez de Medina tuvo que someter "la resolución respectiva al gobierno" y éste, no tuvo más que respetarla por decoro nacional. Y así mereció la confianza de la ciudadanía, porque es mérito de un gobierno reconocer los méritos de quienes los tienen, aunque sean sus opositores y aun cuando se avinagren las entrañas. Ante la voz de la justicia, ante la fuerza del derecho, ante la majestad del espíritu, la Gorgona Medusa se decapita y el honor se salva. Pues era precisamente la pluma de Otero la que segó esa cabeza para orlar la égida de Minerva, porque es boliviana su stirpe, americana su faena y universal su cruzada de ciencia y sabiduría.

Pero volvamos al conocimiento de los hombres copiados de cuerpo entero en el espejo de la presencia de Gustavo Adolfo Otero. Volvamos la memoria a lo que afirmaba el corresponsal de "Visión" sobre el Ministro de Educación de Bolivia y conozcamos una parte de la carta que ese Secretario de Estado dirigió al ganador del Gran Premio Nacional de Literatura. Dice textualmente:

"Apreciado escritor y amigo:

"El Jurado Calificador designado para discernir los Premios Nacionales de Literatura por 1956, ha elegido a usted, por unanimidad, como merecedor del Gran Premio Nacional de Literatura, consistente en Bs. 5.000.000 y pergamino de honor, por el conjunto de su valiosa y múltiple obra intelectual.

"He confirmado ese fallo, como Ministro de Educación, por considerar que efectivamente la Patria debía a Ud. este homenaje colectivo por sus notables y continuados esfuerzos en beneficio de la cultura nacional. No quiero hablar de sus 30 obras publicadas, sino sólo de la VIDA SOCIAL DEL COLONIAJE, su BIOGRAFIA DE MURILLO, BOLIVIANOS ILUSTRES, LA PIEDRA MAGICA, FORMA Y ESTILO DE BOLIVIA, CRESTOMATIA BOLIVIANA, ESTAMPAS BOLIVIANAS, ANTOLOGIA DE TIAHUANACU, FIGURA Y CARACTER DEL INDIOS y otros libros que todos los bolivianos leímos con devoción porque trasuntan el espíritu de la bolivianidad en formación.

"Ya en "Thunupa" y en mi "Literatura Boliviana", me ocupé de su obra literaria, habiéndolo hecho en muchas otras ocasiones. No me toca, ahora sino corroborar lo que siempre sostuve: que usted es uno de los más eminentes escritores de nuestro país al que ha honrado con su erudición y su ingenio.

"Recuerdo, asimismo, la vieja amistad que lo unió a mi padre, con quien compartieron aficiones revisteriles. Evoco, asimismo, su excelente paso por este Ministerio, jalonado por los 10 buenos volúmenes de la Biblioteca Boliviana que usted creó. Lo mucho que usted hizo en nuestros cenáculos y ambiente intelectual por las letras de Bolivia, y creo que la recompensa no puede ser más justa. El Premio es sólo el reconocimiento de la Patria a quien supo servirla con amor y con talento en una vida de estudio y de trabajo fecundo."

Después de este párrafo, el señor Ministro Díez de Medina ejerce un zigzag diplomático para decir que el triunfo de Otero se ha impuesto "por encima de las consignas partidistas" y "los

intereses de grupo", porque él "ha procurado que la educación y cultura se mantengan al margen de las pasiones de partido", no sin soportar "muchos dolores de cabeza". Luego se olvida del otro recurso diplomático, del de invitar al triunfador a que recibiera el Premio, aunque estuviera seguro de que el ganador no lo haría por órgano directo, pues categóricamente le demanda un "delegado" para que recoja la bien ganada recompensa.

Al fin, el señor Ministro Díez de Medina, termina: "Reciba usted, mi querido amigo y admirado escritor, mis cordiales felicitaciones por este justo homenaje que la Nación le tributa y al que me adhiero de corazón por los viejos vínculos de afecto y de amistad que nos unen."

Ante documento tan claro no cabe comentario alguno. Solamente reafirmemos que Otero fue el vencedor absoluto en una dura campaña librada con las armas del mérito. Y triunfó singularmente como bravo caballero andante de la Quijotería de las Letras.

IV

¿COMO OTERO SE ENCONTRO?

Difícil es intentar el esbozo crítico de una obra tan vasta y tan fecunda, cuando el polígrafo ha puesto en altura treinta árboles de la sabiduría, cada cual más robusto, cada cual más diverso, aunque todos con un sello de rectilínea personalidad! No podría salir de este aprieto sin calar las gafas del turista, para transitar por la superficie, alimentado por el mismo paisaje del sociólogo y animado por el mágico impulso del Maestro.

Gustavo Adolfo Otero encauzó su adolescencia hacia la Química. Quiso ser farmacéutico, y mientras aprendía el arte de pre-

parar recetas, aprendió también el arte de recoger y redactar crónicas para un periódico de su ciudad. Luego lo llevaron de cronista a un congreso y allí se descubrió él mismo como descubridor de tipos humanos, de temperamentos disímiles, de ánimos extravertidos a la luz del Parlamento. Y, a semejanza de esos niños amparados por el genio que toman el lápiz y dibujan trazos perfectos en el haz de la caricatura, Otero dejó a un lado la discursería de los honorables, para caricaturizarlos con la pluma, uno por uno, revelándose como un fino psicólogo que extracta el espíritu individual de los hombres en caracteres de buen humor o en contrastes de agudeza satírica.

Cuando un periódico iba dando a luz esas jocosas figuras de la alta política boliviana, los agraciados y los resentidos, los intelectuales y los curiosos se dieron en suponer que ese artista de la pluma había de ser algún avezado escritor de agrio estilete, sin sospechar jamás que el legítimo autor era un joven que había nacido para la biografía de los hombres, de los pueblos, de las almas y de la tierra y el hombre de las Américas.

En el fuero noble de Otero nacieron dos ricos potenciales que debían desarrollarse en acción mancomunada: la búsqueda de los valores científicos y la aptitud literaria, la cualidad de descubrir el alma americana y la seguridad del manejo de la lengua de Cervantes, el amor a la patria nativa y el tezón por americanizar y universalizar las fronteras del espíritu. Y él, hombre de recia voluntad y aventajadas dotes, logró todos sus empeños para gloria y ventura de Bolivia, para gloria y orgullo del Nuevo Mundo.

En su juventud no quiso dedicarse al oficio de rimador de trovas, pero en la prosa encontró la herramienta para desentrañar el alma de la vida, la expresión del paisaje y los secretos telúricos. Encontró su poesía en la profundidad de los espíritus, en el fluir de la existencia, en el tránsito de la creación y en las calidades supremas del cosmos.

De caricaturista de honorables y cronista de gacetas, entró

de lleno en su nuevo yo para dedicarse al relato que remodela personajes y teje cronologías de tensión y desenlace. Así nacieron sus primeros libros: "Cuestión de Ambiente", vida novelada de un estudiante que lleva en sí parte de la vida de su creador; "Horizontes Incendiados", novelación de la ensangrentada guerra del Chaco; "Las Razones del Instinto", primera incursión filosófica por la dualidad del hombre que se reparte entre el pensar y el hacer, entre la utopía y la realidad, para luego ceder a la corriente del ambiente, de la tradición, de la coerción externa.

Después llegó a la senda madura que le afirma en la historia y la sociología, la antropología cultural y la etnografía, el ensayo y la crónica de perspicaces andanzas. Llegó a su meta y se encontró a sí mismo. La fama le esperaba en los nuevos caminos sin anuncios de campanilla ni retóricas zalamerías. Y se ganó la gloria antes de la postrera partida. Su Olimpo está en su Obra y en su Nombre.

V

AMOR A LAS VIDAS GRANDES
Y A LAS VIDAS HUMILDES

Otero escribió la "Historia del Periodismo en Bolivia" y corrió, en otro libro, el telón de la vida social del coloniaje en el Alto Perú, en agudo examen del hombre en el panorama de la cultura de su época; pero más le cautivaron las vidas humanas grandes, porque en cada una encontró la explicación de un pasado, una ventana abierta de la conducta y mucho para enseñar a los demás por medio de entregas de buen ejemplo y de naturales flaquezas también. Surgieron así la biografía psicológica del Gran Mariscal de Ayacucho o "El Hombre del Tiempo Heroico"; la

biografía de un titán de la Guerra del Pacífico, Edmundo Abaroa; la biografía de Pedro Domingo Murillo, prócer de la Independencia, y aquella pléyade de "Figuras de la Cultura de Bolivia" que concurren al examen crítico en la gallarda prosa del literato.

Dos de estas biografías fueron premiadas con sendas medallas de oro: "El Hombre del Tiempo Heroico" por la Universidad de la Paz, y la prometeica vida de Abaroa, por suscripción popular del pueblo de Oruro. Sin duda, la segunda premiación fue la mejor porque Otero había ganado el corazón de un pueblo con la exaltación del más simbólico de sus héroes; pues Abaroa, antes de dejarse inmolar, "con sus doce rifleros, fue un solo hombre, un solo corazón", frente a todo un batallón enemigo. Y por eso precisamente, al justo precio de Otero, llegó a ser el "resplandor moral", la "semilla de mártires" y el "milagro del heroísmo".

Otero, historiador de recto juicio y sano corazón, tuvo que aunar el hallazgo del documento con la función social de los hechos, o explorar los espíritus para exprimir la esencia de sus caudales éticos, o ir a la raíz de la tierra para encontrar la raíz del hombre. Así pasó al campo de la Sociología y se afianzó en ella mediante "La Vida Social del Coloniaje", "La Sociología del Nacionalismo en Hispanoamérica" y "La Piedra Mágica" que tuvo la virtud de dárselo a su autor el Premio de Sociología del Instituto de Cultura Hispánica.

En este otro libro galardonado, Otero puso de relieve su apego a las vida humildes, a la vida de los parias de bronce que soportan humillación y tragedia, como si para ellos no existieran la Nación ni el Estado. Para escribirlo, vivió entre esos humildes y abandonados, compartiendo su pan de maíz y apurando la chicha rubia de su confinio.

Y refiriéndonos a este libro mágico, en él se dan cita el sociólogo y el antropólogo, el etnógrafo acucioso y el folklorista de leales encuentros. Es el hijo que engendró Otero a los 27 años de su edad, en 1923, y que vio la luz del bautizo público en 1951.

De esta obra no se sabe si admirar más el espíritu de observación en la entraña de los indios Callahuayas; si la abundancia y ordenamiento de la información; si la calidad del intérprete de una vida que viene de lo remoto y se sumerge lentamente en un mundo de imperiosa civilización; si la vastedad erudita o el vigor castigado de una prosa maestra. En suma, todo marcha a la par, y el secreto de la magia de su título y de su contenido, se esconde en el relieve de una diminuta piedra mágica que puede tener la corporeidad de un haba y que es a la vez el rito del placer en el culto a la perpetuación de la vida.

Hombres grandes y hombres humildes, al ritmo de su propia realidad, pasaron por la vista de Otero, vibrando las cuerdas de su sensibilidad interior y copiándose en la retina de su pluma. Y tanto anduvo Otero por la entraña social del hombre, que al fin tuvo que escribir "El Arte de conocer a los hombres"; pero ¿cómo? Pues biotípicamente, descubriendo nuevas ventanas para ir de afuera hacia adentro, hacia la complejidad psicológica que se alberga en el consciente y subconsciente y aun penetra en la maraña de los complejos que se retuercen en las profundidades del inconsciente para la macabra función del Psicoanálisis.

Una expresión plena de este "Arte de conocer a los hombres" es su libro intitulado "Figura y Carácter del Indio" de los Andes Bolivianos, examen del indio altiplánico a la luz de la antropología filosófica, para no gemir como un romántico ni alzar los puños crispados como furioso redentor.

Otero *explica el indio* en la concurrencia fenomenológica de su pasado y su presente, de su raíz y su floración, de su morfología y su carácter, entendido éste como la expresión colectiva de un alma aferrada a su propia concha cual el páramo al dorso del Ande.

Otero no admite un alma disuelta al antojadizo examen del psicólogo, porque el indio —como todo mortal erecto— tien forma y figura en el arca de su somática. Si cuerpo y espíritu integran un mismo ente, por fuerza el espíritu tiene que responder

a la condición de su recipiente y expresarse por la geometría de sus propias manifestaciones psíquicas; por algo Montalvo encontró poligoneado el corazón del donjuanismo, y por algo, cierto desde luego, Otero halla la figura del Indio ando-boliviano en la multiplicidad de subfiguras que contornean en bronce la causalidad de los afectos y pasiones, de la alegría y el dolor, de la ambición y la avaricia, del honor y la venganza, de la superioridad y la sumisión, de la religiosidad y el temperamento artístico, y de cuanto más forja la personalidad indígena.

Así pesa y mide a los hombres, este hombre nuestro —Gustavo Adolfo Otero—, cerebro y corazón para los grandes, cerebro y corazón para los pequeños y los humildes. Había nacido para la balanza justa y la medida exacta. Era amor para los buenos y los débiles. Energía no le faltó para castigar a los malvados.

VI

BUZO DE LA ENTRAÑA DE BOLIVIA

Por medio de su geometría filosófica y como antropólogo de la cultura, Otero fija el "Estilo y Forma de Bolivia", a la faz de los diversos agentes propios que concurren a la nación, la misma que según él "es una obra de arte realizada por la emoción de un pueblo, por la voluntad de un Estado, por el amor a la Patria y por el esfuerzo de construir". En su forma más próxima y más abundante, la nación es la obra del corazón y de las manos de un pueblo, según se deduce de esta hermosa explicación de lo que hicieron las manos bolivianas en la epopeya de su existencia.

"La mano boliviana —dice Otero— que lleva en su palma las huellas de sus líneas trazadas por la hondura de su existir social, es un molde plástico donde se proyectan las formas de su

vida. Las manos indígenas duras, hechas de tierra cocida, firmes y pesadas, que domesticaron la llama y la alpaca y cuya astucia dio caza a la vicuña, fueron también las que hilaron y tejieron sus lanas, las que cultivaron la papa, la quínuva y el maíz. Estas manos aborígenes del Kollasuyo se agarraron a las rocas de basalto, vestidas de nieve, para construir sus chozas de piedra y desafiar desde las alturas aquilinas a la naturaleza andina impasible que crea la vida, desdeñosa de la muerte. Son estas mismas manos que en Tiahuanacu trasmutaron la piedra en monumentos y en la Colonia sobre su dureza esparcen con los cinceles la espuma de sus encajes. También son las manos que con el hierro hispano dejan impresas en la talla indígena las huellas de su rebeldía. La mita esculpe con su dolor y la muerte las manos indígenas, convirtiéndolas de recios instrumentos de trabajo en exangües y anémicas figuras que eran esquemas dramáticos de gran infortunio. Aquellas manos bolivianas son las que se crisparon en la rebeldía y el heroísmo alzadas sobre los brazos que emergen de sus pechos cargados de ansias de libertad. Las manos bronceadas de los indios, severas y de lenta factura se mezclan con las manos tostadas de los mestizos y con las manos velludas de los blancos, para empujar la roca de la ascensión de sus libertades y sostener el derrumbamiento de las mismas, realizando el eterno trabajo de Sísifo frente al imperativo actual y frente al porvenir."

La voz elocuente de Otero es medicina para desintoxicar a los fanáticos de la hispanidad que quieren encontrar los valores profundos de nuestra cultura en la espuela del conquistador español. Otero encuentra la razón de ser de nuestra existencia en la entraña terrígena, en la sustancia india, en el cruzamiento indohispano y en la concurrencia de los demás factores de nuestras nacionalidades.

Refiriéndose sólo a Bolivia, se expresa:

"Así como para ser buen griego, era necesario tener algunas gotas de sangre etíope, para ser buen boliviano, precisa que no

falten algunas gotas de sangre indígena de la vieja cepa ancestral. Bolivia india por su demografía predominante, blanca por las expresiones de sus minorías étnicas de origen europeo, es mestiza por la simbiosis de su formación social.

"El boliviano, mantiene en la intimidad de su alma indígena la contemplación de su módulo intravertido. Heredero del español, ofrece las formas de su vida, buscando el proyectarse hacia los demás, por medio de su signo extravertido. El mestizo emulsiona la figura de ambos valores psicológicos, marcando las reacciones de su conducta en las alternativas del triunfo del dibujo indígena sobre el colorido español o la superación de la genérica sobre la raíz aborígen."

Otero es el hombre que maduró el espíritu al servicio del espíritu, en majestuosa cruzada de reparación del destino americano. El —por su obra— es un seguro buzo del espíritu social y encuentra alma hasta en lo que a los demás parece inanimado, y encuentra patria más allá y más acá de la patria que lo vio nacer. "La geografía espiritual —dice en "Estampas Bolivianas"— nos hace sentir y comprender las analogías y las diferencias, las selecciones y los matices del paisaje, nos hace buscar el contenido íntimo de ellos, nos plantea el problema emocional constantemente en cada sitio, en cada piedra... Nos enseña a buscar lo tónico vital del paisaje en funciones de organismo vivo. Paisajes bellos hay en todos los ángulos del mundo. El patriotismo no puede concebir el monopolio de la belleza natural concentrada en un solo país. El amor al paisaje patrio es una forma de identificarse con el paisaje de otros países. Amando lo propio, y comprendiendo lo nuestro se aprende a amar y comprender lo ajeno. La geografía espiritual, o sea el conocimiento de las bellezas de la tierra es una forma de acercar a los hombres de las distintas latitudes en efusión de sentimientos, de ideas y comprensiones."

De esta manera y otras, Otero bucea la entraña de Bolivia, la descubre en toda su magnitud y potencialidad, para desentra-

ñar el alma de América Hispana e identificarnos —por la tierra y el hombre— con todo el universo. Su signo es legítimo y su dialéctica, ecuménica.

En su buceo, el globo terráqueo es una sola creación, de fases homogéneas, de fuerzas convergentes hacia un primordial destino: la sustentación del hombre. Y éste, a su vez, se acerca más y más al espejo de su pasado, para reconocerse que procede de un origen común, que se diferenció por los avatares de la vida y de la historia y que requiere volver a las bases de su existencia, para identificarse en la fraternidad, la cooperación y las virtudes de la civilización contemporánea. Esto significa encontrar la clave para el equilibrio del mundo que se balancea desesperadamente entre dos corrientes magnéticas contrapuestas, bajo un cielo preñado de nubes atómicas e hidrógenas.

VII

FICHADOR DE DIPLOMATICOS

La obra literaria de Otero es multifásica, profundamente espiritual, de mensaje social y de función didáctica. Se ramifica en diversos géneros, se arraiga en la exégesis de la vida y busca una sola meta: la verdad, sea ésta objetiva o subjetiva, tangible o intangible, humana o suprahumana.

En el camino de descubrir la verdad y de ennoblecerla éticamente, a cada paso Otero tiene que verse con la mentira que erigiera su trono en el comercio convivencial y hasta en el sagrado corazón de la historia. Pues la mentira se ha vuelto una segunda naturaleza humana y hasta ha puesto santos en los altares.

Una de las grandes mentiras de la humanidad descubrió Ote-

ro en la Diplomacia. El, como diplomático de genio investigador y depurada moral, comprendió que su oficio debía ser útil poniendo al descubierto las farsas del protocolo y de las conveniencias políticas, para escuela de un bien establecido futuro diplomático.

En obediencia a sus buenos propósitos, en ocasión propicia horadó las murallas del Vaticano para entrar por allí a dialogar con los diplomáticos del Pontífice que se hallaban en cuarentena bajo la amenaza de las armas nazistas. Y allí, en esa congregación de "representantes" de las principales patrias del mundo, bajo la envoltura diplomática encontró al mediocre, al espía, al adulator, al culinario, al camaleón, al cazador de condecoraciones, al intrigante, al aventurero, al charlatán, al fanático, al desenterrador de genealogías y, en fin, a la pléyade de ungidos que pensaban y obraban fuera de sus específicas funciones.

Este hallazgo era como la vuelta al Parlamento de los años de su adolescencia, cuando en ese recinto patrio descubrió también tipos heterogéneos que todo parecían, menos legisladores. Entonces los "honorables" trasladaron sus "oficios" y sus "aptitudes" idiosincráticas, a la caricatura literaria de Otero, severa, exacta, de buen humor, bajo el amparo del seudónimo. Ahora, en la ciudad sitiada del Vaticano, los raros se repiten, pero en heterogeneidad internacional, en dimensiones ambi-hemisféricas. Y ya no se copian en la caricatura, sino en el retrato mismo, que bien parece caricatura también por las rarezas de los tipos.

"Diplomáticos en el Vaticano", que tal es el título del recolector de diplomáticos, en el enunciado de "memorias apócrifas" es una historia leal. Pone a la luz un mundo desconocido para las mayorías ciudadanas y deleita con arreos novelescos. Se diría que Otero, con este libro volvió también a los comienzos de su incursión filosófica, al modo de su novela de "Las Razones del Instinto", en la que descifra la dualidad del hombre entre el pensar y el hacer, la utopía y la realidad, la razón y las conveniencias. Pues aquellos diplomáticos son duales por los cuatro costa-

dos: diplomáticos en protocolo, y fuera de ello, espías, aduladores, culinarios, camaleones, cazadores de condecoraciones, intrigantes, aventureros, charlatanes, fanáticos y desenterradores de genealogías.

Entre las caricaturas de ayer y los retratos caricaturescos de la nueva ocasión, sin duda en la segunda empresa se revela Otero como el maestro que efectivamente sabe "el arte de conocer a los hombres". En "Diplomáticos en el Vaticano", el análisis se torna vigoroso por el gran cúmulo de experiencias, por la caudalosa erudición y por el aguzado tono de ironía de amaestrado estilista. El autor no sólo conoce a los hombres que los vio de cuerpo entero y alma adentro, sino que sabe a fondo de dónde proceden, cómo vivieron, qué leyeron, qué artes manejaron para llegar al Vaticano. Y todo eso podía hacer solamente un hombre sincero, que la vida le obligó a disfrazarse de diplomático para desnudar la verdad.

VIII

MAESTRO ESTETISTA DE LA CONDUCTA

Algo así como el retorno al comienzo, tras larga y fructífera siembra, tras largo y fecundo vivir, es su último libro sobre la "Estética de la Conducta". Lo dedica cariñosamente a sus alumnos de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación de la Universidad Central del Ecuador, y en el preámbulo expresa: "Joven lector, el libro que tienes en tus manos, es el libro que busqué en las librerías cuando tenía veinte años. Ha sido necesario que pasen cuatro décadas de mi vida, que haya tropezado muchas veces en la misma piedra y que a lo largo de esos años no me haya olvidado de buscar aquel libro ilusionado,

paseando mi curiosidad en multitud de obras de carácter moral, relativas a la ciencia y al arte de la conducta. No lo encontré en la medida de mis deseos. Es por eso que ahora te ofrezco este pequeño libro, que ojalá sea aquél que tú busques para satisfacer la sed del ideal que funciona en tu vida, dirigida a esculpir una conducta noble y alta. En sus páginas he volcado mi experiencia, o sea la cosecha de mis largos errores y las esencias de la sabiduría humana, que me han ofrecido los grandes maestros antiguos y modernos, que han soñado con la perfección del hombre."

El alma del Maestro bueno, sabio y experimentado se transparenta en esta llana y conmovida dedicatoria. Y en verdad, de la "Estética de la Conducta", como aspira su autor modestamente, fluye la taumaturgia de encauzar al hombre hacia la acción y el comportamiento en aras de la belleza del bien, de la bondad y de las demás virtudes que entonan la armonía del género humano.

"Estética de la Conducta", en su sucesión de temas, parece un Tratado de Etica; pero en su contenido mismo, es un orgánico acopio de experiencias recogidas de la vida y fortalecidas por la opinión de los grandes maestros, no para dogmatizar enseñanzas, sino para explicar fenómenos de la convivencia social y decir categóricamente al joven:

—Estos son los caminos que tienes por delante: escoge el que haga seguro tu tránsito y te lleve a la meta de un destino racional, relativamente feliz.

"Estética de la Conducta", para responder a su título y a la esencia del propósito, se afirma en los valores espirituales tan estropeados ahora por la preponderancia materialista de nuestra época. Pues Otero sabe que la belleza posee poderes mágicos para modelar a los hombres y normar sus acciones en procesos de identificación por semejanza. El mismo lo dice: "La belleza moral y la belleza estética se funden en una sola identidad. Ambas están dirigidas hacia la busca de un ideal supremo y ambas son

fruto de la sabiduría de los siglos, también de la intuición y de la inspiración."

"Estética de la Conducta" es la obra del Maestro que se afirmó en Otero, tras de haber corrido el mundo por el teatro de las falacias humanas. Es la trasmisión de una moral depurada en tránsito de amor a la sociedad y la cultura. Es el mensaje ardido en el crisol de renovadas esperanzas.



El problema de la cultura en función de su pasado, presente y porvenir, constituyó la preocupación permanente de sus últimos meses. La belleza del hombre, la altura de su saber, su extraversion hacia la concordia y el bienestar social, le parecieron canales indispensables para la estetización de la conducta humana.

Al calor de este acariciado ideal de maestro, Otero venía elaborando una Historia de la Cultura, cuyas primeras entregas poligráficas las ponía en manos de sus discípulos, alentándoles a que se posesionen de su filosofía y encaucen el porvenir por la senda elevada del progreso espiritual de los pueblos. Y bien tenía el ánimo de sobreponerse a los celosos *chauvinismos* para escribir una Historia de la Cultura Ecuatoriana, a fin de sacarnos de la rutina de la historia política, de la exhibición de contiendas fratricidas, de los heroísmos de fuerza y astucia que opacan los ideales legítimos de una nacionalidad.

Así sentíase ecuatoriano de corazón y quería servir a la patria del último regazo, como anticipándose que aquí, en el Ecuador, quedarían los últimos efluvios de su espíritu y el postrer momento de su vida. Y como si un destino se cumpliera, sus mortales despojos tuvieron que acogerse a la posada del gran es-

tetista de su conducta que llamó "hermanos" al rocío y la estrella, al gorrión y la cigarra, al lobo de Gubbia y al pastor que lloraba por la oveja perdida.

Pero su presencia plena de belleza por la aureola de su conducta y el brillo astral de su sabiduría, queda permanente entre nosotros, como queda su retrato en el recinto del Grupo América, copiado por la estética del lápiz de Carlos Rodríguez.

D A R I O G U E V A R A

ISAAC J. BARRERA



Isaac J. Barrera

Por su larga y fecunda carrera literaria, Isaac J. Barrera tiene bien ganado el título de Benemérito de las Letras Nacionales. Lleva una media centuria de constante trabajo en la prensa y la revista, en la cátedra y el libro, ya como vocero de la opinión pública, ya como orientador y crítico de las bellas letras y ya como investigador de la historia y animador del correcto uso de nuestra lengua. Empero, él mismo es un veterano escritor y literato que desde 1912, se constituyó en director y pionero de las innovaciones literarias, descubridoras de nuevos horizontes estéticos por medio del Modernismo que acá tuvo discípulos aventajados en Arturo Borja, Medardo Angel Silva, Ernesto Noboa y Caamaño y Humberto Fierro.

Su Revista "Letras" se constituyó en cátedra de sus propias orientaciones innovadoras y tribuna de cuantos se matricularon en la escuela de Rubén Darío y fueron dando el potencial de sus

haberes de poetas y prosistas, muchos de los cuales ganaron la consagración para honra perenne de la Patria. Barrera, con "Letras" propugnaba un apartamiento de la política, a fin de concentrar capacidades y energías en esa tarea sublime de crear la belleza por medio de la idea y la palabra, el sentimiento y la estética.

Más tarde, definido en crítico de la literatura nacional, hizo el balance de esa corriente que él animó, y como crítico siguió también el desarrollo de las nuevas corrientes literarias, unas veces por medio del artículo periodístico y otras, comentando los libros que iban apareciendo, en lo que no faltó el estímulo franco y la sugestión atinada de reparo y enseñanza.

No sabemos si inició su carrera componiendo versos del sentir y codicia juveniles; pero ensayó el drama con "La Melancolía de una tarde", en incursión de la vida social, y ensayó también la novela por medio de "El Dolor de Soñar", evocación de un problema psicológico de juventud que él mismo debió saborearlo, pero que lo desahogó con fina capacidad de narrador.

La historia patria fue y es el fuerte de sus múltiples proyecciones literarias. Ya desde 1911 se reveló como historiógrafo de equilibradas proporciones con su estudio histórico-biográfico de Vicente Rocafuerte. Años después, como tributo de regocijado amor a la Patria en el Centenario de la Batalla del Pichincha, publicó su "Quito Colonial", amenísimo libro de aquel Quito centrado en lo religioso, pintoresco, anecdótico, literario y político. Y en ese panorama semioscuro de la Colonia, se mueven gallardos e ilustres, Espejo, Velasco, Aguirre, Mejía, Montúfar, Caldas, voceros del porvenir ecuatoriano.

Ubicado en la Academia Nacional de la Historia, de la que es su actual Presidente, Barrera ha seguido su constante investigación y valoración de los hechos históricos de la Patria, exaltando el culto a los héroes y orientando la interpretación y los juicios sobre los acontecimientos que guardan nuestro pasado.

Y en la misma barca de la historia, acorde con su calidad de

literato, su campo más fecundo y promisor lo encontró en la Literatura, para romper fronteras y poner a prueba su espíritu cosmopolita, su conocimiento de escuelas y de autores, sus juicios de versado en la crítica y sus mismas capacidades de adiestrado literato. Partiendo de las letras nacionales llegó a las universales, como el pedagogo que va de lo cercano a lo lejano y de lo propio a lo ajeno.

Su Historia de la Literatura Ecuatoriana va del compendio que es sinopsis integral de nuestras Letras al tratado extenso que abarca cuatro volúmenes de exégesis y valoración, desde los albores de la conquista española hasta nuestros tiempos. La Historia de la Literatura Hispanoamericana, antecedida por un estudio sociológico de las bases y elementos culturales, examina los comienzos de los deslumbrados cronistas, y tomando a los escritores y poetas más representativos de cada época y cada país, los estudia en tres fases acertadamente definidas: la Colonia, la Revolución y el Romanticismo que se desbordó por la América Española con su fe en la libertad, su dechado de sentimientos y su claro amor a la democracia legada por los padres de nuestras patrias.

En los Grandes Maestros de la Literatura Universal, Barrera nos lleva por los dominios de la épica y dramática griegas, por los fueros del genio de Virgilio, Horacio y Cicerón, por las mansiones del Dante y los sonetos de Petrarca, por el insuperado teatro de Shakespeare y las parcelas perpetuas de Rabelais, Montaigne, Molière y Voltaire.

Todo este vasto panorama de historia y crítica literaria, sirvió a Barrera para irse al estudiantado como autor didáctico y como profesor también; pues muchos de los estudios en cuestión fueron parte de los cursos que él dictó en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Quito.

Obras didácticas tiene más, para servir al niño de la escuela, al adolescente del colegio y al joven universitario. En este caso es un abnegado maestro de la docencia, por más que pocos años

haya servido directamente en ella. Pues en la crítica, la historia, la interpretación de los acontecimientos sociales, la valoración del movimiento cultural, etc., su obra es incalculable, inagotable, consagrada y de firmes relieves que honran continentalmente a la Patria ecuatoriana.

Isaac J. Barrera pertenece a numerosas instituciones culturales del país y del exterior; pero su tribuna de apostolado la tiene en la Academia Ecuatoriana de la Lengua y en la Academia Nacional de Historia. Y por su múltiple, firme e inagotable función de servir a la Patria por medio de la prensa, la revista y el libro, a la vez que con el contingente a la orden del bienestar social, ha sido frecuentemente abonado por el reconocimiento público y la gratitud nacional. Recientemente fue condecorado por la Cruz Roja Ecuatoriana en mérito a su desinteresada y eficaz contribución por largos años.

El Grupo América se aprovecha de esta oportunidad para rendirle a su consocio ilustre, don Isaac J. Barrera, su testimonio de respeto, admiración y beneplácito por contarle en su seno y hacer suya la cosecha de una acción proficua que agradece la Patria.

AUGUSTO ARIAS



Augusto Arias

Una vocación literaria que recogió sus tempranos frutos desde los bancos de la escuela primaria, constituye el poeta y ensayista Augusto Arias. A los trece años, cuando las cometas le invitaban al juego volador de colores y risas, Augusto fundó la Revista "El Crepúsculo", en compañía de otros dos muchachos que se apuntaban como él a una brillante carrera de letras, en comunidad lírica de perdurables raíces y proyecciones perpetuas. Son ellos, Jorge Carrera Andrade y Gonzalo Escudero.

Un año después aparecía la Revista "La Idea", redactada por un grupo de estudiantes del Colegio Mejía, entre los que figuraban los mismos poetas de "El Crepúsculo" y también Luis Aníbal Sánchez y Gonzalo Pozo (1917).

Con tan buenos comienzos y la senda magnífica de promisorios destinos, Arias fue creciendo, creciendo en magnitud de poe-

ta, ensayista, crítico literario, periodista, biógrafo y autor de textos literarios que abren paso a la juventud en el conocimiento y la práctica de las bellas letras. Pues es de recordar que Arias es un maestro que ha ejercido su magisterio en el Instituto Nacional Mejía, en el Colegio Militar Eloy Alfaro y en el Colegio 24 de Mayo, siendo también Vicerrector del Instituto Superior de Pedagogía y catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central, cuyo Decanato ocupó en dos períodos y cuya cátedra la ocupa todavía en maduro ejercicio y pleno dominio de su especialidad literaria.

Como poeta, Arias tiene un comienzo de firmes relieves líricos y una continuación laureada que se puso a tono con las corrientes de la hora, pero siempre en el cauce de una definida personalidad, sensible a las glorias y tesoros de la Patria, y sensible, asimismo, a las palpitaciones del mundo de los ensueños sin fronteras. Libros suyos de este género son "Del Sentir", "Poemas Intimos", "El Corazón de Eva", "Viaje", "Canto a Beatriz" y "Poesía". Este último es un Registro de sus andanzas por los floridos dominios de Apolo, en presencia de continuidad ininterrumpida que llega a nuestros días.

El prosista que maduró la pluma de Augusto Arias, no desmiente las potencialidades innatas del poeta. Arias es un prosista lírico, un estilista inconfundible. El ensayo, la biografía y hasta el texto estudiantil que poco se presta para enjorar la flor del penamiento, con él alcanzan ese privilegio virgiliano que es fusión de arte y pensamiento, de palabra y sabiduría, de estilo y poesía.

Sus ensayos y biografías publicados hasta aquí son numerosos: "En Elogio de Ambato", "Virgilio en Castellano", "La Estética del Barroco", "Jorge Isaacs y su María", "El Periodismo Ecuatoriano", "Páginas de Quito", "Tres Ensayos", "Semblanzas", "El Quijote de Montalvo", "España en los Andes", "España Eterna", "Pasión y certeza de Sor Juana Inés de la Cruz", "José Martí", "Mariana de Jesús", "El Cristal Indígena" (Espejo), "Vi-

da de Luis A. Martínez" y "Vida de Pedro Fermín Cevallos".

Hablar de los méritos peculiares que cada una de estas obras lleva en sí o de las virtudes de los libros didácticos de Arias, no es para esta limitada oportunidad. Bástenos recordar que en mérito a su fecunda obra literaria, su castizo estilo, su patriótica y constructiva ideografía, su erudición extraordinaria y su personalidad rectilínea, numerosas instituciones nacionales y extranjeras le cuentan en su seno, y la condecoración se le ha acercado al pecho y entre tantas, la ecuatoriana Al Mérito y la Cruz de Alfonso el Sabio de España.

En 1951 fue electo para ocupar en la Academia Ecuatoriana de la Lengua, el sillón que perteneció al escritor ambateño don Celiano Mongé. El 30 de abril de 1959 tomó posesión de ese numerado sillón, y en el discurso de ingreso hizo el elogio del Académico antecesor y habló también de los ensayistas españoles del 98. El discurso de bienvenida y de elogio lo pronunció el Académico señor don Isaac J. Barrera, quien se refirió a la obra literaria y docente de Arias como un hecho que grandemente honra a la Patria y la Cultura. "El amigo que hoy llega —dijo— es el poeta Augusto Arias, el ensayista estimado y fácil, el maestro de disciplinas literarias y el periodista donairoso y elegante. Hombre de obra múltiple y de pluma diestra en las lides de la prensa. Elemento valioso que llega a cooperar en el anhelo de la Academia por mantener en nuestro público, el interés plausible por la literatura y el uso correcto del idioma... Bienvenido sea."

En breves rasgos, éste es el compañero del Grupo América que fuera también Secretario General de la Institución y que hoy ocupa su primera Vocalía, siempre atento y listo a la eficaz colaboración. Y por lo que él vale y por lo que él da a la Entidad, con el calor de su entusiasmo y la riqueza de su espíritu, el Grupo América le ofrece el cálido testimonio de su beneplácito por el honroso sitio de Académico de la Lengua Española en el Ecuador, que muy merecidamente lo tomó en posesión vitalicia.

FLORACION

*Homenaje al poeta Augusto Arias,
con motivo de su incorporación a la
Academia Ecuatoriana de la Lengua.*

Se me ha adentrado el sol
por los sentidos,
en raudales de bien y de belleza,
con una fuerza de ambición
nacida
hacia nuevos senderos de embeleso.

Y siento el alma abierta,
enardecida,
con una sensación que manifiesta
la alegría de estar siempre
de fiesta,
en honor de la vida.

Quito, Mayo 22 de 1959.

F L O R , D E T E

ETERNIDAD

El Poeta pensaba:

¿Cuál será el monumento que consagre mañana
el eterno milagro de mi bella palabra?

¿Cuál la Casa del Arte llena de clara gracia,
donde existen rosales que proclaman mi llama?

¿Dónde el sitio de mirtos y jazmines y acacias
en que eleve mi busto su majestad de plata?

¿Cuándo las multitudes fervientes congregadas
a la honda llamada de la voz de mi alma,
incendiando a mi nombre corazones en llamas
y sobre mis cenizas las hierbas aromáticas?

¿Cuándo diez mil bellezas de regiones lejanas,
con sus manos morenas y con sus manos pálidas
rindiendo el homenaje de rosas deshojadas
en la apolínea fiesta de la suprema gracia,
para los festivales de mi memoria clara?

¿Cómo el regio palacio de piedra inmaculada
hasta donde se tiende la fiebre de las alas,

y en donde mis estrofas mucho más se agigantan
por un gran horizonte de quimeras plateadas?

¿Cuándo la Magna Fiesta de las ideas diáfanas,
de todos los Poetas que en el mundo soñaran,
por saber el sentido de mis hondas palabras,
su sentido profundo de inefable distancia,
su rumor de luceros en el seno del agua,
su astronomía cierta de dulcísimas lágrimas,
su tesoro infinito de vertientes sagradas,
su exquisito perfume de fragancia soñada?

¿Dónde las cataratas de la espuma más blanca,
como nubes que ríen, como nubes que cantan,
y el Sumo Sacerdote de las barbas nevadas,
venido desde Olimpo con las manos pobladas
de luces impecables y de sutiles gasas,
por bautizar el canto milenario del agua
con mi nombre sonado desde azules distancias?

¿Dónde el bello concurso llamado en la mañana,
con llamadas de grandes y sonoras campanas,
por hallar el Artista que en el mármol tallara
la apacible dulzura de mi sonrisa vaga
y el obscuro minsterio de mi obscura mirada?

¿Cuándo los que apresaron las melodías raras
que rigen los destinos de las estrellas mansas,
tentando en sus ensueños poner más fuego de alas
al vuelo por los astros de mis bellas palabras?

.....

.....

Y desde sus alturas de eternidad muy alta,
contempló el Poeta la eternidad soñada:

Una dulce muchacha, ingenua colegiala,
leyó el mejor poema que su mente creara
y lloró con la cara apegada a la almohada.

2

DAIMON

*"Siempre es más fuerte el que
está más solo".—Henrik Ibsen.*

Ah de la tempestad,
de la sombría tempestad del alma,
cuando en la noche inmensa
se prenden llamas negras
hacia la voz de la desesperanza.

Cumbre de soledad.
Las estrellas naufragan
y las bellas pupilas, estrellas de la tierra,
también naufragan...
Nada, nada es posible:
una voz, la caricia, nada, nada...
Este mar que duele hondo
hacia el milagro obscuro de la vida
y más allá de este pobre milagro,
grita en su noche destrozando orillas,

se levanta y azota las tinieblas
con su tiniebla herida de distancias...

El alma
está loca por todo y está loca por nada.
Tortura y ansiedad de destrozar el límite,
de integrarse a la gran ola de sombra
que hace las alas de la Noche,
de la Noche sin nombre en las palabras...

Vosotros,
los que no habéis sentido el beso de la Muerte,
más dulce y torturante
que cualquier beso en fuego de la tierra...
Los que no habéis sentido
sobre la frente en fiebre
unas manos heladas,
unas manos con rosa de sepulcro
que llaman y quebrantan
la pobre voluntad de seguir
en esta orilla toda hecha de lágrimas...
Los que no habéis vivido
el momento en que canta el corazón
su trágica esperanza
de destrozar la cárcel
y teñir de sangre torturada
la noche irremediable...
Vosotros no sabéis
el instante imposible
de todo y de la nada...

Noche inmensa,
noche inmensa que está dentro del alma.
La vida es una garra

y la Muerte sonríe
con palidez de loca enamorada...

Mas ¡qué bello,
qué trágicamente bello y hondo
es volver de esta noche apasionada!...
Se vuelve, yo os lo digo,
se vuelve con los ojos
medio locos y medio visionarios.
En las pupilas
ya no leerán los hombre cosas diarias
ni la amada
encontrará frases simples y diáfanas...
Ahora miran desde el otro lado,
desde lo irreparable,
y en cada mirada
regalan una llaga...
Ahora están llenos
de otra voz, de otro mundo, de otras cosas,
de las eternidades desangradas.
Es que bebieron el divino ajenjo
de los conocimientos
y están llenos de sombra,
llenos de sombra horriblemente sabia...

Se vuelve con los ojos
llenos de obscuridades,
llenos de cosas de otra orilla eterna
y vacíos de cosas de esta orilla,
llenos de eternidad y sin palabras...

Y el alma ha conquistado
en su noche sin nombre
el Misterio infinito

delas rosas heladas,
sí, pero también el amor de ser triste,
el amor del dolor,
la dimensión de la desesperanza,
el beso sin beso
que ningún beso puro de la tierra
borrará de los labios...
Ha levantado el Velo con manos desgarradas,
ha quemado la vida en su llama de Muerte...
Ha hecho del dolor irremediable
tiniebla para hundirse
hacia donde se quema,
la pequeña dulzura de las lágrimas...

Yo os digo que la Muerte
es sólo esto:
hundirse en la tiniebla de uno mismo
y volver con los ojos
medio locos y medio visionarios...

Poemas de
Miguel Angel Albornoz

1

VINO Y LAGRIMAS

Refugiado en el ángulo oscuro
de lóbrega sala
contemplé de bohemios alegres
la báquica zambra.

Uno de ellos con mano insegura,
pulsó la guitarra
y, animoso cantó yaravíes
a su bien amada;

Otro, alzando la copa repleta
de rubio champaña,
hizo alarde, con voz estentórea,
de amor a la Patria;

Alguien dijo que el mundo sería
más triste que el Sahara,
si no hubiese mujeres hermosas
y vino de España...

En confuso vaivén cadencioso
de impúdica danza,

se movían en grupo compacto
mozuelos y majas;

Y yo, solo, la frente en las manos,
dejaba que caigan
gota a gota, en el vaso de vino,
mis ardientes lágrimas.

—¿Por qué lloras? —me dijo riendo
graciosa gitana—
si así viertes el llanto en las copas
el vino se daña...

Y se fue sin pensar en las hondas
tristezas de mi alma,
sin pensar en que llevo en el pecho
recónditas ansias...

Ay! cómo es semejante a la orgía
del mundo la marcha,
en que el gozo se mezcla indolente
con las penas que ocultas se guardan.

2

LA MUSICA

En el principio, el Creador Divino
Que hizo los cielos y la luz y el viento;
Que festonó la tierra
Con mar de plata y con dorada sierra

Y a todo puso, como regio solio,
El peregrino azul del firmamento,
Halló perfecta la obra de su mano,
Y tan perfecta que admirado El mismo,
Lanzó una exclamación con embeleso
Que estremecido repitió el abismo:
Las aguas se agitaron en su lecho,
Y, encontrándolo estrecho,
Azotaron con oleadas locas
Las imponentes y elevadas rocas:
Las ramas ed los árboles crugieron,
Y en vaivenes suaves
Las flores en el prado se metieron,
Mientras que llenas de pasión las aves
Y detenidas en su vuelo incierto,
Armonizaron el PRIMER CONCIERTO.

El acento de Dios resuena hoy día,
Y vibrará mientras la tierra dure,
En la selva sombría,
En la fuente que nace de la peña,
En la cuenca sin luz, en el follaje
Y hasta en la fibra de encendida leña ...
Y allá se irán en la callada noche,
Cuando esté en calma el universo-mundo,
Los genios de Beethoven el divino,
De Rossini el grandioso,
De Mozart el artista sin segundo,
A sorprender el canto de Natura
Y encerrarlo en los puntos de la escala,
Convertido en torrentes de dulzura.

¡Oh música de Dios! bendita diosa,
Que cuando entráis en el hogar querido

Le traéis, con las notas, cariñosa,
Calma al dolor, consuelo a los pesares:
No moriréis mientras las aves canten;
Mientras juegue la brisa entre las ramas
Y en los mares inmensos y rugientes
Las olas se levanten;
Mientras lance rumores indecisos
El sótano profundo;
Mientras batan sus alas los insectos;
Mientras haya gemidos en el mundo.

Venid acá, dolientes trovadores,
Que a la luz de la luna
Vais a implorar los dulcídos favores
De escondida beldad, y una por una
Arrancáis a la cítara sus notas:
Venid acá los genios olvidados,
Con vuestras arpas tanto más ignotas
Cuanto más tristes fueron;
Los que humildes pulsáis en el santuario
El órgano que suena dulcemente
Invitando al creyente
A regar ante el Mártir del Calvario
Lágrimas de dolor y de ternura:
Los que sentís el beso de la pura
Inspiración que baja desde el cielo,
Venid, venid y todos de consuno,
Dadme un canto grandioso porque anhelo
Llenarme de una música infinita,
Sonora y dulce como dulce cuita;
Como fuera el sollozo gigantesco
Que lanzaran los huérfanos, reunidos
A las aves sin árbol y sin nidos
Y a los que lloran, tristes, desterrados,

En horas de nostálgica agonía;
Quiero un soñado mundo de armonía
Que apague la terrífica tormenta
Que, en medio de gemidos y de gritos
De un pecho atribulado,
En mi cerebro sin cesar avanza;
Quiero extinguir los ecos del pasado
Y hasta el rumor que a mis oídos viene
Del seno de la gloria y la esperanza...

¡Oh! dadme un canto que tan puro sea
Que rompa el corazón, mate la idea
Y así muriendo, al fin, así termine
Esta perenne lucha
Entre la mente y el destino tardo...
Y podéis empezar, que vuestro bardo
Inclinando la frente ya os escucha.

Poemas de
Alfredo Martínez

1

HUMO DE PERENNIDAD

¡Qué tortura! ¡Qué angustia!
Ambular por el mundo llagado de lagunas,
de océanos tumultuosos;
de heridas consoladas por las vendas fragantes
de los prados en flor;
por la tierra cual lágrima
prendida en el espacio por los clavos de plata
de volcanes sonámbulos...
sin ignorar que el hombre sólo conquista al hombre;
que apenas somos sombra de nuestra misma sombra.

Tajar con las pupilas, espadas de dos filos,
la uva del espacio.
Y encontrar los luceros, que embriagan con su jugos,
jugando como niños en el lago del cielo...
sin pensar que al retorno de los ojos se encuentra
sangrando,
cual otro lucero, el propio corazón.

Abrir un surco nuevo, mojado de esperanzas.
Dejar un grano vivo... Y esperar que la luna
derrame leche fértil,

y un día cualquiera, bañado de rocío,
de música de ramas, comer su fruto ubérrimo...
sin ignorar que somos para el hambre del suelo
semillas que agigantan el dolor de ser poco...
cuando nos nutre el cosmos.

Ennoblecen las cosas con la pintura diáfana
de encendidos ideales.
Crear que los planetas siguen la ruta clara
donde teje el misterio nuestro destino oscuro...
sin ignorar que somos
átomos encendidos de música fugaz.

Escalar con la idea la más ignota cumbre.
Romper enloquecidos velos de luz insólitos
sólo por el deseo de que brille como astro
la alondra de la voz...
sin ignorar que todo es sueño vagabundo,
mariposas que caen en gotas de ceniza
cuando la muerte toca con aliento fatídico.

¡Qué tortura infinita!...
Renacer en el alba. Morir en cada noche...
Para algo hemos de ser espíritu del cosmos
envueltos en arcilla y en el humo invisible
de la perennidad!...

2

ORIGEN

I

El hombre es un vaso de espuma y de aroma,
forjado en la sombra con llanto de sol...
De noche respira hálitos de alba;
de día, su carne, tiene un paraíso
en la ascua del mal o en la luz del bien.

II

Su origen? Misterio. La leyenda afirma
que una Forma extraña, de túnica blanca
de ojos tremebundos, mansos, centellantes,
de faz de milenios en treinta lunarios,
de barba tan luenga que al besar el suelo
dejaba una estela de oro rutilante,
tomó entre sus manos sabias y traslúcidas
un poco de barro, y en tan corto tiempo
modeló una forma igual a la suya.
Terminada la obra, se contrajo el cosmos
en algo que fuera un chorro de lumbre
pendiente en las manos del Mago exótico...
Se ignora lo que hubo. El sentido intuye
que la Forma espléndida, llama de colores,
se volcó en la arcilla como agua lustral...
La leyenda es trunca. Se ignora la estancia

del Mago de barba tan luenga y tan clara.
En cambio, el hombre, subsiste doquier...

III

Dos almas fundiéronse en una sola alma:
el barro y la lumbre, la noche y el alba,
la maldad y el bien...
Cómo pudo el Mago
sepultar su espíritu en tan poca cosa?...

El hombre,
perdido en la arcilla que es cárcel de angustia,
cilicio y ficción, alarga sus manos,
dos garras de fuego,
y encuentra en sus vísceras la vida y la muerte...

Qué lucha titánica del lodo y la aurora;
del hombre y del Mago, de Abel y Caín...
La Suprema Forma no puede destruir
la frágil arcilla por ser eternal...
Si cae deshecha, dolida y sin voz,
renace fragante en carne infantil!

Qué raro destino!
Morir en la vida. Vivir en la muerte!
Ser vino de sombra y de claridad.
Ser hombre. Ser vaso del alma de Dios!

LA OBRA "LA TIERRA DE CRISTAL OSCURECIDA" DE ATANASIO VITERI

En general para Atanasio Viteri los motivos de sus relatos y en este caso singularmente, el hecho histórico sobre el cual gira la obra que tratamos de juzgar, es solamente la informe cantera de piedra inexplorada de la que surgirán la dramatización de sus figuras vivientes. Con lo que podríamos decir que la urdimbre entre el acontecimiento vislumbrado por él y el desenvolvimiento de su relato solamente se concatenan por medio de los hilos invisibles de su inspiración. Mas, una vez que ha tomado la materia inconsútil entre sus manos: avizora, penetra, siente, crepita, distorsiona los elementos, y se sorprende a sí mismo con las palpitaciones que se desprenden de tales ingredientes al haberlos convertido en llamarada de sugerencias y de nuevas posibilidades de recreación, a extremo que el propio autor, y menos los demás se entiende, pueden acertar a reconocerlos en sus naturales dimensiones.

Escribe con pulso afiebrado, se le siente la respiración como excesivamente acelerada. Su compás es la pauta sin pauta del ventisquero. Mas recuerda una de aquellas tormentadas que se precipitan desde los picachos andinos, entremezclando en su corriente, flores, plantas y pedruscos.

Los períodos al acoplarse para dar paso el párrafo literario forman un remolino de palabras, signos y símiles que traídos desde los cuatro puntos cardinales de su inspiración, de pronto se agolpan, giran, se revuelven. De ahí que en su tarea de escritor se produzca continuamente el desgarramiento de la forma, el res-

quebrajamiento de las superficies retóricas y talvez el mucho exigir de cosecha a los fecundos campos de su labrantío literario. Porque la metáfora, el epíteto, el atuendo descriptivo, afloran como en generación espontánea desde todas las encrucijadas de su poder imaginativo y de su percepción exasperada.

Por eso que todo en él es pasión, ansia creadora, ciclón, garra, colmillo, exprimido gozoso. Sin términos medios ni otra concesión que no sea la de buscar mantenerse siempre en el plano del arte, de su arte auténtico y discutible, pero siempre personal.

Cuando se quiere apreciar la fisonomía de su producción estética y se pretenda encontrar la expresión figurativa de su faena, se lo llega a mirar como cabalgando en a horcajadas y sin estribos en el potro rebelde, rijoso y enclado de su estilo, realizando una hazaña de doma y prestidigitación sobre la cabalgadura que cocea, se encabrita, por liberarse de ataduras y vallados que tratan de sofrenarla.

De ahí que, aún la construcción gramatical de la frase y el sistema nervioso del pensamiento que por ella se extiende. Toda su expresión literaria en una palabra, no puede encontrar otro ritmo que el cambiante ritmo de los vaivenes de su temperamento y su emoción. Por eso que lo vemos subir y trepar inspirado y furiente, dulce, tierno e irritado, casi sin solución de continuidad. Hasta llegar a los acantilados de la imagen brillante y la hipérbole pagana y desnuda. Pero posiblemente su ímpetu incontrolado ha ido tan lejos que no puede evitar, en algunas ocasiones, el descenso extenuado y confuso, a la manera de la baja marea que arrastra a su regreso caracoles vacíos y saldos de hojarasca que le han de sumergir en inevitables prosaísmos, desmayos y cansado abandono sobre la arena de la playa.

Pero, en todo caso da placer el observarlo siempre como un dilapidador empedernido de las riquezas soterradas en sus minas secretas. Brillante, emotivo, fantaseador en la obra y en la vida como poeta de estirpe que es, incuestionablemente, aun cuando devenga propenso a las pinceladas desmesuradas. Y así lo encon-

tramos singularmente en el libro que ahora estamos juzgando, cuyo material prehistórico que ya de por sí mismo se encuentra en esa zona de neblinas que linda y aún invade los mundos sugestivos y fantásticos de la leyenda, todavía el poeta pugna por empujarlo aún más allá, mediante su interpretación, acaso, a veces, hasta arbitrariamente del suceso que su lírica intenta convertirlo en historia y su historia en poema.

G E R A R D O F A L C O N I

TERRAZAS DE LA CORDILLERA

Capítulo de la obra "La Tierra de Cristal Oscurecida"

Los Chiris conservaron para las tierras arrebatadas el nombre de Quito o sea el del último monarca que partió su nombre con el reino.

El viento trenzaba las hojas del suelo, soplando como un ser; las termas herbían en sus fuentes de piedra, bajo chaparros de hojas cristalinas; el valle era suave, y el sol colorado.

El primitivo reino, antes de la conquista de Carán, estuvo descrito por sus pueblos. La hondonada de Amaguaña. El valle de Chillo, donde se oprimeran bajo los árboles rebaños risueños; Conocoto, Píntag, Angolquí, de tribus desparramadas en el campo; en el delicioso clima los maizales van hasta el pie de los húmedos bosques y hasta la base infranqueable de los cerros. Entre montañas, Langasí, de termas arroyadas donde bañábase el soberano y las concubinas de picudos senos.

Los pueblos fríos y nublosos: Chillogalli, Aloag y Aloasí, de balsámicas chilcas en los vallados de sembradura. Calacalí entre los abismos, Ichubamba en las nieves. Cotocollá, arenoso pero fértil. Guápulo, Cumbayá, Tumbaco, Pomasqui y Puembo, donde se planta la guaba; la tierra de húmedos vapores. Guayllabamba, de las frutas, Lloa negra, Machachi de aguas ferruginosas y vientos helados. La huraña Malchinguí, la escondida y poblada Zám-biza, cuyos habitantes nublaban sus espaldas de largas trenzas. Lulubamba y Casancoto, de bello y sonoro nombre. El pueblo que

cayera primero ante los Caras: Pifo, puerta de pueblos salvajes tras el monte donde se enciende el sol, Perucho y Puéllaro, Turubamba, Quinchi y Yaruquíes, cuyos habitantes esculpan para sus utensilios el corazón de los árboles.

Imbaya de los lagos, de superficie de hermosa hierba fresca que parecía pintada sobre la tierra, fue siempre codiciada por los Chiris. Emprendieron contra ella. La pasión de los caras fue la amplitud de la conquista. Los imbayas, resistieron, pero no pudieron contra aquellos. Nunca se resignaron, sin embargo, a la opresión. Un día en el cual sus lagos describieron en sus aguas las llamaradas del poniente sol, hasta enrojecer sus aguas suavemente apasionadas, tocan sus bocinas de barro, retumban sus tambores a la puerta de sus cabañas, convócanse y álzanse contra los caras. Los combates sosteníanse en los llanos vigilados por el Cayambe. Les daba una luz cernida, de nieve. Los caras exterminaron y dispersaron los restos de los numerosos habitantes.

En lugar de ellos, para refrescar la vengativa tierra, fueron enviadas hordas de caras, las cuales fueron creciendo con el tiempo, se arraigaron tanto sobre la devastada tierra, que surgieron los caranquis, sus descendientes, como nueva nación.

En esta tierra, donde los ayayayes solitarios la cubren toda entera, algún descendiente de primitivo y arraigado imbaya gime junto a las quebradas, igual a los pájaros temerosos y enviudados.

Después el labriego sigue en la puerta de su cabaña de pajizo techo. Prefiere los altozanos para mirar el paisaje con más vehemencia; más, si es extenso el llano, la choza labra un pilar de humo y es hermosa de verle en su sedentaria belleza. Las tierras están laboriosamente labradas, en grandes terrazas, junto a los cerros, cercados de valladares de cabuyos. En los palos del corral emerge el cuello de ánfora del llama que mira con pacientes ojos. De vez en vez, en los llanos y en los desiertos, en los pajonales y en las terrazas de la cordillera, ondean pequeñas colinas, redondamente amasadas, abovedadas por dentro, donde unos huesos de muerto se calcinan y arrojan fuegos en la noche mis-

teriosa poblada de ladridos de animales y de cansados suspiros de alpacas.

Colúmbranse fortalezas cuadradas sobre elevados terraplenes. Cerca de ellas un pueblo se asienta y por sus senderos de fango o de duro barro, circulan oficiales de abigarrada cabeza emplumada y guerreros de gruesas pantorrillas.

A T A N A S I O V I T E R I

ECUADOR, UN PAIS EN EL CENTRO DEL MUNDO

ECUADOR, como que sólo él tuviera la particularidad de estar cruzado por la línea que divide al mundo en dos mitades, se llama así desde el S. XVIII en que una Misión Geodésica Francesa llegara a él para medir un arco de meridiano, con el propósito de dilucidar el problema surgido sobre la verdadera forma de la tierra, con motivo de la teoría newtoniana sobre el achatamiento polar. Desde entonces, cuando en los círculos científicos europeos se hablaba, de nuestro país, por asociación de ideas, les resultaba más cómodo referirse a él empleando el término "Tierras del Ecuador", que su nombre real y consagrado por la Historia: REINO DE QUITO se había llamado en la época aborigen, y REAL AUDIENCIA DE QUITO se llamó durante la larga dominación española.

Pero el nuevo nombre hizo fortuna: al organizarse administrativamente la República de Colombia creada por Bolívar, a la cual se anexó la Audiencia de Quito, a uno de sus Departamentos —al cruzado precisamente por la línea ecuatorial— se le designó con el nombre de Ecuador, y al formarse el nuevo Estado, separándose de la unidad grancolombiana, en 1830, sus fundadores lo bautizaron, con acierto o sin él, con el nombre de REPUBLICA DEL ECUADOR, conservando el histórico nombre de QUITO sólo para su vieja Capital.

Ecuador es uno de los países más pequeños de Sud América —270.000 km. cuadrados. Gran parte de su heredad territorial que debió corresponderle de acuerdo con el principio del *Uti*

possidetis adoptado por los nuevos estados hispanoamericanos al separarse de la metrópoli española, ha pasado a manos de sus vecinos, después de ingratas vicisitudes limítrofes. Sólo Uruguay tiene una extensión superficial menor en América del Sur. Sin embargo de esta reducida extensión, posee una geografía desconcertante por sus contrastes, que va desde la manigua tropical alemana al Pacífico en el occidente y desde el Amazonas en el oriente, hasta los gélidos páramos que cubren los lomos y declives de la gran cordillera de los Andes, que lo cruza de norte a sur.

Entre estos páramos de los que emergen inmensas moles nevadas, casi todas de origen volcánico y entre las que se destacan el Chimborazo y el Cotopaxi, y la selva tropical que cubre las llanuras cercanas al mar o al Amazonas, se encierran tibios valles o mesetas temperadas tan propicias a la vida del hombre, que por eso albergan las mayores concentraciones humanas del país, las cuales prosperan allí gracias a la bondad de su clima, a la feracidad de su suelo y a la belleza de sus paisajes. Allí se asentaron las viejas civilizaciones aborígenes y allí crearon los más notables núcleos de colonización los primeros aventureros españoles.

Pero ahora, también la selva tropical poco a poco va siendo conquistada por la civilización, gracias a los progresos de la medicina y debido, sobre todo, a la feracidad de su suelo, a la riqueza de sus bosques y a las posibilidades comerciales que le brindan el mar y sus ríos, que son los caminos siempre abiertos y expeditos que el hombre ha tenido desde las épocas más remotas.



Sus costas, de más o menos 800 Km. de extensión, que se extienden desde la frontera con Colombia al norte, hasta la del Perú en el sur, miran al Océano Pacífico. Un ramal de la fría co-

rriente de Humboldt baña parte del litoral ecuatoriano, y modifica fundamentalmente su clima, disminuyendo las elevadas temperaturas que deberían corresponderle por su posición ecuatorial. Esta circunstancia y la gran elevación de los Andes, determinan el fenómeno de que el Ecuador —nombre que sugiere un máximo de calor y humedad, poco propicios para la vida del hombre blanco— tenga la gama de climas en su reducido ámbito geográfico, de tal modo que casi todos los productos que cultiva el hombre pueden prosperar en él; igualmente, todos los animales domésticos encuentran condiciones de lo más favorables para su desarrollo. Y el hombre, con sólo desplazarse unos pocos kilómetros de un sitio dado, puede encontrar el clima que más le agrade y cuadre al estado de su organismo.

Para el nivel del mar se calcula una temperatura promedial de 26° centígrados, pero por cada 200 m. que se asciende rebaja 1°; de tal modo que, a un valle encerrado entre los Andes, como el de *Ibarra*, por ejemplo, que está a 2.000 m. de altitud sobre el nivel del mar, le corresponde una media térmica anual de 16° centígrados, que hace de ese clima uno de los más agradables del mundo. **Quito**, la Capital, asentada en una elevada meseta que se acerca a los 3.000 m. de altitud, y apenas a unos pocos minutos al sur de la línea ecuatorial, le corresponde una media térmica de 13° centígrados, circunstancia que sumada a otras condiciones climáticas como la de su límpido cielo, hacen de su clima uno de los más sanos y agradables.

En el espacio de unas horas, siguiendo cualquiera de las numerosas carreteras que enlazan entre sí las altas mesetas andinas o éstas con la baja llanura costanera, puede pasarse del clim temperado que caracteriza a las primeras, óptima para el cultivo de los cereales y de los pastizales, de la papa y de los frutales europeos, a los valles subtropicales donde se cultivan el café, los cítricos y los sabrosos frutales indígenas como el aguacate y la chirimoya, o a las llanuras aledañas al mar o al Amazonas, donde

prosperan el cacao, el arroz, el banano y tantísimos otros productos propios del trópico a más de los numerosos que ofrece la selva, como el palo de balsa, el caucho, la tagua o marfil vegetal, las quinas, etc. Y si en sentido opuesto se asciende a las tierras que dominan aquellas mesetas, se llega al **páramo**, típica faja de terrenos altitudinales de los Andes, que se extiende por encima de los 3.500 m. y que avanza hasta los 4.650 m., promedio altitudinal en que principia el dominio de las nieves eternas. El páramo presenta un paisaje sobrecogedor e imponente: el pajonal cubre kilómetros y kilómetros entre las alejadas cumbres, como una estepa siberiana a gran altura, salpicado a largos intervalos por pequeñas y frías lagunas. Fuera de raros arbustos con tortuosas y secas ramas como en actitud melancólica, esparcidos aquí y allí en las partes más bajas o en las quiebras del terreno, la vegetación del páramo se reduce a una monótona sabana de gramíneas, o más bien de una sola, la paja amarillenta (*Stipa icchu*).

Nada tan triste, nada tan desolado, pero tampoco nada tan majestuoso, nada tan imponente como la inmensidad de este desierto, entre gris, blanquecino y amarillento, verdadero océano pajizo, que parece penetrar en el cielo. Ninguna voz, ningún ruido turba esta soledad sepulcral, sino el silbido lúgubre y tenaz del viento o el bramido horrendo de las tempestades que estallan comúnmente debajo de ella.

De noche, en los veranos, el aire alcanza su máximo de pureza y transparencia, el cielo es azul y límpido como un cristal, y si la luna surge en el horizonte, se retrata abajo complaciente en las dormidas lagunas y se uniforma arriba el paisaje, que parece no ser ya sino una prolongación de ella, fundiéndose como un callado beso el astro muerto y el hielo rígido de las cumbres.

Esta desolada región es el dominio de los cóndores y venados, pieza de cacería tras la cual se organizan verdaderas expediciones, guiadas por los indios conocedores de sus distancias, de sus vericuetos, de sus sorpresas meteorológicas y de sus peligros.

Miles de cabezas de ganado vacuno y lanar pacen en esos pajonales, donde el indígena que los cuida lleva una vida rústica y bravía. Y así el páramo va convirtiéndose en una apreciable fuente de recursos pecuarios.



En el ámbito geográfico brevemente descrito va fraguándose una nación que llega a los cuatro millones de habitantes, que forman un pueblo bastante heterogéneo es verdad, pero con individualidad y autonomía que no han podido ser absorbidas a través de la historia, por vecinos más poderosos y de mayor vitalidad humana y económica. Sin embargo de que administrativamente durante la colonia o los primeros años de la Independencia, Ecuador formó parte de los Virreinos del Perú o de Nueva Granada, y de la Gran Colombia después, siempre conservó esa individualidad de remota raigambre indígena, que no fué ni la caribe del norte, ni la incásica del sur, sino la **Shiry** o **Quiteña**, en la cual se injertaron aquellos elementos, sobre todo el incásico, pero sin ahogar el primitivo tronco de la nacionalidad, que eclosionó vigoroso y dominador con el inca quiteño Atahualpa.

Al iniciarse la dominación española, sobre las ruinas de la Quito indígena el conquistador Sebastián de Benalcázar, fundó la ciudad hispana, en Diciembre de 1534: por eso esta urbe constituye el núcleo y raigambre de la nacionalidad, de tal modo que **quiteñidad** y **ecuatorianidad** son sinónimos.

Con los grupos indígenas, a través del coloniaje, se mezclaron en unos casos, o convivieron muy estrechamente con ellos, en otros, numerosos aportes iberos o débiles grupos negros traídos para la explotación agrícola y minera de las tierras bajas del

litoral o de algunos profundos valles serranos: los primeros se asentaron de preferencia en las altas mesetas interandinas de climas templados, ya porque allí encontraron un medio geográfico más apropiado para el blanco, o ya porque en ellas los grupos indígenas de cuya explotación vivió, ante todo, el español eran mucho más numerosos y fáciles de gobernar.

Posteriormente, en cambio, la inmigración blanca de origen cosmopolita que dispone ya de mejores medios para luchar contra el trópico, se dirige preferentemente a las tierras bajas de la Costa, más ricas en recursos agrícolas y forestales y de mayores oportunidades comerciales. En cambio, la Región Amazónica y las Islas Galápagos, a unos 1.000 Km. de las costas continentales, sobre todo por las dificultades de comunicación con la Sierra y la Costa, continúan con una escasa población que muy poco se deja sentir tanto en la política como en la economía de la nación.

En el mestizaje producido por los elementos señalados, podemos asegurar que en la Sierra hay un predominio de la fusión del blanco con el indio, en tanto en la fusión operada en la Costa interviene además el negro, si bien ni remotamente en la proporción observada en Colombia, Venezuela y otros países del Caribe.

Gracias al progreso de la higienización o del saneamiento de las regiones tropicales de las cuales se han desterrado ya ciertas enfermedades endémicas como el paludismo, la fiebre amarilla, la bubónica, etc., así como al mejoramiento de las condiciones económicas de la población, su crecimiento vegetativo es uno de los más altos del Continente. A partir de 1950, año en que se realizó el censo, este crecimiento ha llegado a la elevada cifra de 31,00 por mil, siendo mayor hoy el de la Costa que el de la Sierra.

Con respecto al reparto de la población, un 75% corresponde al agro y un 25% a las ciudades. El fenómeno corresponde a nuestras realidades económicas: en el Ecuador hay un marcado predominio de la población campesina, porque sus principales re-

cursos son los agrícolas y forestales. La industria todavía se presenta escasamente desarrollada, y ésta la razón por la que los núcleos urbanos no sean numerosos ni de consideración. **Guayaquil**, el gran puerto fluvial asentado en la margen derecha del Río Guayas y que es la puerta de entrada obligada para el país, es la ciudad más populosa, con 300.000 habitantes. Le sigue **Quito**, con 250.000. La primera es la capital económica de la Nación y la segunda la capital política. Se hallan enlazadas por un ferrocarril de montaña que pasa por ser una de las más atrevidas obras de ingeniería y que cruza por paisajes antagónicos y de incomparable belleza: la llanura costanera tropical, los abruptos declives de los Andes, las mesetas serranas amorosamente cultivadas, los gélidos páramos andinos y, sobre todo, la imponente avenida de volcanes que caracterizan a la Sierra ecuatoriana. Una muy buena carretera une además a estas dos ciudades tan diversas y que se complementan estrechamente para el robustecimiento de la nacionalidad. **Cuenca, Ambato, Riobamba, Loja, Ibarra, Portoviejo**, constituyen también importantes núcleos urbanos con características físicas y humanas dignas de conocer y estudiarlas.

Y en lo que respecta a la cultura del Ecuador, ésta es mixta como en todos los pueblos indoamericanos, que de ninguna manera pueden alardear de una civilización ario-occidental pura. Tres elementos básicos, en este sentido, han contribuído a la conformación espiritual de la nacionalidad ecuatoriana: **la civilización ario-occidental** que hoy domina al mundo y cuya estructura material se ha superpuesto casi en todos los pueblos de la tierra; **las formas culturales hispano-latinas** (religión, idioma, arte, etc.); y el **subconsciente espiritual indígena** que no ha desaparecido ni en las clases elevadas que alardean de formas de vida exclusivamente europeas o norteamericanas.

Las masas indígenas todavía numerosas y que escasamente se han mezclado con otras, representan el 30% de la población, con la agravante de que entre ellas el analfabetismo es casi total. El

Estado, con el apoyo de algunas agencias de las Naciones Unidas, ha iniciado formalmente la culturización del indígena, si bien hay una serie de factores que dificultan considerablemente la labor. Los grupos mestizos campesinos culturalmente más se acercan al indio, pero el afán de superación y mejoramiento que se observa en ellos es notable, y esta actitud contribuye a que el analfabetismo disminuya año por año: actualmente su porcentaje se ha reducido a menos del 40% de la población total del país, lo cual es consolador. En esta obra se halla empeñada la Unión Nacional de Periodistas y hasta aquí ha conseguido resultados de lo más halagadores. Como un ejemplo de esta actitud, puede señalarse la decisión de la Municipalidad de Cuenca que se aprestó a celebrar el Cuarto Centenario de la Fundación de la Ciudad, —abril de 1957— con un número que ha tenido más valor que ningún otro de los que se han preparado para festejar el acontecimiento, como ha sido el de liquidar, con esta oportunidad, el último vestigio de analfabetismo en esa urbe que se precia de ser una de las más cultas del Ecuador. Para conseguirlo, han trabajado, de consuno, el Municipio, maestros, periodistas y el Gobierno Central, aunando esfuerzos materiales y humanos, en la singular campaña.



La economía ecuatoriana está en marcha. Consta nuestro país en el número de los países escasamente desarrollados, como con diplomático eufemismo se los llama ahora, pero pronto va superando las dificultades de carácter geográfico y humano que se han opuesto a su progreso.

Su fachada hacia el Océano Pacífico le mantuvo alejado de

las grandes rutas del Atlántico que contribuyeron, en cambio, a la prosperidad de los países que miran hacia ese mar. Sólo a partir de la apertura del Canal de Panamá los pueblos del Pacífico se hicieron, aunque en menor escala, partícipes de aquellas rutas. La geografía del Ecuador, por otro lado, como se indicó ya, es de una irregularidad desconcertante: salvar las terribles irregularidades orográficas para la intercomunicación de sus pueblos ha demandado esfuerzos superiores a su capacidad económica, pero lo está realizando. No hay población de alguna importancia a la cual no se pueda llegar ahora en vehículos a motor, y algunas de las carreteras más importantes, como la Quito-Quevedo-Manta, que enlaza a la Capital con el mar, pronto estará pavimentada en su totalidad. El tramo de la Carretera Panamericana que corresponde al Ecuador, en una extensión de 1.250 Km., ha sido terminado ya, si bien tendrá que ser mejorado en algunos sectores. Se puede, pues, recorrer sin ninguna interrupción, desde Carchi en la frontera con Colombia, hasta Macará en la frontera con el Perú, en vehículos motorizados. Quito y Guayaquil cuentan con campos de aviación de primer orden, donde tocan las principales rutas aéreas internacionales.

Todavía Ecuador es ante todo un productor de artículos alimenticios y de materias primas, con un desarrollo industrial incipiente. Pero gracias a su estabilidad política e institucional, gracias al saneamiento de gran parte de su trópico y gracias, por fin, al avance educativo de su pueblo, que significa en lo económico mayor producción y mayor consumo, ese panorama está cambiando rápidamente. Las industrias alimenticias, las textiles, las de la producción de cemento, las farmacéuticas, etc. han avanzado considerablemente. Y por otro lado, la agricultura va mecanizándose día a día y el empleo de los abonos químicos junto con la selección de semillas está generalizándose cada vez más, lo cual ha permitido que Ecuador se convierta en el primer exportador de banano del mundo y que sea, además, un buen proveedor de café,

cacao, tagua, lana de ceibo o kapok y palo de balsa de los mercados internacionales.

Un gran obstáculo para el desarrollo industrial ha sido la falta de energía, por la escasez de carbón y la limitada producción petrolera, pero esta deficiencia va a ser suplida con un vasto plan de electrificación que abarcará todas las regiones del país, que ventajosamente cuenta con numerosas y magníficas caídas de agua formadas por los ríos que descienden desde los Andes al mar o al Amazonas.

Ecuador es un país en potencia, de inmensas posibilidades para el futuro, como puede confirmarse con los siguientes datos:

De los treinta millones de hectáreas en que más o menos se calcula su extensión superficial (30.000.000 ha.), apenas 1.361.000 ha. están cultivadas, cifra que sólo representa un 4,5%; las praderas naturales y artificiales abarcan una extensión de 1.240.000 ha., que representa un 4,1%; los bosques cubren una superficie de 22.240.000 ha., lo que significa un 74,1%; las tierras cultivables, pero que por falta de riego principalmente no se incorporan a la producción tal vez alcanzan a 425.000 ha., es decir un 1,4%. El resto pueden considerarse como tierras incultivables, ya por su extremada altitud sobre el nivel del mar, ya por lo brusco de sus pendientes, ya por su extremada sequía, o ya, en fin, por tratarse de pantanos tan bajos e insalubres como los de la Hoya Amazónica.

Lo que faltan para cambiar esos porcentajes es población, técnica y capitales que los ecuatorianos esperamos que no tardarán en llegar, con el fomento de una colonización bien seleccionada, con la bien meditada reorientación educativa de su juventud y con la firmeza de sus instituciones profundamente democráticas que garanticen toda labor.

Ecuador aspira a ser, en consecuencia, grande y respetable, no por la extensión de su ámbito territorial ni por las riquezas que muchos pueblos quieren acumular, sino por la educación de su

pueblo, por la bondad de sus instituciones republicanas, por la hospitalidad que anhela brindar a todos los ciudadanos del mundo y por las buenas relaciones y entendimiento que desean mantener con todos los pueblos de la tierra.

CRONICA

RENOVACION PARCIAL DEL DIRECTORIO DEL GRUPO AMERICA

De acuerdo con las estipulaciones de sus Estatutos, oportunamente el Grupo América hizo la remoción de dignatarios en los cargos de Presidente, Vicepresidente, Secretario, Tesorero y Director de la Biblioteca de Autores Americanos. En su orden fueron elegidos los señores Gustavo Vásconez Hurtado, doctor Antonio Santiana (reelegido), Juan Pablo Muñoz Sanz, Gerardo Chiriboga (reelegido) y Julio C. Troncoso.

La posesión se llevó a cabo el 2 de mayo del presente año, en un acto cultural en que leyó su informe el Presidente cesante, Lic. Humberto Vacas Gómez, y pronunció su discurso de orden el nuevo Presidente don Gustavo Vásconez Hurtado. A continuación, varios miembros de la Institución comentaron las obras publicadas en 1958, por consocios de la misma. Luego se dio paso a una cena de cordialidad, cumpliéndose así una costumbre establecida.

Las piezas literarias mencionadas, en su mayor parte fueron publicadas en un órgano de la prensa nacional. Algunas las reproducimos a continuación, porque legítimamente corresponden a nuestro órgano de difusión cultural.

LABORES LITERARIAS DE UN PERIODO

Informe presentado por el señor Humberto Vacas
Gómez acerca del trabajo del Grupo América

Hace justamente trece meses vuestra benevolencia me honró con la elección por unanimidad, de Presidente del Grupo Amé-

rica. Honra, bien es cierto, singular, porque mis méritos no alcanzan la descollante altura del renombre intelectual de la Institución y del extendido prestigio de que goza. Y, más aún, porque reemplazaba a un titán de la capacidad organizativa, como lo fué el doctor Salazar Gómez, cuyo prematuro fallecimiento dejó vacíos irremplazables en todo orden de actividades en el país.

Difícil era la tarea, si no se conociera que el Grupo América ha recorrido con firmeza una larga jornada de más de cinco lustros esparciendo la cultura, cultivando la inteligencia y estrechando los lazos espirituales entre los hombres y las instituciones de cultura del Continente. Esa trascendental tarea se simplifica porque el Grupo tiene en su seno a poderosos talentos y a personalidades preclaras de la República. Con ellos su acción espiritual se torna fecunda, porque nombres como los de Gonzalo Zaldumbide, Augusto Arias, José Rafael Bustamante, Carlos Manuel Larrea, Isaac Barrera, Antonio Santiana, Alfredo Pareja y otros tantos, constituyen en sí y por sí mismos un Agora elevada.

La obra infatigable, sea científica o literaria de la mayoría de los miembros del Grupo América, es conocida y celebrada en todos los países de habla castellana, con cuyos reflejos se alumbraba y extiende su fama, a más de la tesis que sustenta de una América unida por los lazos espirituales y por la preocupación de su destino democrático en un mundo, por desgracia, minado por morboso nacionalismo y por insustanciales rivalidades entre los pueblos. En pos de esos ideales ha recorrido el Grupo América, con variada suerte, su larga jornada, hasta aquí de 28 años. Lo fundamental es que ha cultivado la inteligencia y ha hecho lo posible por difundir la cultura Patria.

Jamás, y menos en esta época, puede dejar el hombre de meditar y obrar con sabiduría para dirigir su destino. Vivimos un período decisivo de la Historia humana. Hemos traspuesto el umbral de la era atómica e interplanetaria, y se abren para los humanos ojos estupefactos fabulosas o aterrantes perspectivas. Ante ellas se acrecientan principalmente las responsabilidades de la cultura, para evitar que los bajos fondos, las fuerzas telúricas desaten una catástrofe que borre la civilización de la faz de la tierra.

Hoy en día no es posible tratar ningún problema humano sin tomar como punto de partida la totalidad de los seres humanos.

Para las naciones mismas, tal como están hoy conformadas, se ha iniciado su ocaso. El hombre Universal adviene a pasos agigantados y las prodigiosas adquisiciones de la ciencia han reducido tanto el mundo y han acercado a los pueblos más distantes que derrotas o triunfos comparten en proporción, más o menos igual, todas las latitudes de la tierra.

Si las fuerzas que empujan la mecánica de la Historia están borrando las fronteras de los países, si el espacio físico acórtase hasta tornarse en recinto familiar donde los hombres podrían vivir en tranquilidad y paz, es más imperativo conseguir la universalidad del espíritu humano, mediante la cultura sin fronteras y sin físicas limitaciones. Ese criterio, por fortuna, mantuvo siempre el Grupo América y en su trayectoria ha sido leal a la esencia de ese imperativo. Para seguir cumpliendo esa misión no han sido necesarios actos espectaculares o de relumbrón porque la abundante obra intelectual de sus miembros ha constituido la red más preciosa para extenderla por el Continente, eso sí vibrante de fuerza moral, atenta a los anhelos de una América unida, respetuosa de la libertad de los pueblos y de los hombres.

En lo que a las actividades de casa adentro se refiere se ha continuado la feliz iniciativa de exaltar la obra de personalidades ecuatorianas que se han destacado en los campos del pensamiento y la cultura. Así como en el año de 1957 se rindió justo homenaje a Don Gonzalo Zaldumbide por su obra literaria que tanto prestigio ha dado a las letras ecuatorianas. Así mismo y con ese espíritu el Directorio que hoy termina su mandato tributó homenaje póstumo a Gustavo Adolfo Otero, el gran ensayista Boliviano, que por mucho tiempo vivió y, por desgracia, también, murió prematuramente entre nosotros. Luego tuvo el acierto y el placer de entregar su Medalla Insignia a Doña Hipatia Cárdenas de Bustamante, única mujer que integra el Plantel de la Entidad. Homenaje tanto más merecido porque la señora Hipatia Cárdenas de Bustamante brilla con luz personal en la órbita del intelecto ecuatoriano. Pocas mujeres, de entre las que se han destacado en los ámbitos de la Patria, habrán tenido tan agradable y a la vez altiva personalidad. También se colocó el retrato del poeta Antonio Montalvo en la galería de honor. Antonio Montalvo murió prematuramente, legando al Grupo América, que él fundó en asocio de la Sra. Cárdenas de Bustamante y del señor Alfredo Martínez, una obra de constante des-

velo que hizo práctico el programa cultural y americanista de la Institución.

Una de las sesiones más solemnes fué la dedicada a la preclara memoria del Dr. Eduardo Salazar Gómez, quién, en el ejercicio de sus funciones de Presidente del Grupo América, bajó a la tumba en la plenitud de sus facultades, el 8 de Febrero del año pasado, suceso que conmovió al país. El destacado consocio doctor Wilson Córdova leyó un estudio de severo análisis de la vida y la obra del hombre, del político y del escritor.

Con ocasión de haber vuelto a la Patria, por una corta temporada, el poeta de renombre universal Jorge Carrera Andrade, le tributamos un cordial homenaje el 28 de Mayo del año anterior. José Alfredo Llerena hizo un penetrante esquema valorativo de la poesía de Carrera Andrade. Intervinieron también con magníficas improvisaciones el señor Gonzalo Zaldumbide y Augusto Arias.

De esta manera queda en marcha el programa de actividades en el cual se rendirá tributo de admiración a nuestros grandes valores de la cultura, que han cumplido con éxito una etapa al servicio de las letras, las artes y las ciencias. Por lo general somos tacaños en el reconocimiento al mérito y esperamos la muerte de nuestros grandes hombres para exaltar sus valores. Esa actitud negativa debe ser superada, no sea sino por el aspecto de generosidad espiritual que entraña.

Se planteó, también, tributar una serie de homenajes a los escritores americanos que han logrado la consagración internacional. En la galería de honor del Grupo se colocará el retrato de una de las eminentes personalidades representativas de cada país y, con este motivo, se hará difusión pública de la obra del personaje y de la cultura de su Patria. Paralelamente se realizarán exposiciones bibliográficas de la nación respectiva. Con este empeño se pasaron notas a los señores Miembros del Cuerpo Diplomático acreditado en el Ecuador, habiéndose recibido la entusiasta aceptación de todos ellos y el ofrecimiento de prestar toda la colaboración posible para cumplir tal finalidad. Toca al nuevo Directorio que hoy inicia sus funciones, si lo cree conveniente, llevar a la acción este propósito americanista.

Respecto a la Revista América está en circulación el número 105 gracias a gestiones realizadas en el Ministerio del Tesoro que proporcionó los talleres gráficos del servicio de Suministros. El

número 106 posiblemente aparecerá dentro de poco tiempo. Los originales se encuentran en la Editorial de la Casa de la Cultura Ecuatoriana y se allanó el obstáculo del papel que va a adquirir la Institución.

Esta es, en breve síntesis, la obra que ha realizado el Directorio que hoy cesa en sus funciones. Nos toca formular votos porque los nuevos dirigentes de la Institución cumplan sus tareas con mayor eficacia con que la hicimos nosotros. De esto estamos seguros. Está al frente del Grupo Gustavo Vásconez Hurtado, un prestigioso escritor y hombre de acción que ya en ocasiones anteriores dirigió con rumbo firme los destinos de nuestra Institución.

(Publicado en "El Comercio" de Quito)

AL VOLVER AL SENO DEL "GRUPO AMERICA"

X Discurso de Gustavo Vásconez Hurtado al tomar posesión de la Directiva del "Grupo América"

Después del retorno, nada más grato ni que me proporcione verdadera emoción, que el hecho de volver al seno del Grupo América, confundirme una vez más entre tan dilectos amigos, excelencia de la intelectualidad, selectos exponentes del pensamiento ecuatoriano, que han tenido el desacierto y la condescendencia de encomendarme por tercera oportunidad la presidencia de la Institución.

Juntos hemos marchado por el camino de iguales afanes, elevados en sus propósitos y realizaciones, intentando llevar adelante un empeño de cultura que todos vosotros practicais repartidos en las diferentes actividades sea de la Literatura, el Periodismo, las Ciencias y, las Artes, todo aquello, en fin, que supera las disciplinas humanas encauzándolas por una trayectoria de servicio y orientación, mediante esfuerzos persistentes, las más de las veces mal interpretados y peor comprendidos. Juntos hemos marchado anteriormente y lo haremos ahora en este círculo

de cordialidad, de unión de amigos y escritores que se denomina Grupo América.

La prosperidad económica, el deseo de lucro que reclama el mundo moderno, no se identifica en los países hispanoamericanos con el trabajo abnegado y desprendido de los intelectuales. Múltiples factores de incompreensión lo recluyen en un reducto de aislamiento donde opera con entereza y a veces con noble altivez. Rondamos por una época de matices atómicos, de máquinas, de rascacielos, cohetes interplanetarios en la cual el arte se diluye y el artista encarna hasta cierto punto un nuevo Don Quijote acosado, particularmente en nuestro país por el medio ambiente, la estrechez de recursos, la falta de perspectivas y los prejuicios políticos y religiosos. Afrontar esta corriente inmadura sin desmayos ni claudicaciones, ha sido vuestra misión, la noble misión de los hombres de pensamiento.

Me preguntareis vosotros mis impresiones relativas al conocimiento de la cultura ecuatoriana en España y los países de Europa? Lamento deciros que mucho está por hacerse en ese sentido. Nuestra realidad geográfica, nuestro desarrollo cultural, los recursos de nuestra tierra son factores bastante ignorados en el viejo Continente. La Prensa, más preocupada de la noticia sensacionalista, informa sobre los Aucas del Ecuador y la caza de boas en Colombia, antes que presentar la realidad de nuestras posibilidades agrícolas y económicas, de la riqueza de la región americana, de la publicación de libros y escritos. Poseídos de muchas fuentes de reserva para el futuro, carecemos de los medios objetivos de hacerlas conocer y traspasarlas por la propaganda en un intercambio mejor organizado.

El movimiento intelectual que en los últimos tiempos se ha afirmado en Ecuador, como en otros países de América, con obra cimera que merece un inventario, se ignora en el ámbito europeo. Es menester fomentar las relaciones recíprocas y promover por intermedio de las Instituciones una labor de acercamiento e interconocimiento. La obra cultural no es patrimonio de una tendencia política, ni de un país ni de un Continente, es universal y saludable para todos. Esta misión en lo que se refiere al país, nos incumbe realizar y traduce los postulados del Grupo América.

En el propio solar y en la brega por mantener a flote aspiraciones comunes, tenderemos a estimular la producción litera-

ria, la novela, el estudio, el ensayo sirviéndonos de concursos anuales que darán oportunidad a tantos valores desconocidos que habitan en la ciudad y en el campo a demostrarse y sobresalir para prestigio de la Patria. Sería de desearse que el Grupo América establezca un premio anual de contenido económico tal que sirva de aliciente para los concursantes y garantice, por otra parte, un Jurado de absoluta respetabilidad.

El reparto de la Revista América, tan apreciada en el mundo de las letras, ha sido interrumpido esta vez, como en otras anteriores, en su edición normal, por razones ajenas a la Institución, porque nuestros Gobiernos prefieren dilapidar millones en pesquisas internas o viajes intrascendentes, antes que favorecer la obra cultural, creadora, y porque los Organismos señalados para prestar su ayuda se muestran reacios a dar cabida a lo que no pertenece a su propia órbita de rotación. Aspiramos, desde luego, a poner en marcha su publicación, difundir los escritos y valiosos aportes de nuestros colaboradores. Intentaremos, además, las reuniones mensuales de los socios sea en la comida o el café literarios donde sea dable efectuar contactos espirituales, lectura de capítulos inéditos, charlas, etc. Buscamos la unión, la confraternidad, pasando por alto en nuestra trayectoria, a los consagrados provistos de amargura, como también aquellos que se consagran por consigna.

Con vosotros estaré, queridos consocios, a la vanguardia del pensamiento ecuatoriano, celoso de mantener nuestros principios, animoso de continuar la honrosa comisión que me habéis confiado.

(Publicado en "El Comercio" de Quito)

**RELOJ DE AGUA,
NOVELA DEL TIEMPO**

+ Por Augusto Arias

Las del agua, móviles superficies, olas rizadas, espumas relucientes, fueron siempre las imágenes más justas para el deve-

nir. El agua, en su curso mudadizo, sabe darnos la impresión del tiempo que pasa, y, la misma y diferente, en su incansable correr, es espejo de vastedades para el recuerdo o, en sus tumbos, quebrada ruta de olvidos. El viejo reloj de sol, hecho de piedra en la cual se labraron punteros fijos, sirvió para la sola medida de las horas luminosas, y a la sombra, durmiente inmóvil, como que hubieran cesado sus sentidos, o bajo la lluvia, paralizado y sin objeto, pasábase en su destino de rota columna. El de arena, minucioso y lento, se parece más bien a una señal de escatología, compañero de alquimistas o de filósofos aplicados a la cava de los días. Pero la clepsidra insinúa, con su gota de agua, la transparente meditación de las edades, el minuterero que fluye, a veces la parábola del regreso...

La metáfora titular de la novela de Gustavo Vásconez Hurtado —Reloj de Agua—, plantea ya el símbolo de aquel pasar de los días y de los sucesos, bajo los puentes del tiempo, en el curso de las aguas. Novela de lugares y de seres en los cuales se imprime la influencia de los climas y el cambio de las estaciones físicas o del espíritu, es una novela del tiempo. Indícanse sus capítulos al título de los años. Mil novecientos cuarenta es el punto de partida pero, antes y después, debemos seguir a los personajes que desfilan por muelles cosmopolitas, que aspiran el aire de primavera italiana o el húmedo perfume de inviernos de París, y cuyas convocatorias de la partida o el retorno se hacen en la ciudad de Quito, en donde el hilo coercible de una historia que se roza con los afanes de la sociedad, los trances del amor y los rumbos influyentes o desencantadores de la política, encuentra su nudo intrigante o su desenvolverse natural, al amparo de paredones que tienen pátina de Colonia, en escenarios de hacienda que muestran el contraste de silvestre paz con afinados modos, o en paisajes que revelan las transformaciones que, desde no ha mucho, se han operado en una ciudad enclavada en el centro del mundo y cuya gracia mayor consista tal vez en haber podido mirar tanto hacia los vericuetos de la evocación, como a los nuevos perfiles en los que se alza una edad de nylon y de cemento.

Se trata de los años de cambio y de viaje hacia otros conceptos y sensibilidad, que alcanzan en el libro de Gustavo Vásconez Hurtado estos apuntes móviles, esta suerte de accionante calendario. Del año cuarenta, en retrospectiva marcha, llega-

mos a mil novecientos veinte y dos, cuando la ciudad de Quito parecía desperezarse, y aún cuando desde antes, con su lúcida inteligencia, los había sentido y comprendido, dejaba penetrar hasta sus veredas que se "recuestan y resbalan", a los vientos foráneos cargados de incitaciones y de sorpresas. Entonces el Hotel "Metropolitano" daba pábulo a la conversación desasida de trabas y las mujeres se acercaban más decididamente a los hombres, a la orilla de un cocktail o iniciaban su envolvente dominio soplando espirales desde un perfumado cigarrillo. Para los quiteños que vieron a Quito antes del 22, este es un año que marca época, al tiempo que se recuerda el centenario de la Batalla de Pichincha y la urbe se dispone a correr, un poco raudamente, allende el Parque de Mayo. Después, circulan los días, con trechos naturales de opacidad y deslumbramiento, hasta cuando en el panorama universal revientan las luces atroces de la segunda guerra del siglo, y, al comienzo, se ensangrienta y enluta España, y el mechón de Hitler pasea por el mundo, ampliado e interrogante, despiadado e impertinente, y canta la oratoria del Duce y trabajan la hoz y el martillo... Años duros que van a deparar a Ecuador una memorable invasión y un protocolo oprimente, y en cuyo desfile, nuestra política, al igual que la de otros países de América, y aquí con mayor vértigo por la ingenuidad o la complacencia, se distinguirá por las inestabilidades y los regresos, si hemos de reparar en la rapidez de los cambios, así como también en el círculo de los que han vuelto, ya como profesionales en el arte del gobierno.

Corre el agua bajo los puentes del tiempo y por aquella esfera de un inmensurable reloj de agua, el dorso de los mares, pasan los barcos, la proa hacia ultramar, conduciendo a viajeros de diversa fortuna. Los que aquí se quedan, viajan también, en cierto modo, y con más angustiado periplo, como si fuera aguas adentro, ya que nadie puede escaparse de su tendencia hacia la isla de la felicidad o en busca de costas sedantes o que se supone milagrosas, aún cuando a la postre nos desengañen, como todas las de la tierra. Los viajeros de Gustavo Vásconez Hurtado, diplomáticos, políticos, etcétera, y mujeres que llevan en su faz la ocre caricia de soles y vientos, llevan, cada uno, su esperanza y también su desasosiego. Relaciones que se inician bajo quitenses aleros, tienen su hora de atarse o a veces deshacerse en lares extranjeros, pero la historia va con su congruencia, resaltando tipos

y caracteres tales como los de la fina habilidad de Fiallos, quizá trasunto de sutiles diplomáticos; la bravura de Robledo, como para asustar a gobiernos de amigos; la simpatía de Cabal, enamorado de los cielos que se surcan en aviones, y los de la a la vez compleja y descaminada Alicia Monteros, que es la figura de mayor permanencia en el libro, y la que más insistentemente se refleja, así con sus frescuras como con sus marchiteces, en la luna de este reloj de agua.

En las recientes páginas de Vásquez Hurtado, autor de una bien lograda novela de adolescencia con ambientes europeos, y otra de vernaculares oros, "Camino de las landas", y de una buena biografía de Juan Montalvo, hay descripciones que no llegan a la nimiedad y revelan sitios y lugares con pinceladas de acierto, y retratos de personas y diríamos apuntes de almas, trazadas con frecuente perspicacia. El vocabulario mantiene la claridad de los parlamentos; los diálogos resultan ágiles, y en cuanto se abre el espacio para el monólogo o el soliloquio, estos apartes sirven para explicar o confirmar el espectáculo de los espíritus que están llamados a desvelar los poetas líricos, los novelistas, los biógrafos.

Reloj de Agua llega hasta mil novecientos cincuenta, cuando, coronológicamente hablando, se ha cerrado una media centuria, por más que adelantos tan raudos, conquistas tan extraordinarias; de los espacios y del tiempo, nos den la impresión de hallarnos más cercanos al año dos mil... Mil novecientos cincuenta fue un año de clave y de expectativa. Graves anuncios circularon por los cuatro puntos del orbe, y algunos creyeron en la inminencia de otra guerra cuyos resultados hubieran sido tan fatales como para no dar tiempo a la historia. Los personajes de Gustavo Vásquez Hurtado oyen por los muelles, por los aeródromos, y así por Montmatre como por la madrileña Gran Vía o las ramblas de Barcelona, el grito aquel que eriza los flajelados espinazos de los hombres: Corea! Corea! Algunos estuvimos, por ese mismo tiempo, en la vieja Europa, y se nos habló, en tono febril o de resignaciones totales, de la detención de los barcos y del espacio agotado de los aviones. Pero la lumbré atómica, con su cegadora potencia, era de invencible terror para quienes podían haber estado en trance de encenderla. Los personajes de la novela de Vásquez Hurtado, por lo mismo, pudieron regresar y algunos de ellos verán como pasa, todavía, bajo los longevos puen-

tes, el agua del tiempo, siempre renovada, como en esta novela cronográfica de finos y matizados recuerdos.

(Publicado en "El Comercio" de Quito y "El Universal" de Caracas).

LARREA, Carlos Manuel:

El Archipiélago de Colón (Galápagos). Descubrimiento, exploraciones científicas y bibliografía de las islas. Ed. Casa de la Cultura Ecuatoriana, 424 págs. Quito, (Ecuador), 1958.

Por Antonio Santiana

El conocido historiador y etnólogo, señor Carlos Manuel Larrea, ha dado a la publicidad un libro que, como su *Bibliografía Científica del Ecuador*, constituye un aporte muy valioso al conocimiento de esa región insular ecuatoriana.

En la parte inicial de su trabajo el autor estudia el problema de un posible descubrimiento y ocupación de las islas Galápagos por los aborígenes precolombinos. Después de considerar las tradiciones autóctonas a través de los relatos de cronistas como Pedro Sarmiento de Gamboa, Miguel Cabello y Balboa y, posteriormente, Marcos Jiménez de la Espada, se detiene en opiniones como la de Max Uhle. Todos concuerdan no sólo en la posibilidad, sino también en la seguridad de que tales islas fueron conocidas por los activos comerciantes que en tiempos prehispánicos hacían la navegación a lo largo de las costas del Ecuador y norte del Perú. Es posible que fueran los Mantas los que suministraron al Inca Túpac Yupanqui la información necesaria.

Por su parte el autor está convencido del conocimiento que del Archipiélago habían logrado los aborígenes prehispánicos de las costas del Ecuador y termina, para dejar demostrada su tesis, haciendo mención de los viajes en balsa de Heyerdahl a través del Pacífico y su hallazgo de cerámica precolombina en las islas

Santa Cruz, Floreana y Santiago, que forman parte del Archipiélago. Como es sabido, tales cerámicas y sus fragmentos presentan los estilos típicos de las costas del Ecuador y norte del Perú.

Luego se ocupa del descubrimiento casual del Archipiélago, realizado por Fray Tomás de Berlanga el 1º de Marzo de 1535. Once años más tarde fue el Capitán Don Diego de Ribadeneira quién, prófugo, tocó también por azar dichas islas. Durante los siglos XVII y XVIII sirvieron éstas de refugio a corsarios y más tarde a los pescadores de ballenas, industria que florecía hacia aquel entonces.

Un capítulo lleno de erudición dedica el autor a la cartografía del Archipiélago, cuyas vicisitudes y progresos analiza. Su examen empieza por el mapa de Abraham Ortelius, de 1570, en el que designa a las islas con el calificativo de "Insulae de los Galapagos" y más tarde, en 1589 las llama "Las encantadas". Describe así mismo el mapa de Ambrosio Cowley, en 1684, el primero que registra a las islas en todo su detalle.

Se ocupa más tarde del ingreso del Archipiélago a la soberanía del Ecuador y de las dificultades de su colonización.

Son muy interesantes e instructivos los capítulos consagrados a la historia de la investigación científica en el Archipiélago. A través de su vivo relato el autor actualiza los problemas que la existencia de las "Islas Encantadas" ha suscitado en el campo científico, las discusiones sobre su origen volcánico o continental, su geología, flora y fauna extraordinaria y exótica. Se ocupa más adelante de la influencia que el espectáculo fantástico de la vida en Galápagos tuvo sobre las concepciones de Darwin, y de las actividades científicas que aquí desplegaron Agassiz, Wolf, Baur y otros. Hace también amplia referencia a las expediciones de estudio organizadas por Institutos y sociedades científicas, europeas y americanas, como la Academia de Ciencias de California, el "Williams Galápagos Expedition", "Astor Expedition", la "Foundation Allan Hancock", la "George Vanderbilt South Pacific Expedition" y, por último, la "Norwegian Archaeological Expedition" presidida por Thor Heyerdahl.

La contribución ecuatoriana al conocimiento científico del Archipiélago es analizada por el autor con objetividad y detenimiento, como también la literatura nacional y extranjera que su espectáculo y peculiaridades fantásticas han promovido.

Tiene el Archipiélago gran importancia estratégica, habiendo

sido en varias ocasiones objeto de la ambición de las grandes potencias. Más éstas tropezaron siempre con la indeclinable voluntad de posesión del pueblo y gobierno ecuatorianos.

Corona el trabajo una primicia, la bibliografía de Galápagos, que consta en 716 fichas. De más está decir que por su naturaleza exhaustiva será de consulta obligada para los que se ocupen de esta materia. Cierra el libro una serie de documentos inéditos relacionados con el descubrimiento y la preservación de este grupo insular dentro del señorío ecuatoriano..

Escrito en estilo ágil, elegante y ameno, el libro del señor Larrea, a pesar de la materia que trata, representa un valor literario. Pero lo que contiene de esencial, lo que le da singular fisonomía es el acopio de datos, el más abundante que se ha hecho hasta el día de hoy, y esto no sólo en número sino también en calidad. Canciller y diplomático de carrera, tuvo el señor Larrea a su alcance los archivos más cuidadosamente guardados; hombre de estudio, investigador por vocación, buscó en todas partes, en museos, institutos y bibliotecas, ese acervo de conocimientos inéditos que caracteriza su saber. Por ello el libro que comentamos constituye un aporte fundamental a la bibliografía de esa región insular del Ecuador.

RELOJ DE AGUA, UNA NOVELA

✦ Por José Alfredo Llerena

Hace algunos meses, apareció, en las prensas de Madrid, el último libro de Gustavo Vásconez Hurtado, con el título de "Reloj de Agua", novela.

En realidad, el libro contiene una sucesión de memorias que abarcan más de un cuarto de siglo. Evocaciones son de un espíritu cultivado, de un hombre con sensibilidad fina.

En medio de un lienzo de recuerdos, en que se ven perspectivas de ciudades, de barcos, de puertos, el autor ha incrustado una novela, una pequeña pero apasionante novela, la de la familia Monteros. Alicia Monteros surge por un trabajo de pinceladas cuidadosas; es vista desde todos los ángulos. Su figura es creación de un pintor y de un psicólogo. Alicia es una ficción

—como todos los demás personajes— según advierte el autor, en una nota, en el vestíbulo de la obra — pero ha sido modelada con un barro de todas las Alicias que se casan creyendo estar enamoradas; que viéndose rodeadas de grandezas se sienten sin embargo prisioneras; está animada por la sangre de todas las Alicias que se esfuerzan por ser actrices hasta un punto en que su pobre corazón se rebela y ante el asombro de los que ven únicamente la epidermis del mundo, arroja la felicidad por la ventana par ir en pos de la desgracia.

A esa dichosa Alicia, Dios le bañó de permanente belleza; le dio un imán para arrastrar hombres; el destino le deparó un buen marido que le amaba profundamente, mas en cambio ella nunca se sintió atraída por él. Y el amor no acepta compensaciones materiales. Alicia se convirtió en una gran dama de salones, en el ambiente de un Quito en el que daban la vuelta como un tióvivo un centenar de rostros dominantes y aburridores. Se ahogó en champaña, en perfumes, en bailes, en saloncitos ostentosos cargados de incongruencias estilísticas. Se desesperó y fugó con un músico. Es éste un final algo espectacular, y sin embargo perfectamente explicable.

Impresiona la figura de Antonio Monteros, hijo de Alicia y de Juan, criatura distante que ha sido enviada, desde la niñez, a educarse en los Estados Unidos y después en Europa y quien ni verá más a su madre; la encontrará accidentalmente, en un bar de gente aventurera, pero no sabrá quien es ella. Y el lector recordará también a Juan Monteros, el marido bueno, silencioso, austero, negociante y desventurado en el hogar. Su figura acusa menos relieves que las de los otros miembros de su familia.

Otros protagonistas destacan sus acciones con viveza, con calor humano, como Felipe Cabal, fanático por la aviación; como Fiallos, convertido en noble europeo y después arruinado; y como un grupo de oficiales italianos desparramado por la vorágine de la guerra.

El autor es además un protagonista y ha recorrido muchos ambientes: la hacienda de la Sierra; la ciudad de Quito; las urbes de Europa y de Estados Unidos; describe la vida en barcos, aviones, hoteles, cafés, esplendentes salones y tristes bohardillas. Son episodios vividos los suyos, trazados con fidelidad, a base de una rica experiencia.

En esta novela, o más bien dicho, relato; toman puesto epi-

sodios de la política mundial como los preparativos de la segunda guerra, o los de la contienda de Corea. Lo mismo, ciertos momentos de la política nacional como la revolución contra un dictador apodado El Turco; o la agresión de un país vecino contra el Ecuador, al amparo de una hora de precipitación por presentar un solo frente de América en la guerra mundial.

"Reloj de Agua" muestra la evolución de Quito, desde los tiempos aldeanos en que en las casas grandes servían una detestable chicha o un rosero, detestable también, a los invitados hasta la época del whisky y de los muchachos que a nadie saludan, que se visten con blusas llamativas y sombreros de color ratón. Describe a Quito como una urbe de contrastes: unas veces golpeada por la tristeza y la lluvia; otras, iluminada por un sol que la convierte en una alucinación. Y desde luego, siempre estará ennoblecida por su bella arquitectura y por la bondad de su gente. La acción comienza en 1922 y termina en 1950, ofreciendo un vasto y kaleidoscópico panorama. Es ciertamente un gran mural, en la pared del tiempo. Un fresco que era posible trazarlo únicamente habiendo llevado una vida interesante, ahita de cambios y de experiencias. Y el lector reconocerá la cualidad esencial de este libro: la de ser bien escrito, castigado y pulido; la de no caer en vulgaridades y machaconerías de expresión. Su autor escribió antes dos novelas y una biografía y seguramente debe tener nuevos escorzos en su cuaderno íntimo. "Reloj de Agua" hemos leído con interés y con emoción; es una obra lograda por una pluma diamantina y por una cultura rica en frutos.

(Publicado en "El Comercio" de Quito)

GUEVARA Darío:

LAS MINGAS EN EL ECUADOR. Orígenes. Tránsito. Supervivencia. Editorial Universitaria. Quito, 1957. 168 pág.

S. E. Ortiz

El autor, perito en cuestiones indígenas y escritor muy destacado en los círculos intelectuales del Ecuador, ofrece en este

libro, en forma objetiva y documentada, el resultado de sus investigaciones respecto del trabajo de cooperación colectiva, en beneficio de la comunidad, que se conoce con el nombre de **minga**, palabra de origen **kechua**, que en su primitivo origen equivalía a "arrendamiento del trabajo", y más extensamente a "contrato por el que se paga el trabajo con otro trabajo". (V. Jorge Lira: **Diccionario Kkechuwa-español**, Cuzco, 1941), pero que, como institución social, y en su esencia histórica significa, según Guevara: "trabajo colectivo de cooperación", común a todas las naciones americanas de tradición aborígen, en lo que tiene mucha razón.

En los doce capítulos nutridos de datos y de análisis de hechos alrededor de esta forma social de trabajo, estudia Guevara el origen y supervivencia de las **mingas**; el cooperativismo comunal de los grandes pueblos prehispánicos: las **mingas** en la Colonia y la República; los diferentes tipos de **mingas**; la **minga** en la novela; las **mingas** viales, agrícolas, regadizas, de construcción de casas, de erección de pueblos, de mejoras urbanas, etc., para deducir de todo varias y muy acertadas conclusiones que bien podrían presentarse en un congreso indigenista como aporte sustancial en esta materia.

Las **mingas**, descritas en la forma amena y minuciosa que lo hace el autor, aparte de su valor como indagación sociológica y sus concomitancias con la economía nacional, constituyen, por otra parte, fuente inagotable de temas para el folklor americano, y se practican hoy, en su forma "regocijada y productiva", en Ecuador, Perú, Bolivia, y en el sur de Colombia. Todos estos aspectos están considerados en este interesante libro que, con la extensa Bibliografía y el "Vocabulario Regional", lo hacen de obligada consulta para muchas ramas de la investigación de las ciencias del hombre.

(De "Revista Colombiana de Floklor", N° 3, Bogotá, 1959).

JUAN PABLO MUÑOZ SANZ
obtuvo el Primer Premio en Certamen
promovido por Venezuela

Quito, octubre 19. — (ERET). — Por radiograma del 16 de los corrientes, que suscribe el Dr. Cristóbal L. Mendoza, Presidente de la Academia de la Historia y de la Sociedad Bolivariana de Venezuela, se tiene conocimiento de que el señor Juan Pablo Muñoz Sanz ha obtenido el premio único para trabajos históricos, en el Certamen internacional promovido en Caracas, acerca del tema: **Valoración moral e histórica de la última Proclama del Libertador**. El premio consiste en Medalla de Oro, Diploma y la cantidad de dos mil bolívares, además de la publicación de la obra, que será distribuída en el mundo de habla castellana por la entidad promotora...

El radiograma dice: "Complácenos informarle ganó Certamen Bolivariano. Rogámosle designar representante para recibir premio fecha onomástico Libertador. — (f.) Cristóbal L. Mendoza".

El señor Muñoz Sanz, conocido músico y ensayista, ocupa la Secretaría del Grupo América de Quito, la Secretaría General de la Sociedad Bolivariana del Ecuador y es Miembro Correspondiente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, de la Sociedad Jurídico Literaria, del Ateneo Ecuatoriano, del Liceo Ecuatoriano de Artes, Ciencias y Letras, de la Sociedad Unión de Quiteños, etc. Pertenece al Instituto Panamericano de Geografía e Historia.

Este último premio de carácter continental se suma a los muchos obtenidos en diferentes oportunidades y en amplitud nacional, grancolombiana e interamericana, en diferentes oportunidades y épocas y ramas de la actividad intelectual: literaria, musical, histórica.

Muñoz Sanz ha desempeñado diferentes cátedras musicales, literarias y filosóficas en los Conservatorios de Quito y Loja (en ambos institutos como Director), en el Colegio Normal "Juan Montalvo", en el Colegio Militar "Eloy Alfaro", en el Colegio "Juan Pío Montúfar", en el Colegio Americano de Quito; en el Instituto Superior de Pedagogía (hoy, Facultad de Filosofía) de la Universidad Central, en la Escuela de Periodismo y en los

Cursos de Extensión Universitaria de la propia Universidad de Quito.

(Tomado de "El Telégrafo", de Guayaquil, 20 de octubre de 1959).

Al transcribir esta información, la Revista "América" —en nombre del GRUPO AMERICA— felicita muy cordialmente al distinguido Secretario de la Institución, por tan brillante triunfo que honra a la Patria y a la intelectualidad ecuatoriana, y hace votos porque su asegurada trayectoria de ensayista siga cada vez más pujante, ganando lauros de hombre estudioso y pensante, de estilizada pluma.